



Anna Gavaldà
Una vida mejor

Seix Barral

PORTADA

DEDICATORIA

MATHILDE

PRIMER ACTO. 1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

SEGUNDO ACTO. 1

2

3

4

5

INCISO. 1

2

3

4

TERCER ACTO. 1

2

3

4

5

CUARTO ACTO. 1

2

3

4

5

6

ÚLTIMO ACTO. 1

2

3

YANN

UNO, EL HUEVO

DOS, LOS PARÁSITOS

TRES, LAS GALLETAS

CUATRO, LA MARQUESA

CINCO, LOS MICROONDAS

SEIS, EL JALEO

SIETE, EL BAJÓN

OCHO, LA VERGÜENZA

NUEVE, LA TRAVESÍA

DIEZ, LA OTRA ORILLA

ONCE, EL HORIZONTE

DOCE, TIERRA FIRME

NOTAS

CRÉDITOS

[¡ENCUENTRA AQUÍ TU PRÓXIMA LECTURA!](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



A Marianne

MATHILDE

PRIMER ACTO

1

Un café cerca del Arco de Triunfo. Me siento casi siempre en el mismo sitio: al fondo a la izquierda, detrás de la barra. No leo, no me muevo, no consulto el móvil, sólo espero a alguien.

Espero a alguien que no vendrá y, como me aburro, miro caer la noche sobre L'Escale de la place de l'Étoile.

Últimos compañeros de trabajo, últimas copas, últimos chistes malos, calma chicha durante cerca de una hora y París se despereza por fin: los taxis rondan, las chicas altas se dejan ver, el dueño baja las luces y los camareros rejuvenecen. Ponen una velita en cada mesa —una de mentira, tiembla pero no se derrite— y me acucian discretamente: tengo que seguir bebiendo o marcharme.

Sigo bebiendo.

Es la séptima vez, además de las dos primeras, que vengo a esta charca a saciar mi sed al anochecer. Lo puedo decir con precisión porque he conservado todos los tiques de caja. Al principio me imagino que por llevarme un recuerdo, por costumbre o por fetichismo, pero ¿y hoy?

Hoy reconozco que es para agarrarme a algo cuando meto la mano en el bolsillo del abrigo.

Si existen esos trozos de papel es la prueba de que... de que ¿qué, a ver?

De que nada.

De que la vida es cara cerca de la tumba del soldado desconocido.

2

La una de la madrugada. Otra vez nada. Me vuelvo a casa.

Vivo cerca del cementerio de Montmartre. Nunca había andado tanto en mi vida como ahora. Antes tenía una bici —llamada Jeannot—, pero la perdí el otro día. No sé cuándo exactamente. Después de una fiesta en casa de una gente a la que no conocía, por la estación de Saint-Lazare, creo.

Un chico me llevó a su casa. Mientras iba de su brazo estaba contenta, pero una vez en su cama ya no. La caja del gato, el estampado del edredón, el cartel de *El club de la lucha* encima de su cama de Ikea, yo... no era capaz.

Esa noche aguantaba el alcohol mejor de lo previsto.

Era la primera vez que me ocurría, escaquearme así y que se me pasara el pedo de repente; fue una señora decepción. Con lo que me hubiera gustado. Sí, me hubiera encantado distraerme un poco. Eso me molaba. Y hay cosas peores que Brad Pitt y Edward Norton de sujetavelas. Pero, en fin, el cuerpo me traicionó.

¿Cómo era posible?

Mi cuerpo.

Con lo bien que se portaba siempre...

En ese momento me hubiera negado a reconocerlo, pero esta noche, después de tantos kilómetros de caminatas solitarias, y de este vacío, y esta nada, y esta carencia, y esta carencia de todo, en todas partes, a todas horas, me rindo: era él.

Era él, mi cuerpo, el parásito, y su labor de zapa se manifestaba por primera vez entre esas horribles sábanas.

A descubierto, decepcionada y arrinconada, rumiaba mi perplejidad cuando oí una voz pastosa que decía para tranquilizarme:

—Oye..., aun así te puedes quedar, ¿eh?...

Si hubiera tenido una escopeta a mano, le habría apuntado a la cabeza.

Por ese «aun así», por ese desprecio, por ese favor concedido *in extremis* a la imbécil que no se la había chupado.

Pum.

Temblaba. En las escaleras, en la calle y mientras buscaba la bici en todas las farolas. Temblaba de rabia. Nunca antes me había sentido de esa manera.

La boca me sabía a vómito y escupía para librarme del sabor.

Como soy incapaz de echar un lapo digno de ese nombre, lo que hacía era llenarme de babas la manga y mi bonito pañuelo, y así tenía que ser, porque ¿cómo explicar si no tanto odio?

Estaba viviendo lo que me merecía, y vivía... aun así.

3

Me llamo Mathilde Salmon. Tengo veinticuatro años. Oficialmente, todavía soy estudiante de Historia del Arte (mentira cochina), pero en la vida real trabajo para mi cuñado. El rico, el guapo, el guay. El que se toca las narices todo el santo día y nunca lleva corbata. Dirige una gran agencia de creación digital para proyectos de diseño, *branding* y desarrollo en internet (os lo traduzco: si tenéis mercancía y queréis venderla on-line, él os diseñará un bonito escaparate y todo el recorrido hasta los terminales, seguros, de pago), y me contrató, perdón, me corrompió, el año pasado.

Él necesitaba mercenarios, y yo, un poco de dinero extra; era la noche de mi cumpleaños, y nos pusimos de acuerdo con un brindis. Como contrato de trabajo los he visto peores.

Por ser estudiante tengo derecho a numerosos descuentos en el cine, en los museos, polideportivos y comedores universitarios, pero como paso la mayor parte del tiempo delante de una pantalla, me estoy embruteciendo y me gano demasiado bien la vida para volver a esos comedores, resulta que ya no los disfruto casi nada.

Trabajo en casa a mi ritmo y en negro, tengo mil nombres, mil direcciones electrónicas, mil seudónimos y otros tantos avatares, y estoy el día entero redactando comentarios inventados.

Imaginaos al revisor del metro de la Porte des Lilas, pues es exactamente lo mismo. Escribo tantos que podría cantarlos:

*J'fais des com', des p'tits com', encore des p'tits com',
Des com' d'seconde cla-a-ss-eu,
Des com' d'première cla-a-asse...*

Me dan listas con tropecientas páginas web, seguidas de la mención «poner verde» o «*praise only*» (en el mundo digital, cuando algo mola, siempre se dice en inglés), para hundir y redirigir a clientes potenciales, y luego ofrecerles, pero sólo después de que las hayan pasado canutas, mogollón de opiniones positivas en los foros de discusión y la mejor referenciación posible en Google.

Os pongo un ejemplo: la empresa Superyoyo.com fabrica y comercializa superyoyós, pero resulta que su página web es de lo más cutre, como de ello dan fe todos los comentarios desagradables escritos, publicados, droppeados, compartidos, blogueados, vistos, tuiteados, pokeados, hashtagueados, requestados, boardados, dislikeados, deslolorizados o chateados aquí y allá por Micheline T. (menda), Jeannot41 (menda lerenda), Choubi_angel (yo misma), Helmutvonmunchen (Ich) o NYUbohemiangirls (me and myself). Entonces a los de Yoyoland les entra el agobio padre. Al final, el señor y la señora Yoyó, a los que se ha informado de las hazañas de mi cuñado mediante una estratagema tan retorcida como ingeniosa (pero demasiado larga como para explicarla aquí, aparte de que no tiene el más mínimo interés), se vienen abajo por completo y le suplican: necesitan a toda costa una página web nuevecita. ¡Sí, sí, sí! ¡Es cuestión de vida o muerte para la empresa! Entonces él, magnánimo, después de hacerse mucho de rogar, acepta ayudarlos y, tres semanas más tarde, oh, ¡milagro!, cuando tecleas «yo» o «yoy» en el buscador, te mandan directamente a Yoyoland (aún no lo hemos conseguido tecleando sólo «y», pero nos lo estamos currando a saco), y, oh, ¡milagro otra vez!, menda compra diez de cada para sus seis nietos; jubiloso, yo asegura que lo comentará en todos los foros de superyoyós del mundo; menda lerenda dice ¡¡¡es la caña!!!, Ich querrrrría inforrrrmación parrra ser distribuidorrr de yoyós, y me and myself está

soooo excited *coz yoyos are sooooo french.*

Resumiendo, que a eso me dedico: redacto comentarios. Y mi cuñado, desde su lujoso caserón del distrito XVI de París, busca nuevas vías de diversificación para su negocio.

Es un falso chollo, ya lo sé. Más me valdría terminar (empezar) mi tesina de máster titulada «De la reina Guillermina de Holanda a Paul Jouanny: historia y diseño de las caravanas de acuarelistas y otras *roulottes* para pintores al aire libre» (toma ya, ¿verdad?) o ponerme a pensar seriamente en mi futuro y en mi jubilación, pero, ay de mí, he perdido la fe por el camino y ya sólo pienso en vivir al día y disfrutar del aire libre yo también.

Dado que es todo mentira... Dado que son todo comentarios falsos... Dado que los polos se están derritiendo, que por fin han indemnizado a los banqueros, que los agricultores se ahorcan en sus silos y que arrancan los bancos públicos para que no se puedan sentar los vagabundos... Francamente, ¿para qué molestarme en labrarme un porvenir en un mundo así, eh?

Para olvidarme de todo eso, entro en el juego de mi cuñado y de Larry Page: me paso el día mintiendo y la noche bailando.

Bueno..., lo de bailar era antes. Ahora pierdo el apetito y el tiempo a la luz de la luna mientras espero a un chico que ni siquiera sabe que lo espero.

Es que no hay por dónde cogerlo.

De verdad, hay que ~~estar colgada~~, hay que ser ~~pingada~~ boba para haber llegado a esto.

4

Pauline y Julie D., las dos chicas con las que comparto un piso de 110 m² en la rue Damrémont, son gemelas. Una trabaja en banca, y la otra, en temas de seguros. *Rock'n'roll attitude* en estado puro, vamos. No tenemos nada en común, y ése es precisamente el secreto de nuestra armoniosa convivencia: yo estoy en casa cuando ellas no están, y cuando vuelven, ya no estoy.

Ellas llevan las cuentas, y yo me encargo de recibir los paquetes que llegan a su nombre (chorradas que compran por internet), yo traigo los cruasanes del desayuno, y ellas bajan la basura.

Es el no va más.

Las encuentro a las dos un poco bobas, pero me alegro mucho de haber superado su casting. Organizaron una serie de entrevistas en plan *En busca de la nueva compañera de piso casi perfecta* (Dios mío..., no te lo pierdas..., otro episodio inolvidable de mi loca juventud...) y yo fui La Elegida. Aunque nunca he entendido muy bien por qué. En esa época era vigilante, qué digo vigilante, ¡agente!, ¡agente de vigilancia!, en el museo Marmottan, y creo que la influencia del bueno de Monet obró en mi favor: una chica aseadita que pasaba tanto tiempo entre los *Nenúfares* tenía que ser respetable a la fuerza.

En fin, lo que os decía, que son un poco bobas.

Si están viviendo en París es porque no tienen más remedio de cara a su currículo. No les gusta nada y sueñan con regresar a Roubaix con su papá, su mamá y su enorme gato *Cosquillas*, y corren a casita a refugiarse siempre que pueden.

Disfruto, pues, de mi buena suerte (un pisazo para mí sola los fines de semana, con su provisión de bayetas de microfibra bien dobladitas debajo del fregadero para limpiar las potas de todos mis amigos) antes de que se vuelvan a su pueblo definitivamente.

Bueno, digamos que disfrutaba. Ahora ya..., ya no lo sé. Creo que empiezo a no soportarlas... (que se pongan bailarinas Isotoner en cuanto entran en casa y escuchen Chante France a la hora del desayuno se me hace a veces muy cuesta arriba), pero el problema soy yo, lo sé de sobra. Ellas siguen tan discretas como siempre y tienen el detalle de bajar el volumen cuando me pierdo en los vapores de sus cereales de desayuno. No tengo nada que reprocharles.

Sí, yo y sólo yo soy la culpable de mis desvelos. Hace casi tres meses que ya no disfruto con nada, que no salgo, que no bebo, que...

Que estoy mal.

Hace tres meses el piso estaba aún en obras.

Se caía a pedazos, y Pauline (la más espabilada de las dos) convenció a nuestro casero para que nos dejara encargarnos de las obras de reforma a cambio de una suspensión de pago del alquiler equivalente al importe de la factura final. (¡Esta frase tan rebuscada no es mía, no os vayáis a pensar!) El tema las tuvo entretenidísimas, que si venga a medir, a dibujar planos, a hojear catálogos y a pedir un montón de presupuestos que comentaron durante veladas enteras mientras saboreaban sus poleos. Llegué a preguntarme si no se habían equivocado de profesión.

Ese zafarrancho de combate me agobiaba. Para estar tranquila, tuve que desertar e irme a escribir

mis tonterías a la colmena de mi cuñado, con todos esos simpáticos *geeks* formateados 2.0; pero, bueno, reconozco que la instalación eléctrica dejaba mucho que desear (con el horno encendido, mi ordenador parpadeaba), que la pintura se desconchaba por todas partes y que el cuarto de baño no era muy cómodo (había que saltar por encima de un viejo bidé todo el rato). No tuve que ocuparme de nada, y cuando me propusieron pagar las obras en metálico para ahorrarnos el IVA (¡algo es algo!) y ganarnos al señor Carvalho (el contratista elegido, un tío de lo más marrullero que sostenía que si no lo hacíamos así no le daría tiempo a terminar), no me hice de rogar.

Soy bastante dócil en ese sentido también.

¿Por qué recordar todo esto? Porque sin el pequeño chantaje de ese señor, «agobiadísimo» por sus cargas sociales, sin el aumento inesperado del impuesto sobre el valor añadido en la construcción y sin la culpabilidad de todas, más bien de todos —especialmente la de él—, ahora no estaría aquí, en este barrio deprimente, esperando la nada.

Voy a contároslo todo.

5

Un café cercano al Arco de Triunfo. Yo estaba sentada al fondo a la izquierda, detrás de la barra. No estaba leyendo, no decía una palabra, no le sacaba brillo al móvil, esperaba a Julie.

Mi compañera de piso, la que curra en el BNP (ella dice BNP Paribas) y calcula, muy aplicadita ella, todo lo que se puede dividir entre las tres (alquiler, gastos, aguinaldos, tarifas planas, propinas, pastillas de detergente, calendario de pared, rollos de papel higiénico, gel de ducha, felpudo y demás lindezas que os ahorro).

Habíamos quedado ese viernes a última hora de la tarde en un café cerca de su trabajo.

Me tocó un poco las narices tener que cruzarme París de una punta a otra porque a ella le daba la gana, pero sabía que tenía que coger un tren, y al fin y al cabo yo era la más..., cómo diríamos..., la menos atareada de las tres.

Julie tenía que darme sus dos tercios de pasta para el marrullero de nuestro contratista, con el que yo había quedado al día siguiente por la mañana, o sea, un sobre abultadito, o sea, diez mil euros en metálico.

Sí, sí... Qué queréis..., no por nada vivíamos en Versalles.

Había aprovechado esa tarde de pellas para irme de compras —por aquel entonces era aún una morenita de lo más normal, tonta, alegre, superficial y manirrota—, y la esperaba rodeada de bolsas llenas de trapos, accesorios, productos de belleza y zapatos inútiles amontonadas a mi lado en el asiento del café.

Había recorrido kilómetros de escaparates y saboreaba un mojito para recuperarme de tantas emociones.

Estaba molida, sin un céntimo, llena de remordimientos por haber gastado tanto y feliz a la vez. Las chicas me entenderán.

Julie llegó superpuntual con su trajecito de chaqueta gris clarito. No tenía tiempo de tomar nada, bueno, sí, vale, pero sólo un agua mineral. Esperó a que se alejara el camarero, lanzó unas miradas desconfiadas alrededor y por fin sacó de su cartera de documentos un sobre y me lo entregó con ese aire apenado que ponen todos los banqueros cuando no tienen más remedio que darte un poquito de dinero.

—¿No te lo guardas en el bolso? —me preguntó preocupada.

—Sí, sí. Claro. Perdona.

—Es que lo que hay en ese sobre no son cuatro perras...

No se quedó muy tranquila al verme remover como si nada mis hojitas de hierbabuena.

—Oye, tendrás cuidado, ¿verdad?

Asentí con gravedad (la pobre, si ella supiera, como si me fuera a marear por tomarme tres dedos de ron con lima...) antes de guardarme su pasta en el bolso, que me dejé en el regazo para que se quedara tranquila.

—Todo en billetes de cien... En un primer momento los había puesto en un sobre del banco, pero luego he pensado que era poco discreto. Por el logo, ¿sabes?... Así que lo he cambiado.

—Has hecho bien —contesté, asintiendo con la cabeza.

—Además, habrás visto que no lo he cerrado, para que puedas añadir tu parte...

—¡Perfecto!

Y, como no se relajaba:

—Venga, Julie, tía... Ya está bien... —suspiré, colgándome el bolso en bandolera—. ¡Mira! ¡Parezco un perro san bernardo! Le daré su dinero al sinvergüenza de Antonio. Estate tranquila.

Hizo una muequita con la boca, una sonrisa o un suspiro, no sabría decirlo, y acto seguido se puso a examinar la cuenta.

—Déjalo, invito yo. Hala, vete, que vas a perder el tren. Dales recuerdos a tus padres de mi parte y dile a Pauline que ha llegado el paquete que estaba esperando.

Se levantó, lanzó una última mirada angustiada a mi viejo bolso, se ajustó el cinturón de la gabardina y se marchó, como a regañadientes, a pasar el fin de semana en casita con sus papis.

Sólo después, en ese café cerca del Arco de Triunfo, sentada al fondo, etcétera, busqué el móvil. Marion me había dejado un mensaje, quería saber si al final me había comprado el vestidito azul tan mono que habíamos visto juntas la semana anterior, cómo andaban mis números rojos y si tenía plan para esa noche.

Le devolví la llamada, y nos reímos un montón. Le describí mi botín con todo detalle: no me había comprado el vestidito azul pero sí unos tacones de caerte de espaldas, unas horquillas superbonitas y una ropa interior que te mueres, sí, tía, un sujetador como los de Eres, con las copas así y los tirantes asá, unas braguitas preciosas, que no, que no, te lo juro, nada caras, y preciosas, de verdad, de esas supersexis con puntillitas, y blablablá y jijijí y jajajá.

Después le describí la pinta de estreñida de mi compañera de piso, la historia del sobre sin logo y cómo me había tenido que colgar el bolso en bandolera, en plan monitora de los *scouts* de Francia, para que se quedara tranquila, y, claro, con eso nos partimos de risa más todavía.

Por fin pasamos a hablar de cosas serias, a saber: el plan para esa noche, quién iba a venir y qué íbamos a ponernos. Sin olvidar pasar revista a todos los machos jóvenes que quizá vinieran y su perfil detallado: kilometraje, estado de los neumáticos, estado civil e informe de competencias y fiabilidad.

Tanta charla me dio sed, y me pedí otro mojito para aguantar el tipo hasta la noche.

Pero ¿qué estás masticando?, se extrañó mi amiga de repente. Hielo picado, le confesé. Huy, ¿cómo puedes?, replicó horrorizada, y yo hice un comentario tonto de fuerte connotación sexual sobre la ventaja de que te gustara masticar hielo en según qué circunstancias de la vida.

Estaba fardando, claro. No era más que una tontería que había leído en una novelita medio porno de esas que les gustan a los chicos. La solté sólo para hacer reír a mi amiga del alma y enseguida la olvidé, pero unos días más tarde la recordaría y me sumiría en un espanto terrible.

Más adelante veremos por qué.

Marion colgó por fin, dejé un par de billetes sobre la mesa, recuperé mi impedimenta y, sólo cuando fui a coger el llavero para quitarle el candado a la bici, se me cayó el alma a los pies.

Tenía todo lo demás, los zapatos, las cremas antiarrugas y las braguitas de lunares, pero me faltaba lo único que de verdad importaba: el bolso.

Mierda, murmuré, seré imbécil... Y deshice el camino andado a todo correr insultándome sin parar.

6

Qué sudores me entraron... Y qué frías esas gotitas que me bajaban por la espalda... Y las piernas..., qué flojas las notaba de repente... Y cómo pugnaban por escalar ese suelo que se hundía bajo su peso...

Sin embargo, iba pensando, tranquilizándome a mí misma.

Iba pensando mientras cruzaba la calle fuera del paso de cebra, entre los gritos de los conductores alarmados. Me decía: tranquila, sólo han pasado unos minutos, el café está aquí al lado. Todavía sigue ahí el bolso, seguro. El camarero lo habrá visto, lo habrá cogido al quedarse la generosa propina, lo habrá guardado y me lo devolverá dentro de un momentito con un gesto exasperado: ay, las mujeres, siempre igual...

Así que tranquila, hija, tranquila.

Por poco me atropellan, y no me tranquilicé nada.

El asiento seguía tibio, aún se veía la marca de mi trasero, mis billetes estaban en la mesa, donde los había dejado, pero de mi bolso, ni rastro.

Los camareros no tenían ni idea. El encargado no tenía ni idea. No, no habían encontrado nada pero, bueno, tal como estaba el barrio, tampoco era de extrañar. La semana anterior, sin ir más lejos, les habían robado unos dispensadores de jabón. Sí, sí, como lo oye: unos dispensadores de jabón. Parece increíble, ¿verdad? Los habían desatornillado y todo. Hay que ver, ¿eh? Por no hablar de las jardineras que rodeaban la terraza, por las noches tenían que atarlas con cadena y candado. ¿Qué le parece? ¿Y los cubiertos? ¿Sabe a cuánto asciende lo que nos roban en cubiertos cada año? Diga, diga una cantidad a ver.

Por supuesto, yo no oía nada de toda esa letanía de quejas. Me traía sin cuidado. Era presa del pánico, y si no habían visto salir a nadie desde que me había marchado, quería decir que el sinvergüenza seguía allí.

Recorrí la sala y peiné la terraza, escudriñando los bancos, las sillas, los regazos, debajo de las mesas y los percheros. Empujé a gente, me disculpé, me tragué las lágrimas, bajé a los aseos, Señoras, Caballeros, Prohibido pasar, entré en las cocinas, pregunté, me zafé de los que querían echarme, supliqué, prometí, me vine abajo, solté un taco, sonreí, bromeé, describí, observé, observé desde más cerca, vigilé la puerta de entrada y acabé por rendirme a la evidencia: no había bolso de bandolera ni sospechoso en el horizonte.

Me mentían. O yo había perdido el juicio.

Era posible. Era eso, creía. Ya no era capaz de pensar con calma, no paraba de analizar todas las posibilidades: ¿lo había perdido mientras iba hacia la bici? ¿Se me había roto la correa como castigo por haberme burlado de las monitoras *scouts*? ¿Había sido víctima de un experimentado carterista en los Campos Elíseos? ¿Era mi día libre? ¿Estaba en un manicomio el resto de la semana?

Me marché hecha polvo, con el sonido deprimente de sus ánimos de circunstancias como música de fondo:

—Lo sentimos mucho, señorita. Déjenos su teléfono por si acaso. Y aun así compruebe todas las papeleras del barrio. Porque sólo les interesa el dinero, ¿sabe?, de lo demás se libran enseguida. Espere un poco antes de poner una denuncia, aunque los documentos de identidad son muy valiosos hoy en día, eso lo sabe todo el mundo. Y, déjeme que le diga, con todos esos gitanos rumanos que han invadido los Campos Elíseos desde hace dos años, aquí ya nada nos sorprende.

»Hala... Ánimo.

Una vez en la calle, lloré.

Por mí. Por lo tonta que era. Por esas bolsas absurdas con las que cargaba. Todas esas cosas que no necesitaba, que me traían al paio, que no eran más que un lastre y...

Y por mis amuletos, mi bolso, mis fotos... Y mi teléfono, y mi bonito estuche de maquillaje, y mis llaves, y mi dirección, y nuestra dirección junto a mis llaves, y las cerraduras que habría que cambiar, y las chicas que estaban lejos y no eran muy comprensivas con esta clase de meteduras de pata. Y mi tarjeta de débito, y mi monedero que tanto me gustaba, y mi dinero, y el dinero de las chicas... ¡Sí, su dinero, joder! ¡Diez mil euros! ¡Diez mil euros que tenía que darle al tipo ese al día siguiente por la mañana! Pero ¿cómo se podía ser tan imbécil? Joder, para hacer el gilipollas por teléfono con Marion, ahí no

había quien me ganara, pero en cuanto me confiaban algo importante, entonces, nada, inútil perdida.

¿Qué iba a hacer? ¿Qué tenía que hacer? ¿Cómo me llamaba? ¿Por qué era tan desastre? Y ¿cómo se acaba con todo? ¿Dónde está el Sena? Mamá. Virgen santa. Dios mío. Ayudadme.

Dios mío, haz que. Dios mío, te prometo que. Jesús, María y José, no lo parece, pero en realidad pienso un montón en vosotros, ¿sabéis?, y... ¡Y los diez mil euros, joder! Pero ¡soy gilipollas o qué me pasa! ¿Cómo se puede ser tan imbécil? Oh..., san Antonio..., san Antonio de Padua, concédeme que pueda encontrar... Por Dios, ten compasión... Mis fotos, mi teléfono, mis mensajes archivados, mis contactos, mis recuerdos, mi vida, mis amigos... Y ahora mi bici... Mi bici amarrada que me miraba pasmada, ¡me la iban a robar también! Y ni siquiera tenía para un taxi... Y menos aún para devolverles el dinero a mis gemelas *scouts*... Dios mío, mi tarjeta de débito, mi pin, el número de emergencia para bloquear la tarjeta, mis amigos, mi tarjeta descuento para el cine, el vídeo con los primeros pasos de Louison, mi rímel de Dior, mi pintalabios de Chanel, mi agenda, las llaves de la agencia, la foto de fotomatón que tanto me gustaba de Philou y mía en el híper U de Plancoët... Y mi libretita adorada, y todos los recuerdos que tenía dentro..., y mi lima de uñas, y los diez mil euros..., y..., oh...

Y lloré.

Mucho.

Demasiado.

A veces, algunas lágrimas sirven para abrir camino a todas las demás. Lloré mucho. Lo lloré todo. Todo lo que no me gustaba de mí misma, las tonterías que había hecho hasta entonces y nunca le había contado a nadie, y todo lo que había perdido por el camino desde que tenía edad para comprender que algunas cosas se pierden para siempre.

Lloré desde la place de l'Étoile hasta la place de Clichy.

Lloré por todo París. Lloré por toda mi vida.

8

La portera tenía un duplicado de las llaves. Me dieron ganas de besarla. Hasta acaricié a su perro. Desde el teléfono fijo bloqueé la tarjeta, rebusqué en la carpeta «Reforma» y le dejé un mensaje al *senhor* Carvalho para ganar tiempo. Qué suerte tuve, en mi desgracia, de que me saltara el buzón de voz. Aunque dudo mucho que pudiera entender una mísera palabra del galimatías que le solté, *deu confusação*. Poco importaba, a partir de ese momento no podría devolverme la llamada, estaría ilocalizable. Me encerré en casa a cal y canto, le envié un e-mail desesperado a Marion, me di una ducha, hurgué en las pertenencias de las chicas, les choricé los somníferos, escondí debajo del edredón el desecho en el que me había convertido y cerré los ojos, repitiéndome la consigna estúpida de Scarlett O'Hara: mañana será otro día.

Sí, no veas, tonta del haba, no veas...

Mañana será mucho peor...

Quería morirme. Ya sé que es una tontería, con dos míseros somníferos no cabía esperar milagros, pero esa noche lo que me apetecía era que mi madre se sentara a la cabecera de mi cama para canturrearme una cancioncilla dulce acariciándome las sienes por siempre jamás.

Me la canturreaba yo sola bajito para terminar de machacarme a base de bien, y cuando hube agotado todas las lágrimas fui a buscar un par de botellas más para fabricarme nuevas reservas.

Me había costado tanto pedirle prestados tres mil euros a mi cuñado para completar mi parte, que no me veía pidiéndole otros diez mil...

Ya me había tenido que tragar su sermoncito sobre la ardilla, la cigarra y la hormiga. No es que fuera malvado, no, pero sí un poco pesado. Un poco condescendiente. Un poco paternalista.

No me gustaba que me trataran como a una niña pequeña. Mi madre murió cuando yo tenía diecisiete años, y Arthur Rimbaud me tiene harta con su poemita de las cervezas y la limonada. Puedes ser muy formal a esa edad de mierda, lo importante es que no se te note. Sigues tu camino con los bolsillos rotos, te compras un montón de tonterías para compensar y lo más valioso que tienes lo pierdes, claro que sí. Es triste, sí, ya lo sabes y te apañas como puedes. Pero los sermones, en cambio, eso no. Eso sí que no. La gente *que sabe* y que te explica la vida, a esa gente, ni agua.

Sentada en el suelo a oscuras, apoyada en la puerta del horno, dejaba que el señor Gordon's y la señora Smirnoff me calmaran y embalsamaran mi tristeza. No os voy a aburrir con un delirio psicológico pero, cuando murió mi madre, tuve que apretar los dientes y tirar para adelante (no me quedaba otra), y perder ese bolso, que había sido suyo, con los vínculos, testimonios, recuerdos y cositas tiernas e irremplazables que contenía me permitía llorarla por fin.

Reía, me *agratantaba*, me reía más *fuerte* entre lágrimas y mocos. Decía palabras que se desperdigaban de *pualpier banera*. Eran cartuchos de dina... de dina... de di... que yo... de... eran... que... mis diques...

Todo saltaba por los aires.

Todo.

Todo.

Todo.

9

Me desperté a las 13.38, según el horno, con una resaca impresionante. La más bonita de toda mi colección.

Estaba acurrucada en el suelo de la cocina e iba siguiendo con la mirada las juntas de las baldosas, contando las bolas de pelusa debajo de los muebles. Anda, pensaba, ahí está el cuchillito de postre que creíamos haber tirado a la basura junto con las mondas de la fruta, ahí está...

¿Cuánto tiempo estuve así? Horas. Horas y horas. El sol ya daba en el salón. En nuestro bonito salón nuevecito que aún no habíamos terminado de pagar.

Buaaaah... Un momentito, señora Caos... Un momentito más con la nariz en la basura y después iré a la comisaría, prometido. Avisaré a mis queridas compañeras de piso y llamaré a mi cuñado. Le diré: ¡Eh, vas a alucinar, majete! ¡Necesito otros diez mil! Anda, sé bueno... Seguiré escribiéndote comentarios estúpidos durante ciento cincuenta años para devolverte lo que te debo. Total, es para lo único que valgo, así que... Para ser quien no soy y contar paridas.

Estaba en la finca de los Marevski en La Varenne. Mi madre me explicaba por qué no había que coger los minúsculos ciclámenes blancos que se apelotonaban al pie de los tilos:

—Es para que vuelvan a crecer, ¿entiendes?

Ya me lo había dicho mil veces, pero estaba tan emocionada de volver a verla que no me atrevía a interrumpirla. Entonces oímos un estruendo lejano. ¿Son truenos?, preguntó inquieta, no, le contesté riendo, no, son las obras, ya sabes que ahora lo están derribando todo en el piso, y entonces me...

Alguien llamaba a la puerta. Mierda, ¿qué hora sería? Timbrazos, gritos, un jaleo infernal. Ooooh, cómo me dolía la cabeza... Me incorporé, tenía una... tenía algo pegado en la mejilla... Una miga de pan... 18.44... Joder, me había pasado el día entero durmiendo debajo del fregadero y... ay... me cago en la tubería de los cojones.

—¡Abra o llamo a los bomberos! —bramaba la voz.

La portera. Estaba de los nervios. Era la tercera vez que subía. Llevaba desde por la mañana llamándome. Mis compañeras de piso tampoco conseguían dar conmigo y no paraban de molestarla a ella.

—Y como les he jurado que usted se encontraba en casa, pues estaban preocupadas, ¿entiende? Hemos pensado que había tenido un accidente. Oh, Dios mío... ¡Qué susto! ¡Qué susto nos ha dado!

Las había llamado mi padre. Mi padre, con quien no me hablaba desde hacía años y que seguía en la agenda de mi móvil bajo la apelación de «Papá» por pura debilidad y/o un poso de lealtad filial y..., y como se daba cuenta de que no sabía ni por dónde me daba el aire y no me enteraba de nada de lo que me estaba contando, la señora Starovič acabó por cogerme del brazo y me zarandeó suavemente:

—Han encontrado su bolso...

Entonces me soltó, abriendo unos ojos como platos.

—Pero, bueno, ¿por qué llora? No debe llorar así. ¡En la vida todo tiene remedio!

Lloraba demasiado para poder darle la razón. Intentaba controlarme, tranquilizarla, pero estaba claro que me tomaba por loca, y, mientras le sonreía llena de mocos, oía en mi birria de cabeza hecha polvo una vocecita que decía: Oh, gracias... Gracias, mamá.

10

Llamé al norte profundo. Tuve suerte de que contestara Pauline, menos mal, porque si no me esperaba un juicio como el del jarrón de Soissons pero de amianto. Dicho esto, tampoco es que se alegrara mucho de hablar conmigo, soltó varios suspiros dolorosos y unas cuantas pullas, y tuve que sacarle la información con sacacorchos. Al final me tocó tanto las narices que le metí una trola como una casa (ya lo sé, ya lo sé, no tengo ningún mérito, me gano la vida así) para no verme obligada a mandarla al cuerno. Ese día ya había tenido mi cupo de emociones. Así es que le precisé con un tono de gran hastío que no hacía falta que me hablara como si fuera imbécil, que su sobre ya no estaba en mi bolso y que su dinero estaba sano y salvo. Que no cunda el pánico. Fin del drama, adiós muy buenas.

Aaaaah... Enseguida se relajó mi niña... Su voz se volvió diez grados más cálida, y sus explicaciones, bastante más claras. Por supuesto, yo escuchaba aquello tan importante que tenía que comunicarme, pero en ese mismo momento supe que nuestros fastidiosos años de entendimiento cordial habían llegado a su fin y que abandonaríamos la rue Damrémont lo antes posible. La vida era corta, prefería exiliarme a la periferia (buaj) antes que vivir con gente que disfrutaba regañándome.

A la mierda los sermones y los sermoneadores. Que les den por saco. Y más aún cuando el fuego sagrado que los anima a ellos, sus homilías, sus discursos y su noble cólera se apacigua con la visión de unos cuantos billetes.

Bueno... Preciosa esa frasecita soberbia y elegante con ecos de Victor Hugo, pero sonaba tan hueca como mi pobre cabeza: los diez mil euros seguían desaparecidos, y hacía tiempo que no creía en los milagros. Aunque el tío que había llamado al tal «Papá» de mi agenda hubiera encontrado mi bolso, no me lo devolvería con todo su contenido.

Naturalmente que no...

Las cosas estaban mejor, pero de ahí a decir que la vida era bella había un buen trecho.

¿De dónde narices iba a sacar ese puto dinero? Y, hala, otra vez a darle al coco como loca. Pero ahora era distinto. Ya sólo se trataba de algo material, y a mí lo material me traía sin cuidado.

Lo material no se muere en una habitación de hospital.

La única pega era que el tío en cuestión había avisado a mi padre —que a su vez se lo había dicho a las dos cotorras— de que no estaría en París ese fin de semana largo (el lunes era fiesta), por lo que no me citaba en el café donde había olvidado el bolso hasta el martes siguiente hacia las cinco de la tarde.

En un primer momento pensé que vaya morro tenía, que podría habérselo entregado al encargado del bar, y luego me dije que igual no se había atrevido a hacerlo precisamente por el dinero de marras. Al fin y al cabo, el sobre estaba abierto... Y, pobre de mí, empecé de nuevo a creer en los milagros.

Después me fui a casa de Marion para despejarme, y celebramos mi resurrección.

Dignamente.

11

Los tres días siguientes fueron extraños. Las chicas se habían cogido el puente (sí, tenían veintiocho años y siempre se las apañaban para pasar las vacaciones las dos juntitas con sus padres y su gato *Cosquillas*), y estaba sola hasta el martes por la tarde.

Me sentía como un tigre enjaulado. Esperaba. A alguien, algo, un alivio, una decepción. Una historia.

Me dediqué a tareas nada propias de mí: ordenar, limpiar, planchar y archivar el correo. Clasifiqué prendas de ropa, papeles, libros y cedés. De paso releí páginas y pistas. No encendí en ningún momento el ordenador. Me ocupé las manos para engañar la mente. Desenterré mis apuntes de clase y de la tesina, y encontré una serie de esbozos que había hecho en el museo de la automoción de Compiègne.

Había sido hacía un siglo y en un hermoso día de otoño..., los realces me lo recordaban.

Me preguntaba por qué había abandonado todo eso. Mis historias de caravanas tenían su encanto y me evitaban la vergüenza de añadir mi ración de estupideces a las que ya había inspirado el arte. ¿Por qué, en lugar de dedicarme a eso, vendía yoyós? ¿Por qué me llamaba Choubi_angel y me expresaba con ñoñería y emoticonos ridículos?

¿Por qué no había ido aún a visitar las cuadras del palacio Het Loo en Apeldoorn, a admirar la preciosa caja de acuarelas con varales de la reina Guillermina y la carroza blanca de su funeral? ¿Eh? ¿Por qué? :-/ :'-(

Estaba aprendiendo a vivir sin llamadas, sin sms, sin mensajes y sin buzón de voz. Sin ese artilugio que toquetear por cualquier motivo...

Estaba aprendiendo a apechugar con el tedio del día a día y a hacerlo con gusto. De ahí a poco me pondría a hacer mermeladas y punto de cruz. Estaba distraída, divagaba, pensaba en ese... en el hombre que se había marchado de puente con un trocito de mí colgado en bandolera. Me preguntaba qué edad tendría, si sería discreto, bien educado, curioso, si habría probado con otros números antes de dar con el de mi padre, si habría visto mis fotos acariciando la pantalla de mi móvil, si habría hojeado mi libreta, si habría mirado mi careto en las fotos de mis documentos de identidad, en mi carné de conducir, donde aún lucía la cabeza rapada (cada cual supera el duelo como puede), y en mi tarjeta de los cines UGC, donde parece que voy a hacer la primera comunión en la Madeleine; si habría dado con mis preservativos de Hello Kitty, con mi corrector de ojeras, mi trébol de cuatro hojas, mis secretos...

¿Estaría cotilleándolo todo en este momento, mientras yo pensaba en él? ¿Y los diez mil pavos? ¿Los habría contado? Y, ya que estaba, ¿se quedaría una comisión por sus leales servicios? ¿Se haría el extraño? Ah, ¿que había un sobre, dice usted? No sé, yo no he tocado nada... Sí, me esperaba eso también, pues si había encontrado mi bolso nada más irme yo, ¿por qué no me había alcanzado en la calle? Yo no andaba deprisa. Tenía dos mojitos en el estómago y toda la vida por delante...

¿Por qué?

¿Es que era lento? ¿Distraído? ¿Malvado? Y ¿dónde estaba sentado, para empezar? ¿Por qué no me había fijado en él, cuando una de las cosas que más me gustaban del mundo era observar a la gente mientras me pillaba un buen pedo?

Un largo fin de semana de Pascua tranquilo y febril ocupada en no hacer nada en un piso que antes adoraba pero en el que no quería seguir viviendo, unas horas de silencio, de reconciliación, pendiente de una cita que me obsesionaba a la vez que me dejaba bastante indiferente.

Era la primera vez desde hacía años que soñaba con mi madre, que la veía con pelo y que oía su voz. Ese regalo bien valía diez mil euros y otras tantas llantinas, y, de haberlo sabido, habría perdido su bolso mucho antes.

12

Por supuesto, echando la vista atrás, podría decir que mis problemas empezaron a partir de..., del martes a la una, pongamos.

Podría preguntarme, alma cándida, por qué me pasé tanto tiempo poniéndome guapa. Por qué me froté, encremé, cepillé y emperifollé, por qué me puse un vestido, y luego un pantalón, y luego otra vez un vestido, y por qué tenía ese día la piel suave, los brazos desnudos y los labios color cereza.

A ver, Mathilde, ¿por qué?

La tiranía. La tiranía de los amargados. Estaba guapa porque estaba contenta, y estaba contenta porque era feliz. Poco importaba en realidad que mi ángel de la guarda fuera un hombre (poco más sabía, era un «tío», había repetido Pauline, «un tío recogió tu bolso en el bar en el que estabais»), si me hubieran dicho que se trataba de una anciana o del engendro más feo, me habría puesto de punta en blanco igual. Al ir al centro de París ligerita de ropa y con minifalda no celebraba el encuentro, sino la vida.

La vida y sus favores, tan escasos.

La vida, la primavera y el poder recuperar mis pertenencias. Me puse guapa por pura gratitud.

Mathilde...

Bueno, vaaaale. Me puse guapa *también* porque se trataba de una cita. Concertada por teléfono e interesada, desde luego, pero inesperada.

Una cita caída del cielo con un ser humano a priori presentable, un encuentro en París, cerca del gran armatoste mitómano del emperador Napoleón I, a la hora del té, y por motivos de honradez.

¡Me puse guapa porque al fin y al cabo prometía más que una cita de Meetic, joder!

Hala, ya está, ya lo he dicho todo...

Compré unas flores cerca del parque Monceau.

Las coloqué en la cesta de mi bicicleta y pedaleé como una loca para no llegar tarde.

Un ramo de peonías rosa para el desconocido gracias al cual volvía a ver la vida de color de rosa.

13

Bueno, bueno, bueno..., según el teléfono escacharrado, me refiero a la vía más aleatoria y menos fiable de transmisión terrestre, él, el tío en cuestión, no había dicho «a las cinco» sino «hacia las cinco», o al menos eso intentaba recordar, visto que eran ya las cinco y media pasadas, y mis flores empezaban a dar cabezadas.

No reconocía a ninguno de los camareros y no podía evitar hacerme mala sangre sin parar: nadie acudiría jamás a la cita, era una broma, una jugarreta, la venganza de un malvado o una nueva humillación de mi padre. O las primeras represalias de Anastasia y Drizella.

Se estaban burlando de mí. Me castigaban por haber sido tan frívola primero y tan crédula después. Hacían pedazos mi cántaro de leche y mis castillos en el aire. Todo estaba amañado una vez más. Habían dejado un comentario desagradable en mi perfil. Me habían puesto un *tag* negativo. Me habían echado a perder la página web y los foros. Un estúpido trol me había robado el bolso, los documentos, mis recuerdos, la pasta de mis compañeras de piso y mis últimas ilusiones. O..., trataba de serenarme: ¿quizá simplemente llegara tarde? O había sido un malentendido, no era el martes la cita, sino el miércoles. ¿O el martes de la semana siguiente?

Y eso que me había sentado en el mismo sitio que el otro día y esperaba tranquilita. Al principio fingí naturalidad, en plan estoy leyendo una novela apasionante mientras espero a que un inoportuno me saque de mi recogimiento con un incómodo carraspeo. Pero ya no estaba en absoluto en mi papel de la Bella Durmiente, me subía por las paredes y miraba desesperadamente la puerta de la calle con una cara de lo más fea y más fofoshopada; seguro que resultaba patética.

Me sobresaltaba cada vez que pasaba una silueta y suspiraba cada vez que la silueta me ignoraba. Un cuarto de hora más y trataría de llamar de nuevo a Pauline. A mi padre, no. Antes muerta que llamar a mi padre.

Un camarero más observador que los demás acabó por reparar en mi baile de san Vito.

—¿Busca los aseos?

—N... no —balbuceé—, he quedado con..., esto... Bueno, estoy esperando a una persona que...

—¿Es por lo del bolso?

Habría besado en la boca a ese grandullón. Debió de darse cuenta porque lo noté un poco desconcertado.

—No se habrá marchado ya, ¿no?

Se apoyó en la columna a mi izquierda, se inclinó hacia delante y se dirigió a un asiento invisible escondido al otro lado:

—Eh, Romeo... Despierta, aquí tienes a tu ratoncita.

Me volví muy despacio. No porque estuviera intimidada, pero tenía un apuro tremendo. Peor, me sentí mortificada al darme cuenta de que estaba tan cerca de mí y desde hacía tanto rato.

También la última vez debía de estar sentado ahí, emboscado, agazapado en la oscuridad y... esto... era... En fin, que eso no era jugar limpio, vaya... Joven, una persona bien educada saluda a una dama.

Me volví muy despacio porque de pronto recordé todo lo que podía o seguramente habría oído. Mi cita con mi compañera de piso, su sobre «discreto», sus angustias, mi arrogancia, la manera en la que la

había tranquilizado con amabilidad para descojonarme de ella dos minutos después imitándola al teléfono con Marion. Y..., oh..., oh... El teléfono... Todas esas historias de ligoteo, de folleteo, todos esos relinchos de cretinas en celo... Y..., y mis braguitas... Y mis mamadas *on the rocks* y..., oh... Socorro.

Me volví apretando los dientes y buscando con la mirada una ratonera precisamente en la que esconderme antes de que se despertara del todo.

Pero seguía dormido. Bueno, no, no dormía, puesto que sonreía.

Sonreía con los ojos cerrados. Como un gato. Como un gato gordo, feliz de su jugarreta.

El gato de Cheshire de Mathilde en el País de las Jodiendas.

—¿Ve? No andaba muy lejos... Bueno, los dejo solos —dijo el camarero antes de desaparecer.

Tierra, trágame.

Al cabo de unos segundos que me parecieron horas pero durante los cuales me dio tiempo a pensar: mierda, qué mala suerte, es feo está gordo tiene un remolino en el pelo va vestido como un paleta se ha afeitado justo antes de venir y se ha cortado dos veces se muerde las uñas huele raro y no veo mi bolso, por fin abrió los ojos.

Me miró de una forma muy rara. Como si me apuntara con un arma o me estuviera lanzando un reto secreto. Se frotó los párpados, se cogió una pestaña y los volvió a cerrar.

Jodeeeeer, pensé, no sólo es feo sino que además está borracho. O acaba de fumarse un porro. Sí, eso es, lleva toda Jamaica en la sangre el muy imbécil...

Me incliné disimuladamente para ver si mi bolso estaba a sus pies, en cuyo caso pensaba cogerlo y largarme de allí a toda pastilla, dejándolo con sus deleites de herborista. Pero por desgracia no vi más que un par de zapatos infames. Una especie de zapatones negros de puntera redonda en plan soldado y unos calcetines de tenis blancos con las dos rayitas de colores arriba.

Ay, hija mía...

¿Cómo has podido caer tan bajo?

Bueno, no iba a quedarme allí mirándolo sobar mientras le contaba los cortes de la cara. Me volví y recuperé mi libro, mientras esperaba a que mi cita... ¿cómo la había llamado, «inesperada», «caída del cielo»? se dignara acordarse de mí.

Pasaron diez minutos, y ahí seguía yo como un pasmarote.

Alucinaba. Pero ¿qué estaba haciendo allí? Y ¿a *quién* esperaba? ¿*Quién* se descojonaba así de mí?

Pasé de mi historia y cogí su ramo, dispuesta a largarme.

—¿Mathilde?

Y entonces añadió muy claro:

—¿Mathilde, Edmée, Renée, Françoise?

Agucé un oído y enarqué una ceja.

—¿Qué tal una copa, chicas?

Un humorista, lo que me faltaba.

Bueno, al menos era obvio que había tenido mi carné de identidad en las manos.

Como no me decidía a sentarme a su mesa, se bajó un poco la cremallera de la cazadora, y entonces vi que llevaba mi bolso colgado en bandolera. Dejó la cremallera, apoyó las manos bien extendidas sobre la mesa, se las observó, levantó la barbilla y me miró a los ojos:

—Lo siento... Hoy he madrugado mucho. ¿Viene ya?

Me senté frente a él.

Jugamos a mirarnos fijamente un buen rato a ver quién aguantaba más tiempo sin decir nada, y perdí yo. Le pregunté:

—¿Estaba usted aquí el viernes?

—Sí.

—¿Dormido?

—No.

—¿Lo desperté?

—¿Las flores son para mí? Qué detalle.

Me cogió el ramo de las manos y me dio mi bolso a cambio.

Estaba calentito. Lo abracé y..., y volví a la vida.

Así a ojo, por instinto, por lo feo que era, por su sonrisa, por ese pequeño corte como una especie de coma oscura debajo de la oreja derecha, por su humor sin gracia y la manera educada en que se tapaba los bostezos con la mano, una mano muy grande, supe que no me había mangado nada. Y mientras pensaba eso me daba cuenta de que no me refería al sobre, sino a todo lo demás. A mí. A mi naturaleza profunda, a mi confianza en el género humano. A todos esos golpes en la boca del estómago que había recibido a una edad llamada tierna y que me habían noqueado, sí, pero no desfigurado...

—¿Qué van a tomar?

Cuando el camarero se fue volvimos a mirarnos a los ojos sin decir nada. De haberse tratado de un primer contacto entre dos mormones vírgenes, habría sido una mirada bastante tórrida, sí.

Al cabo de un rato, con una voz algo titubeante, le pregunté:

—¿De verdad se llama Romeo?

—No.

—Ah.

—Me llamo Jean-Baptiste.

—Ah...

—¿Está decepcionada?

—Mmm... no.

Eso era retórica con mayúsculas...

Estaba pensando en los cuadros que conocía de san Juan Bautista, o más bien en su cabeza sobre una bandeja de plata, y lo veía a él. No le faltaba más que la ramita de perejil en la nariz.

Riéndome a escondidas, recuperaba el ánimo, que ya iba siendo hora. Me sentaba mal que un tío tan corriente me hubiera hecho perder los papeles hasta ese punto.

—¿Qué la hace tan feliz? ¿Haber recuperado su bolso?

—Sí —dije sonriendo.

Llegaron nuestras consumiciones, un té para mí (mis buenos propósitos) y para él un expreso doble que removió concienzudamente tras echarle dos o tres azucarillos. O quizá cuatro.

—¿Necesita coger fuerzas?

—Sí.

Bebimos en silencio.

Me miraba.

Me miraba tanto que resultaba violento.

—¿Le recuerdo a alguien?

—Sí.

Vale...

Joooder... La cosa resultaba ardua. Y no me apetecía un pimiento darle conversación. Estaba incómoda, me sentía como si me observara para aprenderme de memoria, y esa especie de concentración lo hacía parecer idiota. Hasta tal punto, de hecho, que me pregunté si no sería un poco cortito. Retrasado, vamos, como si le faltara un hervor. Tenía la boca ligeramente entreabierta, y me imaginaba que de un momento a otro se le escaparía un hilillo de baba.

Y eso que me esforcé de lo lindo: pues hace fresquete, hay que ver lo grande que es París, la de turistas que hay, las palomas vuelan, vamos, que le di varios pies por el estilo, bastante buenos, para pegar la hebra, pero no me escuchaba. Se había vuelto a sumir en otro de sus éxtasis absortos, y yo me sentía un poco como en la gruta de Lourdes sólo que sin Virgen y sin rosario.

Mira que estrenar mis preciosas braguitas nuevas, para lo que me iban a servir...

No sé qué fue lo que lo sacó de su letargo, pero en un momento dado se despabiló, consultó su reloj y buscó su cartera.

—Tengo que irme.

No dije nada. Estaba aliviada. Y tenía prisa por comprobar si no me había equivocado. Me gusta el género humano, pero aun así desconfío un pelín, qué remedio. Debió de leerme el pensamiento porque justo en ese instante me miró de otra manera, con una especie de... tremendo desdén.

—¿Ves este maletín?

No, no lo había visto pero, en efecto, junto a su pierna derecha había un fino maletín de madera clara.

—Mira...

Me indicaba una cadenita que unía el asa de dicho maletín a una de las trabillas de su pantalón.

—Lo que tengo aquí dentro no vale tanto como lo que llevas tú en tu bolso pero, bueno..., no dejan de ser varios meses de salario...

Calló. Pensaba que había perdido el hilo de lo que iba diciendo, y estaba a punto de soltar una chorrada para relajar la tensión cuando por fin añadió bajito, toqueteando los eslabones de la cadena:

—Mira, Mathilde... Si hay algo en la vida que de verdad te importa, haz lo que sea para no perderlo.

Toma ya... Pero ¿con quién narices me había topado? ¿Con un iluminado? ¿El hijo de un predicador? ¿Un testigo de Jehová disfrazado de paleta con un maletín lleno hasta reventar de apocalipsis y oraciones de chicha y nabo?

Naturalmente, me moría de ganas de saber qué era aquello tan valioso que llevaba en el maletín, pero eso habría sido concederle demasiada importancia y... Y, para empezar, ¿por qué me tuteaba?

—¿Adivinas qué es?

Socorro. Ahora tocaba el numerito. El mago con la capa, los accesorios y toda la pesca.

—¿Una almohada?

No le hizo gracia. O más bien no me oyó. Dejó su maletín en la mesa, marcó una combinación y lo giró hacia mí levantando la tapa.

Tengo que reconocer que no me esperaba para nada lo que vi. Lo volvió a cerrar y se levantó.

A ver..., ¿cómo os diría? Ese gordinflón con cara de niño, de aspecto algo bovino y léxico a fin de cuentas bastante limitado, se paseaba por ahí con una maleta llena de cuchillos.

En realidad era Rambo, sólo que no lo había reconocido.

Ya estaba en la barra, pagando nuestra cuenta.

Qué historia... Me levanté yo también, claro.

Porque, vale, sí, era todo muy bonito, pero ¡quería contar mi dinero!

Me abrió la puerta y la bloqueó justo cuando yo pasaba por debajo de su brazo para salir. No mucho rato, medio segundo, una décima de segundo, el tiempo justo de hacerse el que se había pisado un cordón y perdía el equilibrio, tropezando con mi nuca. Apenas. Apenas un instante. Para cuando quise ofenderme, ya estábamos en la calle. Pero sentí la punta tibia de su nariz en mi espalda, en el huesecito que sobresale arriba del todo de la columna vertebral.

Tenía demasiada prisa por marcharme para tomarme la molestia de protestar, así que me aparté enseguida.

Cuidadito. Con un chalado como ése, mejor que corriera el aire. Los quería bien lejos a él y a sus cuchillos de mierda.

Vuélvete a tu selva, Chita...

Con todo, no me apetecía que se llevara una mala impresión. Él nunca lo sabría, pero le debía mucho.

Así que, ánimo, virgencita de los pringados del mundo entero, ánimo. Sonríe al caballero. Una última palabrita amable antes de largarte, tampoco es mucho pedir.

—Su cazadora... —añadí—, huele a algo...

—A ciervo. Es de piel de ciervo.

—¿Ah, sí? ¿En serio? No había caído... Bueno, pues... nada, adiós y muchas gracias de nuevo.

Le alargué la mano, y el problema era que no se decidía a devolvérmela.

—Por cierto —masculló—, esto..., me..., me gustaría volver a verla..., a verte.

Me reí muy fuerte para librarme de él de una vez por todas, y contesté:

—Pues algo me dice que ya tiene mi teléfono...

Y mientras pronunciaba esas palabras me di cuenta de que mi risita arrogante sonaba muy falsa.

—N... n... no —balbució él, observándome el brazo.

Qué pálido estaba de pronto.

Pálido, serio, desarmado y triste. Acababa de envejecer diez años, se le veía en la cara. Alzó los ojos, y por primera vez me pareció que me veía a mí.

—Lo tenía todo, claro, pero... ya no tengo nada puesto que te..., se lo he devuelto todo.

Hmm... Me pregunté si no estaba exagerando. Parecía sincero, pero, precisamente, quizá un pelín demasiado sincero, ¿no?

Cundió el pánico entre los engranajes de mi cabecita: ni se te ocurra darle el teléfono. Ya has visto que este tío está mal de la olla. Que sí, tía. Mira. ¡Míralo! Mírale el careto. Parece el primo del pueblo de Jack el Destripador. Además, no sé si te has fijado, pero le falta un trozo de dedo. Un trozo grande. Y, vale, es buena persona, sí, no te digo que no, pero es feísimo... Esto no te va a traer más que problemas, lo sabes muy bien. Ya has hecho el canelo muchas veces. Hala, venga, dáselo mal, Mathilde... Venga, tía... Vale, pues cambia sólo el último número... No será la primera vez, ni tampoco la última.

Ya, sí, vale, pero se ha portado de cine conmigo...

¿Y tú qué sabes, boba? ¡Si ni siquiera has abierto el bolso de las narices!

Puede, pero lo tengo aquí bien agarrado. A estas horas no estoy en una comisaría llorando a mi madre.

Siempre puedo dárselo y no contestar nunca a sus llamadas...

Como quieras, pero, francamente, hija mía, te buscas a cada uno...

Es verdad que últimamente había tenido mi cupo de relaciones que no llevaban a ningún lado. No sé si era un viejo contencioso entre Cupido y yo, pero ese cegatón me estaba haciendo morder el polvo... Bueno, no viene al caso, volvamos a lo que nos ocupa: me decidí a darle mi teléfono por la sola razón de que temía que hubiera conservado el de mi padre y lo llamara a él si no conseguía localizarme.

Entre ese chalado y éste, prefería a éste.

—Perdone..., ¿le importa soltarme la mano un momento?

Me apretaba con tanta fuerza que sus dedazos rojos se habían desteñido sobre mi piel.

Le apunté mi teléfono en un billete de metro.

Lo examinó un buen rato, como si quisiera asegurarse de que era el auténtico, lo metió en las entrañas de su cartera, y ésta en el bolsillo interior de la cazadora, me miró fijamente por última vez, asintió con la cabeza y se alejó en dirección contraria.

Pffff...

Di dos pasos antes de volverme, un poco culpable a decir verdad por haber pensado tan mal de él:

—Eh..., esto..., ¡Jean-Baptiste!

Se volvió a su vez.

—¡Gracias!

Última mirada, última sonrisa, mucho más tensa que las otras. Último encogerse de hombros, que lo mismo podía significar «de nada», «imbécil» o «vete a la mierda», y echó a andar.

Lo observé de lejos cruzar la avenue de Friedland, con su espalda de ciervo ligeramente encorvada, sus grandes cuchillos en una mano y su ramo de peonías en la otra, y me..., me sentí rara.

Prueba de ello es que esperé hasta llegar a casa para abrir el bolso y contar por fin los billetes.

16

Estaban todos. Los de mi cartera también. Y, por un motivo que se me escapaba y que me disgustaba, me llevé un pequeño chasco.

Me puse unos vaqueros, añadí mis cinco mil pavos al sobre maldito y lo dejé en la mesa de la cocina con una notita que venía a decir: «Aquí tenéis la pasta y ahora dejadme en paz con vuestra puñetera reforma» antes de largarme.

Las dos paletas estaban a punto de volver, y verlas era algo que me superaba por completo. Marion también. Todo. Todo me superaba por completo.

Seguía con ganas de llorar, así que me fui al cine a ver una comedia romántica.

SEGUNDO ACTO

1

Nada más terminar la película —no pensaba que fuera a confesárselo, pero, bueno, a estas alturas me parece que ya no tiene sentido ir de guay— saqué el móvil esperando que llamara.

Esperando que llamara él, Jean-Baptiste the Warrior.

Naturalmente, entonces habría jurado una y mil veces que no, qué tontería, por favor, pero si echo la vista atrás con sinceridad hacia esa chica alta y nada sincera que subía la rue Caulaincourt esa noche de abril arrebujándose en su viejo plumífero, la miro y os digo —y puede tomar nota de ello, señora secretaria judicial—: la película en la que no paraba de pensar no era la que acababa de ver.

Era su cara la que ponía en pausa, eran sus réplicas (inolvidables...) las que recordaba una y otra vez, y eran sus azucarillos los que contaba de nuevo, triturando en el bolsillo un trozo de plástico mudo.

Fundido en negro. Corten.

Y ¿qué pasó después? Pues pasó que la vida siguió su curso.

Es lo que se dice cuando no pasa nada, ¿no?

Cuando se olvidan los buenos propósitos, cuando se abandonan los sueños de libertad (¿por qué marcharme cuando acababan de pintarme la habitación?) y de grandeza (¿por qué retomar mis estudios cuando con mi ordenador me ganaba la vida divinamente?) y se sigue bebiendo y folleteando a diestro y siniestro, inventando comedias nada románticas.

Desnudando a un santo para vestir a otro, y acabando desnuda en brazos de cualquiera.

Sí, eso es lo que se dice.

La juventud...

Esa sala de espera...

¿Qué había sido de mi durmiente flipado, en qué se había convertido? En un gag, una anécdota, un chiste que contar durante una cena. Y con bastante éxito, dicho sea de paso... Cada vez le cortaba un dedo más y le añadía un cuchillo al maletín. Al final acabaría siendo *El señor de la guerra* en la leprosería de Calcuta.

Al principio no paraba de pensar en todo ello. Había cosas de él que me seguían perturbando: ese «¿Viene ya?» tan autoritario, la meticulosidad con la que me había observado de pies a cabeza, su aire doloroso cuando había hablado de volver a vernos y el hecho de que si había tenido que darle mi teléfono, eso significaba que no debía de haber hurgado mucho en mis cosas, pero luego recordaba sus calcetines blancos y volvía a mis webs de paletos con inspiración renovada.

Mi GPS tenía razón: callejón sin salida a la vista.

Los días sucesivos alguien me llamó tres veces en plena noche y no dejó mensaje. La primera vez pensé que era un error, la segunda dudé y la tercera supe que era él: reconocí su silencio.

Aunque eran las dos de la mañana, aún no me había ido a la cama y traté de devolverle la llamada, pero era un número que empezaba por 01, y los tonos se perdieron en la lejanía.

Y entonces algo se desbarajustó dentro de mí. Renegué de uno de mis escasos principios (tanto moral como «sanitario», por decirlo de alguna manera): dormí con el móvil encendido junto a la almohada. A la porra las ondas magnéticas, a la porra el cáncer y a la porra mi orgullo y mi descanso: quería saber. ¿Quién narices intentaba llamarme, así como quien no quiere la cosa y poniendo tanto empeño en no dar conmigo? ¿Quién? Y, si era él, ¿por qué? ¿Qué quería de mí? En un primer momento no me había dado cuenta en absoluto del alcance de ese proceder, y sin embargo... ¿Qué mejor manera de inmiscuirse en la intimidad de otro ser humano que privarle del descanso?

Desde entonces, cada noche ponía al máximo el volumen del teléfono y compartía cama con un fantasma.

Salía menos. Sí, me duele en el alma reconocerlo y tenía pensados mil motivos para quien se atreviera a preguntarme al respecto, pero así son las cosas: salía menos. Transcurrieron así diez días sin noticias, o mejor dicho diez noches, hasta que decidí apagar el móvil porque dormía mal. Me despertaba de cuando en cuando para ver si parpadeaba la señal de llamada o si el aparato no se había asfixiado debajo del edredón.

Estaba enfadada con él. Y estaba enfadada conmigo misma. Sí, estaba enfadadísima conmigo misma por haberme vuelto tan frágil. Estaba tan enfadada con ambos que recuerdo que esa noche me fui a la cama prometiéndome que era la última vez. Que era su última oportunidad de atormentarme.

Que se fuera al cuerno con sus cadenas, sus cuchillos y sus llamadas furtivas, estaba cansada de toda esa mierda.

Los teléfonos, los sms, las pantallas, los chats y los e-mails, ya no quería esos hitos imaginarios en mi mapa de Tendre.

Había puesto de mi parte, había sufrido, había tenido mi cupo de todos esos planes cutres, absurdos y quiméricos que nos imponía el amor en la era digital.

Sí, estaba cansada. Peor aún, me sentía despojada, vaciada, desencarnada por haber amado tantas veces sin amar. Ahora quería relaciones de verdad con gente de verdad y chicha de verdad, si no, prefería pasar turno.

Y, como es muy fuerte, y chicha no le falta precisamente, esa misma noche volvió a llamar.

2

Debió de llamar antes que las otras veces pues me pilló sumida en un profundo primer sueño y tardé en entender si era dormida o en la vida real donde estiraba el brazo y notaba el tacto duro y tibio de un objeto liso junto a la oreja.

No ocurría nada. Era un sueño. Soñolienta, murmuré por fin:

—¿Jean-Baptiste?

—...

—¿Es usted?

—Sí.

—¿También las otras veces?

—...

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué no hablas?

—...

Estaba hecha un ovillo alrededor de mi puño. Se me hacía largo. Demasiado largo. Me quedé dormida esperando sus respuestas.

No sé cuántos minutos pasaron después. Por la mañana sabría por mi registro de llamadas que nuestra conversación había durado dos horas y treinta y cuatro minutos, pero supongo que debí de colgar mal. En un momento dado oí:

—Meustaiácertedecomer.

Entonces abrí los ojos, y la que se quedó sin habla fui yo.

Él preguntó, preocupado:

—¿Sigue ahí?

—Sí.

—Soy... soy cocinero, ¿sabes?

—...

—... y me gustaría hacerte de comer.

Ah, vale. No había entendido bien qué quería hacerme exactamente. Pero... ¿en qué dimensión estábamos? Un cocinero retraído, tarado e insomne me llamaba a las doce y cuarto de la noche para leerme su menú... ¡A dormir, chicos! ¡A dormir! ¡Todo está bajo control! ¡Saludos desde el psiquiátrico de Sainte-Anne!

—¿Quieres?

—¿¿¿Ahora mismo???

—No. —Su voz sonaba más alegre—. ¡Necesito algo de tiempo para prepararlo todo!

—¿Cuándo?

—Ya te lo diré. Tengo que organizarme. ¿Puedes apuntar un teléfono y llamarme mañana por la noche a esta misma hora?

Qué buen horario, oye.

—A ver, dime.

Cogí un libro al azar de mi mesilla de noche. Medio sonámbula y a la luz de la pantalla del móvil, escribí los números que él me dictó. Después ya no sé qué pasó. Oí mi nombre un par de veces más, pero nunca sabré si era su voz lo que oía o su eco en mis sueños.

3

Por la mañana supe que no había sido un sueño porque había un número de teléfono garabateado en la página de guarda —oh, ironía— de *Llamada perdida*, de Michael Connelly.

El problema era que debía de estar medio dormida cuando lo había escrito porque no conseguía descifrarlo. ¿Eso era un 7, un 3 o un 1? ¿Y eso? ¿Un 2, un 3 o un 5?

Bueno. Probaría todas las combinaciones.

Era un desastre en mates y más aún en cálculo de probabilidades, pero ya me olía que este pequeño pasatiempo iba a tenerme despierta un buen rato.

El otro problema era que no podía esperar hasta medianoche para ponerme a marcar una serie de números equivocados. Me exponía a despertar a mucha gente de bien y a meterme en un lío. Así que empecé a eso de las diez, y, menos mal, porque dos horas más tarde aún no había dado con el menda.

Las voces que contestaban eran cada vez menos amables, y empezaba a enredarme con las combinaciones. No me acordaba de las que había probado ya, no paraba de preguntar por Jean-Baptiste y de contestar ah, perdón, de disculparme y de sembrar el caos en todos los hogares de Île-de-France cuyo número de teléfono empezaba por 01.42, 01.43 o 01.45, y de... Total, que me harté y tiré la toalla.

Toda esta historia empezaba a cansarme. Ya me llamaría él...

Los monomaniacos nunca desisten.

Estaba nerviosa a más no poder, con mi supernovela policiaca llena de tachones y mi móvil a punto de estallar.

Salí.

Me fui a tomar el aire con otros insomnes más locuaces.

¡Es que es verdad! ¡El autista de los cojones me estaba tocando las narices! ¡Que se fuera a freír espárragos! ¡Que fuera a cocinarles rancho a otras chicas de su estilo! ¡Si a mí ni siquiera me gusta comer! ¡Me importa un pepino la gastronomía francesa! ¡A mí me das un cacho de pan y soy feliz!

Ah, qué mala era... Me había hartado antes incluso de ponerse a los fogones, el muy idiota... Tenía los nervios hechos picadillo y la bilis en la boca. Tenía que colgar, desenchufar el teléfono, pasar de todas esas chorradas y subirme a mi bici.

Sí, tenía que irme a bailar, a beber y a olvidarlo.

Pedaleaba y pedaleaba, desvariando.

Increpaba a las estrellas.

Les decía:

—¿Por qué siempre me pasan a mí estas cosas, eh? ¡Eh, el de la barba blanca de ahí arriba, estoy hablando contigo! ¿Por qué sólo me mandas casos desesperados, eh? ¡Joder, eso es cosa tuya! Ya está bien. Ya he tenido mi cupo, me parece a mí. Dios mío... Dios mío, te lo suplico: abandóname.

4

No volvió a llamar.

Ni esa noche, ni las siguientes.

Y eso que me rebajé otro puñado de veces omitiendo apagar mi puñetero móvil, pero nada. Me equivoqué sobre él. No estaba tan desesperado.

O sí, pero mucho más de lo que me imaginaba. O menos motivado de lo que yo creía.

Vamos, que me jodió bien el gordinflón.

Y la vida, ¿cómo era eso que dije?, «siguió su curso».

Eso es.

Eso dije.

Hay que joderse.

5

Lo superé, claro. Había pasado momentos más difíciles, como suele decirse. Era primavera, primavera en París, la primavera de Cole Porter y Ella Fitzgerald. Las terrazas, las promesas y los días se hacían más largos, estaba viva y con buena salud, tenía otros ases en la manga y otras ideas en mente, así que me lo quité de la cabeza.

En serio. Me había olvidado de él por completo, hasta que una mañana vacié el bolso. Porque quería llevar otro distinto. Porque iba a una boda y necesitaba uno más mono. Y ese día, sorpresa del chef: bomba helada y pollo al diablo.

Mi cocinero volvió sin avisar, y ahí ya sí que... ahí ya sí que se me cortó la digestión. Cuidado, que quemo.

INCISO

1

Si tuviera una enemiga acérrima y quisiera para ella el peor de los suplicios, el más dulce, el más lento, el más cruel y el más mutilador, la arrojaría en brazos de un escritor, velaría porque se enamorara de él hasta la médula y la miraría sufrir hojeando distraídamente un ejemplar atrasado de una revista del corazón...

Tenía apenas diecinueve años cuando me ocurrió esa desgracia. Diecinueve años... Una niña... Y encima huérfana... Huy, qué maravilla. El pajarito caído del nido con sus ojazos tristes y su cabecita rapada. Carnecita tierna... Carnecita tierna de novela... De primera novela... Además de una niña guapa, el tío tenía un tema estupendo para un libro, ¿verdad?

Bueno, no voy a decir más. Desde entonces se ha hecho un nombre. Le traje suerte, o más bien mi caso le trajo suerte, y ya no necesita reclamo. Él solito se las apaña muy bien. Un día, cuando sea muy vieja, igual vienen a hacerme un par de preguntitas para una nota a pie de página, pero mientras tanto prefiero callarme.

Paz.

Paz para los artistas.

Dejemos sitio a los mitos.

Pero una última cosa... El paso de ese chico, de ese hombre, de ese vándalo por mi vida al final no habrá hecho más que recordarme y reafirmarme en la certeza que la larga enfermedad y la agonía de mi madre me habían dado unos años antes, a saber: que la expresión «lo que no te mata te hace más fuerte» es una chorrada como una casa, lo que no te mata, no te mata y punto.

(Frase esta muy complicada y probablemente discutible desde un punto de vista sintáctico, y que bien podría simplificar resumiéndola así: ese cabronazo me hizo trizas.)

Señor Boileau, disculpe si antes no me he expresado bien, el error es mío.

Fue mi primer amor. No era la primera vez que me acostaba con un chico, pero sí la primera que hacía el amor, y era el..., bueno, he dicho que no iba a decir nada más y lo voy a cumplir. Yo no soy escritora. No necesito hacerme una paja con el pasado, meter mis emociones en tubos de ensayo y explotar mis vivencias más cristalinas para sacar dinero de todo ello, así es que abrevia, Mathilde, abrevia. No acabes del todo con ese poco de dignidad que tuvo la delicadeza o la negligencia de dejarte, hazme el favor.

Vale, vale, entonces hagamos una elipsis (sí, sí, de paso también me enseñó un par de cosillas...). Precisar solamente, porque así lo requiere la historia que ahora nos ocupa, que mi adorado me dirigió numerosas cartas —de amor, me enorgullecía yo entonces, de estudio, de ensayo de escritura, tuve que reconocer después— que acabé tirando a la basura una noche que me creí liberada.

Sí, que acabé ahogando bajo un montón de colillas, botellas vacías, posos de café y algodones Demak'Up bien sucios.

Aleluya. Por fin conseguí librarme de ellas.

Salvo una.

¿Ah, sí? ¿Por qué?

¿Por qué ésa precisamente?

Porque era la última. Porque me pertenecía más que todas las demás. Porque tenía, y sigo teniendo, la debilidad de pensar que era sincera y, aunque no lo fuera, poco importaba ya. Porque yo sí soy lo bastante honrada para distinguir entre lo bello y lo verdadero y preferir lo bello cuando se impone. Porque la cuestión de determinar si era arte o una cochinado nunca me ha parecido interesante. Porque me recordaba que había sido amada por un chico con talento, que lo había inspirado y que sí, pese a todo, pese a él, había sido afortunada.

Y porque es bonita.

Y yo también lo era...

Porque crecí con ella. Porque me vio crecer. Unas hojas A4 de lo más corriente pero llenas de garabatos trazados con tinta negra y colocados de tal manera unos detrás de otros que me sentí por turnos terriblemente azorada, halagada, escéptica, asqueada, aniquilada de tristeza, dispuesta a inclinarme sobre un cubo de basura y, por último..., decidida a echarme atrás.

Decidida a echarme atrás. Fatalista. Conservadora, guardiana. Simple guardiana del pequeño templo de lo que me hacía las veces de vida antes de que acabara en...

... mi bolso.

Por pudor. Para que no cayera en manos de mis compañeras de piso ni de nadie más. Jamás.

Estaba dentro del bolsillito interior. El único que se cerraba con una cremallera. Fina, discreta e indetectable para quien no la buscara a sabiendas.

Y ahí seguía, sólo que ya no estaba en su sobre como yo juraría haberla guardado a cal y canto, sino alrededor de dicho sobre. Haciendo tenaza alrededor de mi nombre y mi dirección de entonces, supongo que para darme a entender que había sido leída y que era importante que yo lo supiera, hay que joderse...

(¡Oh! ¡Maldita lengua! ¡No! ¡Ahora no! ¡No en este momento preciso de mi relato! Y me río. Me río sola en voz alta de las expresiones con doble sentido.)

... qué contrariedad.

Ea. Queda menos rotundo, pero el sentido sigue siendo el mismo.

—

Sí, ya ves, le he pedido a un desconocido que redactara el sobre en mi lugar... El engaño es burdo, lo reconozco, pero no me la devuelvas. Esta carta no. Vale más que yo, te lo prometo.

Si no quieres leerla ahora, espera. Espera dos meses, dos años, diez quizá. Espera la indiferencia.

Diez años, qué pretencioso soy.

Espera lo que haga falta pero un día, por favor, ábrela. Por favor.

Llevo semanas sin dejar de pensar en nuestra última conversación, nuestro último enfrentamiento, debería decir. Me reprochabas mi egoísmo, mi vileza, mi interés. Me reprochabas que te hubiera utilizado, que te hubiera vampirizado, que me hubiera enamorado de lo que me inspirabas y no de quien eras.

Me reprochabas que no te hubiera querido nunca.

Te sientes traicionada. Me espetaste que jamás volverías a leer un libro en tu vida. Que odiabas las palabras tanto como me odiabas a mí e incluso más, si es que tal repugnancia era humanamente posible. Que las palabras eran armas mediocres al servicio de mediocres como yo. Que no valían nada, que no decían nada, que mentían. Que envenenaban cuanto tocaban, y que yo había hecho que les cogieras asco para siempre.

Ahora, esta noche, dentro de dos meses o de dos años, leerás las que siguen y sabrás, amor mío, que no siempre tenías razón.

—

Tus párpados cerrados, cuando te abandonabas en mis brazos, Mathilde, se asemejaban al interior de una cáscara de lichi. El mismo brillo iridiscente, el mismo rosa, inesperado y tan conmovedor. Tus preciosos lóbulos eran como dos crestas de capones cebados —minúsculos cantos rodados de porcelana reblandecidos, enternecidos, que se derretían por haber hervido a fuego lento mucho tiempo en un jugo de saliva cuya espuma tus besos sin cesar deshacían—, y sus meandros de cartílago, un melindre, buñuelos de Cuaresma, un fricasé de cabecitas de pájaros.

La raíz de tu cabello, ese olor, ahí en la nuca, justo encima de ese delta, de esa brecha secreta y suave, que atraía mis caricias, tenía el amargor acerbo de la miga de masa madre, y tus uñas, para quien mucho las había lamido, eran almendras peladas a destiempo antes del final del verano.

El hueco de tus clavículas rezumaba un néctar agrio que picaba en la lengua, pero en la curva de tus hombros hallaba ésta su consuelo: el frescor, el grano fino, la carne tierna de la pulpa de una pera.

Una Anjou lamida en la penumbra de la despensa...

En las comisuras de tus labios, esas minúsculas pompas de saliva cuando te reías a carcajadas crepitaban en lágrimas de champán rosado, y la punta de tu lengua, adorada mía, tenía la textura, el rojo sangre, la aspereza pálida y delicada de las fresas de bosque.

Como ellas, adorable inocente escondida, eres secreta, arisca y tan, tan dulce.

¿Tus pezones?, dos habitas de la Provenza, las primeras, las que se cogen en febrero, las más escogidas, pues hay que pelarlas en crudo, mientras su perfil, en mi mano, tenía la blandura ambarina, lisa, alegre y perfumada de la mantequilla en primavera.

Los vallecitos que llevaban a tu ombligo, por poco que supiera uno humedecerte de placer, recordaban esa acidez dulce de las ciruelas damascenas que se cogen en los vergeles olvidados, y despertaban de dicha una boca embriagada de haber lamido tanta suavidad.

Tus caderas dibujaban la forma de la cúspide de dos brioches, y el final de tu espalda tenía, tiene aún, imagino, no, recuerdo, el sabor meloso de las flores de acacia. Fragancia embriagadora e imperiosa que la curva de tus nalgas prolongaba, exhalándola hasta en esos exquisitos hoyuelos excavados en tus muslos. Esos lacitos de carne tierna, suave y pulida que aprisionaban a menudo unos dedos demasiado audaces...

El arco de tus pies era almizclado; el pliegue de tus tobillos, amargo; el fuste de tus pantorrillas, afrutado; el reverso de tus rodillas, salado; la cara interna de tus muslos, mineral; y lo que había dentro, lo que venía después y lo que perlabo al fin, una reducción de todo lo que me había llevado hasta allí. Un néctar. Un néctar de ti y del universo entero.

Pero de ese sabor, el sabor de tu ser, princesa de los tiempos modernos, deliciosa, inconveniente y tatuada, a la que supuestamente utilicé entonces y de la que abusé, de ese sabor ya sólo me quedan

las palabras para deleitarme.

Pero, ay, esas míseras herramientas, tú misma me lo has recordado, no tienen ningún valor. No saben nada, no inventan nada y no enseñan nada cuando recuerdan, tan sólo delatan.

Más que tu piel, tu cabello, tus uñas o tu olor, es tu esencia, tus humores, la savia de tu vientre, tu pectina, tu ciprina, tu jugo, ese mensajero, ese intermediario, ese delator de tu hambre, de tu sed y de tus vértigos, ese monaguillo de tus deseos el que de nuevo esta noche me hace la boca agua.

¿A qué sabía tu amada?, preguntan las veintiséis letras del único alfabeto que me han enseñado, y ¿cómo nos ordenarías tú si nos desafiaras a decírselo?

Nido de golondrina. Higo tibio. Albaricoque maduro en exceso. Minúscula frambuesa saboreada bajo una densa llovizna.

A veces, surcos. A veces, arañazos de las mareas, sangrías del alma y sangre de luna. O lactancia. O lactescencia. Calostro de Afrodita.

Aterradora mezcla de leche materna y moco de animal en celo.

Niditos de trufa. Ramo de labios y de orlas de carne pochados con mucha humedad. Raya eviscerada. No muy hecha. Agua de las conchas. Jugo infiltrado bajo los caparazones. Emulsión de coral de erizo de mar. Succión de tinta de chipirones pescados con anzuelos de varias puntas. Bêtises de Cambrai. Punta de almeja sobre la lengua roma. Nube de ambrosía. Cidra. Cidra roja y corteza yodada. Vi...

*Oh, Mathilde,
Me rindo.*

Te he amado.

*Te he amado más de lo que sabría expresar,
Y mucho menos bien.*

2

Me temblaban las manos. Algo, no sé qué exactamente, un tufo a vergüenza, a pudor, a secretos destripados, desflorados, me subía hasta la garganta y me daba arcadas.

No entendía lo que me estaba pasando. Eh, me dije nerviosa, tranquila, hija, tranquila. No es nada, no *era* nada, sólo una paja mental de intelectual que contaba chorradas rechupeteando el capuchón del boli.

Además, puede incluso que el *pringao* aprendiz de cuchillero-charcutero ni siquiera sepa leer... Me daba lo mismo, la quemé en el fregadero enseguida.

Tenía escalofríos, sudaba y sentía náuseas mientras me esforzaba por empujar hacia el desagüe los restos de papel ennegrecido, tapándome la boca con la otra mano.

Tenía prisa, ya me había arreglado, llegaba tarde, un sudor helado me moteaba el rostro y notaba que el maquillaje se me iba al garete.

Eché la pota.

3

Limpié el fregadero con lejía y dejé correr litros de agua. Mucho rato. Mucha agua. Hasta que toda esa miseria desapareció en lo más hondo de las alcantarillas de París.

—¿Te pasa algo?

La voz de Pauline.

No la había oído entrar. No era mi salud lo que le preocupaba, sino el derroche de agua.

—¿Te encuentras mal?

Al volverme para tranquilizarla, comprendí que no me creería.

—Huy, madre... ¿Qué te pasa ahora? ¿Bebiste demasiado anoche, es eso?

Qué reputación...

—¡Qué va! —fanfarroneé como una tonta, arreglándome el maquillaje con los dedos—. ¡La gran noche es hoy! Mira qué elegante estoy... Voy a la boda de mi amiga Charlotte...

No se le borró la preocupación de la cara.

—¿Mathilde?

—Qué.

—No entiendo la vida que llevas...

—¡Toma, ni yo! —Reí, sonándome la nariz con los dedos.

Se encogió de hombros antes de concentrarse en su querido hervidor.

Me sentí tonta. No era frecuente que se interesara por mí. Quería arreglarlo. Y además necesitaba sincerarme con alguien.

—¿Te acuerdas... del tío que encontró mi bolso?

—¿El chalado ese?

—Sí.

—¿Has vuelto a saber de él? ¿Te sigue molestando? Vaya, casi no queda té.

—No.

—Tengo que decirle a Julie que compre.

—Es cocinero.

Me miró raro.

—¿Qué? ¿Ah, sí? ¿Y qué? ¿Por qué me lo dices?

—No, por nada... Bueno, me voy ya, que, si no, la voy a cagar otra vez.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé.

Me siguió hasta la puerta.

—¿Mathilde?

—¿Sí.

Me alisó el cuello del vestido.

—Estás guapa...

Le sonreí inclinando piadosamente la cabeza.

Que se imaginara un azoramiento encantador mientras yo luchaba por contener las lágrimas.

4

Después, nada. Después es ahora, y no tengo nada más que contar. Ni ganas tampoco. Ahora, aunque no se vea a simple vista, estoy acurrucada en el borde de la vida, esperando a que pase.

«Depresión larvada», no sé de dónde me había sacado ese eufemismo pero me lo repetía a menudo. Cuadraba conmigo. Por lo de larva, supongo. Llevaban años poniéndome como ejemplo, dorándome la píldora con mi fuerza, mi alegría, mi valentía y... Pero eso era demasiado fácil, hatajo de cobardes. Pero que demasiado fácil. Es cierto que he intentado protegeros y he aguantado como una jabata, pero ya no puedo más.

Estoy agotada.

Porque todo era mentira, amigos... Sí, todo... Todo era mentira... Yo sabía que mi madre rellenaba los tests esos de cualquier manera, que ponía cruces donde había que ponerlas y me los dejaba bien a la vista para que no me agobiara. Sabía que eran trolas todas esas buenas noticias que le contaba a mi abuela por teléfono durante horas, hablando en voz bien alta para que la oyera. Sabía que me mentían las dos. Sabía que mi padre se iba a tirarse a la zorra de su amante justo después de dejar a mi madre en el hospital en su sesión de quimio, y también sabía que ella lo sabía.

Sabía que mi padre se largaría de casa antes incluso de que se enfriara su cadáver. Que yo acabaría viviendo con mi hermana mayor, que me raparía la cabeza y las cejas, que catearía el examen de bachillerato y que para devolverle el favor a mi hermana sería la canguro de sus hijos. Sabía que iría de maja, la procesión va por dentro, de guay, en plan tía enrollada que saltaba en las camas y sabía clasificar las cartas de Pokémon y de Bella Sara. Sabía que me dejaría crecer el pelo, que recuperaría el tiempo perdido, que no tendría reparos en abrirme de piernas ni en empinar el codo más de la cuenta. Que me inventaría una reputación de juerguista, de valiente y de la que se apunta a un bombardeo para que me etiquetaran como debía ser y me olvidaran en esa casilla de una vez por todas.

Sabía que mi cuñado me daba trabajo porque le gustaba ir de Mickey Corleone por la vida, en plan la familia es sagrada y blablablá, pero que si no era yo quien le gangrenaba a sus futuros clientes, cualquier otra vendida lo haría en mi lugar tan bien como yo. Sí, *sabía* todo eso, y si no os he dicho nada es porque soy buena.

Lo único que me pareció bonito en todos esos años de lucha, la única vez que no mentí, un cabrón fue y lo convirtió en un libro. Así es que, sí, lo correcto es poner al mal tiempo buena cara y todo eso, pero yo hoy ya no tengo ganas de ser correcta.

Hoy ya no tengo dignidad, hago un buen corte de mangas a todo y a todos y desconecto.

Pero, ay, no se puede luchar contra la naturaleza de uno, así es que, como soy una buena chica, haré el esfuerzo de llegar hasta el final de esta historia, pero os lo aviso: podéis darle a la tecla de avance rápido varias veces si os da la gana, no os perderéis gran cosa...

TERCER ACTO

1

Érase una vez, hace mucho tiempo, me dejé el bolso en un café cerca del Arco de Triunfo. En ese bolso había un sobre abierto que contenía cien billetes de cien euros. Cien billetes verdes recién salidos del banco. Preciosos y nuevecitos, sin una arruga y bien limpios. Un chico gordo lo encontró y me lo devolvió cuatro días más tarde, intacto.

Bien escondida dentro de ese bolso había también una carta que contaba la vida y milagros de mis tetas y mi coño en 3D, son cosas que pasan, supongo... Una carta tan jugosa como ésa quizá no, pero fotos, vídeos, mensajes horribles, adjuntos indiscretos, píxeles sugerentes, asquerosos y maliciosos, con todos esos artilugios chivatos, con toda esa parafernalia de narcisismo y desvergüenza con la que nos empeñamos en equiparnos hoy en día, anda que no debía de dar sus buenos disgustos todo eso, ¿no os parece?

Sí, sí, y tanto que sí..., anda que no debía de animar los juicios en los tribunales, anda que no debía de echar sal en las heridas de los corazones en carne viva... Entonces ¿por qué lo vivía yo tan mal? ¿Por qué de repente me ponía en plan mojigata espantada? ¿Qué coño me importaba a mí que un tío al que nunca más volvería a ver hubiera conocido las intimidades del mío, eh? ¡Ya estaba bien! No tenía sentido que pusiera el grito en el cielo. ¿Desde cuándo me había vuelto tan delicada? Me cago en todo, ¡me habría dado cuenta si lo hubiera hecho!

Ya nada tenía sentido, ni yo tenía fuerzas para nada.

Fui a esa boda con dos comprimidos contra las náuseas debajo de la lengua y la certeza de que acabaría como una cuba. Estaba guapa, sí, puede ser, pero poco me iba a durar. Ya me encargaría yo, de eso podía estar segura.

2

Llegué con la lengua fuera y, como cabía esperar con mis famosos tacones, me torcí un tobillo cuando cruzaba a toda velocidad la explanada del ayuntamiento del distrito XX.

Con una mueca de dolor abordé a un tío tan endomingado como yo pero mucho menos acelerado.

—Perdona, esto..., busco... la sala de bodas..., ¿sabes dónde es?

Me ofreció un brazo en el que apoyarme para volver a calzarme mi zapatito de cristal y me indicó con suma amabilidad:

—¿La fábrica de cornudos? ¡Por aquí! Tengo plaza reservada. Para la ceremonia, me refiero... Así es que véngase conmigo y no se separe de mí, jovencita inestable, juntos daremos menos la nota.

Bingo, había encontrado a mi compañero de fechorías, y supongo que fue él quien me metió en un taxi bien pasada la medianoche, cuando hacía tiempo que había perdido los dos zapatitos.

Los novios no volvieron a llamarme nunca más ni me dieron las gracias por el regalo. No recuerdo nada de mi estado y menos aún de lo que les pude decir a sus invitados, pero no debió de ser muy nupcial.

3

Sin embargo, fue mi última curda.

Y como no llaman mucho la atención estas tres palabritas virtuosas colocadas una detrás de otra, mi última curda, pues no desconfié.

Mal hecho.

Era muy mala señal.

Pues ¿qué le queda a la gente que ha dejado de beber cuando lo hacía para eludir la desesperación?

La desesperación.

Era algo confuso. La desesperación es algo confuso. Sobre todo en mi caso, la trilera que tan bien había sabido dar el pego desde hacía tantos años.

Me costaba distinguir la autocomplacencia del verdadero sufrimiento, y como soy demasiado cagueta para levantar mi pedrusco y ver lo que pululaba debajo, me atendré a los síntomas, a las señales externas de dolor. Sí, había dejado de beber, pero ya no comía ni tampoco dormía mucho. Para tratarse sólo de autocomplacencia, eran bastantes contrariedades, no me digáis que no.

Otra en mi lugar, alguien más valiente, más lista o menos tacaña, habría consultado con un profesional. Un psicólogo quizá no, pero al menos un médico. El buen médico de familia, la familia que yo ya no tenía. Bueno, da igual, habría ido a cualquier generalista de su barrio y, sin entrar mucho en detalle, le habría soltado del tirón: buenos días, doctor, estoy bien, de verdad, estoy de maravilla, pero, entiéndame, necesito dormir. Tengo que dormir *aunque sólo sea un poquito*, porque, si no, me voy a caer redonda. ¡Oh, lo de no comer no es grave! ¡Estoy de buen ver! Y, mire..., me fumo casi dos paquetes de Marlboro al día, con eso voy que ardo. Pero por las noches..., cuando te pasas todas las noches en vela, siempre, todas, todas, eso a la larga te acaba matando, ¿no?

Esto exactamente rumiaba cuando acababa de empezar esta historia y me arrastraba de vacío desde la place de l'Étoile hasta el cementerio de Montmartre en plena noche, alisándome en el bolsillo la cuenta de la séptima consumición.

Pues sí, qué le vamos a hacer... No debo de ser muy lista... Todo esto para llegar donde estoy ahora: la casilla de salida.

¿Cómo has dicho?

¿¿¿Siete consumiciones???

Pero, pero, Mathilde... ¡Acabas de levantar los tres cubiletes a la vez! ¡Adiós muy buenas, hija mía! ¿Has perdido! ¿Sabes cómo llaman al trile los ingleses? *Find the Lady*. Encuentra a la dama. ¿Y bien? ¿Era eso? ¿Era eso lo que escondía tu cubilete? ¿Es ese gordinflón el que te tiene así?

...

¿El de los zapatos brillantes y los calcetines de deporte con puntera y talón reforzados?

...

¿Ese al que le falta un dedo? ¿El de los cuchillos afilados acoplados al pantalón?

...

¿El de la cazadora que apesta a cabra?

...

¿El de las manías nocturnas?

...

Oye, por si no te habías dado cuenta, él sí que tiene tu teléfono... porque, vale, sí, tú eres tan manta como para no copiar unos numeritos como Dios manda, pero él, de haber querido, hace tiempo que te habría vuelto a llamar.

...

Aunque, bueno, igual no, ¿eh?... Igual con nueve dedos no es capaz.

...

¡Mathilde! ¡Que te estoy hablando!

A callar. Burlaos de mí, mofaos, denigradme lo que os dé la gana, pero nada de tirones de oreja. Nada de sermones. Ya sabéis cómo odio eso. Si seguís en ese plan, me perderéis del todo. Y... ¿qué queréis que os diga?

Pues todo, bonita.

Todo.

Quédate en cueros y desembucha.

4

A ver... ¿por dónde empiezo? Y ¿por dónde iba?
Boulevard de Courcelles. Vale. Tengo tiempo de sobra.

Me arrepentía de haber quemado la carta. Me arrepentía de haberla quemado sin haberla releído por última vez. No recordaba bien las chorradas que ponía, y esas incoherencias sobre mí desequilibraban el reparto de fuerzas. Me arrepentía de no haber vuelto a saborearme una última vez, para poder entender más o menos lo que estaría pensando él y recordar de paso el estado de mi arsenal.

Estaba en desventaja. Me hubiera gustado saber de él tanto como sabía él de mí. Bueno..., tanto no, para nada, pero al menos sí un poquito más de lo que sabía. Algo más que unos cortecitos de afeitado, un remolino en el pelo, una falange de menos, una mirada fija y modales de estafador.

Sentía que me faltaban piezas del puzle, y eso me molestaba.

Quería entender cómo era posible que hoy, en nuestro mundo, en lo que habíamos hecho de nuestro mundo, en este vasto antro en el que participaba cada mañana con tan poca vergüenza, una persona le devolviera a otra a la que no conocía de nada diez mil euros en metálico sin más comentario que un consejo bienintencionado sobre la importancia de no dejar escapar algo valioso, y encima pagara la cuenta antes de irse.

Quería entender cómo era posible tener tan poco tacto como para curiosear en el bolso de una chica dejando señales de esa curiosidad para que a ella le quedara muy clara, violar su intimidad, quedarse turbado por ello y, de nuevo para que ella lo supiera, radiografiarla minuciosa, tranquila y silenciosamente en el fondo de la sala de un café durante más de media hora para terminar olisqueándole el cuello antes de encadenarse a su mano, y a la vez ser tan tonto como para devolverle sus pertenencias sin quedarse con su número de teléfono y tener por consiguiente que pedírselo, llamarla de extranjis y a horas imposibles como si fuera un crimen de lesa majestad, haber tenido pese a todo la intención, la necesidad o las ganas de alimentar a la causante de tantos escrúpulos para devolverle el apetito que había perdido y suscitado sin saberlo, soportar la afrenta, al día siguiente por la noche, de un plantón por pura ineptitud (de nuevo sin saberlo, por desgracia, pero ¿cómo iba a saberlo?) y no tomarse *siquiera* la molestia de marcar de nuevo el número de esa ingrata asquerosa, de esa mentirosa de mierda, de esa maldita calentorra, para calentarla él a su vez.

Vamos, que quería enterarme de qué planeta venía ese chico tan raro y, si se trataba del nuestro, palpar por fin lo que era la humanidad.

Quería dejarme morir de hambre para que él me recogiera y me escondiera allí donde había metido el bolso de mi mamaíta, la degustación pormenorizada de ese otro cabronazo y la leonera que era mi vida: debajo de su cazadora.

Sí, quería eso y nada más. Que se subiera la cremallera hasta arriba y me dejara descansar por fin sobre su blando pecho.

...

¡Ah! Os habéis quedado de piedra, ¿a que sí? Estaréis pensando: pero qué dice ahora esta boba, cómo desbarra.

Después del poeta de las narices y sus cursiladas, después de toda esa pandilla de inútiles y antes

del pobre infeliz que caiga por fin en sus redes y le plante tres críos en un monovolumen, necesita concederse el capricho, la fantasía del aprendiz de carnicero, con sus manazas bien grandes, su pantalón de pata de gallo y sus zuecos de cocina, ¿verdad?

Es grotesco, hija mía.

Grotesco a más no poder.

Envidia.

Eso es lo que tenéis, envidia cochina.

Pero yo estoy por encima de todo eso...

¿Qué pasa, que lo de Facebook no son fantasías?

¿Y Meetic? ¿Y Match? ¿Y Attractive? ¿Y toda esa birria de webs de contactos? ¿Qué son todas esas tristes ollas donde te hacen remover y remover tu soledad entre dos anuncios de publicidad, todos esos «Me gusta» clicados sin pensar, todas esas redes de amigos imaginarios, de comunidades vigiladas, de hermandades solitarias, gregarias y de pago vinculadas a servidores hasta arriba de pasta, eh?

Y toda esa ansiedad... Ese síndrome de abstinencia permanente, ese vacío, esos teléfonos que no paráis de sobetear, esas pantallas que siempre tenéis que desbloquear, esas vidas que compráis para poder seguir jugando, esa herida, ese sumidero, siempre aferrados al móvil en el bolsillo... Esa forma que tenéis, todos, siempre, de comprobar todo el rato si alguien os ha dejado un mensaje, una palabra, una señal, un recordatorio, una notificación, un anuncio, un..., un *lo que sea*.

Y ese «alguien» que puede ser quien sea, o cualquier cosa mientras os vaya dirigida, mientras os tranquilice, os recuerde que estáis vivos, que existís, que *sois importantes* y que a falta de conoceros de otra manera, al menos siempre se os puede intentar vender alguna parida ya que estamos.

Todos esos abismos, todos esos vértigos, todos esos renglones de código sin fin que acariciáis en el metro y que os dejan tirados como a una colilla en cuanto ya no hay cobertura. Todas esas distracciones que os distraen de vosotros mismos, que os han hecho perder la costumbre de pensar en vosotros, de soñar y creer en vosotros, de hablar con lo más íntimo de vosotros mismos, de aprender a conoceros o a reconoceros, de mirar a los demás, de sonreír a los desconocidos, de quedaros mirando a la gente, de ligar, de gustar, ¡y hasta de follar!, pero que os dan la ilusión de estar en el ajo y de abrazar al mundo entero...

Todos esos sentimientos codificados, todas esas amistades que penden de un hilo o más bien de un cable, que hay que recargar todas las noches y de las que no quedaría *nada* si saltaran los plomos, ¿eso no son fantasías o qué?

Y sé bien de lo que hablo.

Yo también sangro.

Me importaba tres pepinos que fuera cocinero, barrendero o agente de bolsa. Aunque me da que para elegir ese oficio de perros que consiste en alimentar a tus semejantes día tras día tienes que ser buena persona a la fuerza.

Si no, no entiendo cómo puede nadie soportarlo.

Quizá haya gente mala con gorro de cocinero, pero para levantarse tan temprano y acostarse tan tarde, para pasar tanto frío por las mañanas al recibir la mercancía y luego tanto calor delante de los fogones, para soportar tanta tensión cuando empieza el jaleo que luego te quedas frito en el primer café que pillas abierto en tu hora de descanso, para tomarte la molestia de meter unas verduras escaldadas en baños de hielo para que conserven sus bonitos colores y, por hacer todo eso, quedarte con la tez macilenta el resto de tus días, para acabar hecho polvo y aun así tener ganas de ponerte un delantal en tu día libre y alimentar a los amigos, la familia y los amigos de los amigos, a toda esa gente encantada de

tener un cocinero a mano, y que eso te haga feliz, creo que hay que ser buena persona. Ser generoso al menos. Valiente, sin ninguna duda. Porque eso de saciar el hambre de los demás es muy ingrato. Pero que muy ingrato... Siempre hay que volver a empezar.

Y aun admitiendo que en efecto me revuelco en la pura fantasía, y que por cada corazón puro hay diez funcionarios de los fogones, diez pelapatatas, diez amargados, diez fracasados que acabaron en una cocina sin un mísero diploma, diez vagos, diez tipos que no tenían nada mejor que hacer y se pasarán la vida contando las horas, las quemaduras y las mondas —y resignados, amargados y todo lo deprimentes y deprimidos que se puede estar con un trabajo como ése—, aun admitiendo todo eso, ¿sabéis lo que habría hecho mi fantasía? Birlarme mis diez mil pavos.

Claro que sí.

Y tanto que sí.

¿Hago mal en volver siempre al dinero? Qué va, es con lo que medimos todo, lo sabéis perfectamente...

Y aun admitiendo que fuera tan boba como para inventarme esta pastelada y darle coba al primer sollastre que se atreviera a dormirse a mi lado, sí, aun admitiendo eso también (¡caray, hay que ver lo que le doy al coco cuando no voy en bici y todas las tiendas están cerradas!), pues aun así no dejaría de ser un buen chico, las cosas como son.

Porque anda que no tenía munición para amargarme la vida... Lo sé porque yo misma se la di...

Me hubiera mangado o no la pasta, le hubiera dado o no mi bolso a otra persona, tenía todo lo que necesitaba saber para pasárselo de puta madre a mi costa. Para buscarme, dar conmigo y seguir despertándome por la noche para preguntarme, ¡mmmm...!, si de verdad estaba así de buena, si todavía me gustaba, ¡jajá!, masticar hielo picado, si seguía siendo tan pechugona y si la entropierna me olía de verdad a flores con culís de reducción de almeja.

Una tarjeta de visita como ésa, en un bolso de chica..., ¿qué más se podía pedir?

En lugar de eso, palideció al confesarme, angustiado, que me lo había «devuelto todo».

Hala, ya está. He terminado.

Boulevard des Batignolles.

Madre mía. Lo que me queda todavía...

Pero bueno. Ya está. Empieza a verse un trocito de mi Sacré-Cœur a lo lejos.

...

¡Ah! Ahora os toca a vosotros quedaros sin habla, ¿eh?

...

¿He dicho algo que os haya molestado?

...

¡Eh! ¡Que os estoy hablando, contestad!

Es que... No nos lo imaginábamos.

¿Qué no os imaginabais?

Pues que estabas así...

Así ¿cómo?

Pues tan muerta de hambre... De lejos, no se veía.

De lejos nunca se ve nada.

...

Creedme. Creedme porque sé de lo que hablo. Todos..., absolutamente todos nos pasamos la mayor

parte de nuestra vida de contrabando. De lejos, de cerca, de perfil o al bies no se ve nunca nada.

...

¡Eh, decid algo! Por favor os lo pido. Seguid hablándome. Estoy cruzando un montón de vías de tren y me deprime a saco ver todas esas partidas posibles imposibles. Podéis pensar que soy un coñazo, vale, pero acompañadme aún un trecho. Por favor.

¿Y qué hay de tu famoso GPS?

Está tan perdido como yo.

Bueno, pues... si todo lo que nos has contado es verdad, entonces tienes que dar con él. No hay más remedio.

Es muy fácil decirlo...

El primer camarero, el que lo llamó Romeo, ése tiene que conocerlo.

No. Se lo pregunté, pero no sabe nada más de él y no lo volvió a ver más después.

Ah, vaya. Entonces tienes que coger un compás y trazar un círculo alrededor del café donde quedasteis, y luego ir uno por uno a todos los restaurantes que haya dentro de ese círculo.

¿¿¿A todos???

¿Se te ocurre otra solución? ¿Quieres poner un cartel con su retrato robot en el Arco de Triunfo?

Pero ¡eso me llevará siglos!

Puede, pero no te queda otra.

¿Por qué?

¿Qué por qué? ¡Pues porque nos estamos aburriendo! ¡Estamos hartos de oírte perorar en la oscuridad! ¡Nos traen sin cuidado tus sentimientos! ¡Todo el mundo tiene sentimientos! ¡Todo el mundo! ¡Nosotros lo que queremos es una historia! ¡Para eso hemos venido, joder!

Pfff...

¿Cómo que pfff? ¿Qué pasa? ¿Por qué estás de morros?

Tengo miedo de volver a sufrir...

Pero, Mathilde..., pero si es fantástico sufrir cuando se tiene salud. ¡Es un privilegio! ¡Sólo los muertos no sufren ya! ¡Alégrate, bonita! Ve, corre, vuela, ten esperanza, equivócate, sangra o disfruta, pero ¡vive! ¡Vive un poco! A ver, mueve ese culito tan suave que tienes y esas piernas almizcladas con olor a tutifrutí... Porque por mucho que alardees, sueltas tantos sermones como nosotros, que lo sepas. Reconócelo, indignada de barrio pijo, reconócelo. Por una vez, sé coherente con tus convicciones. Deja tu ordenador y tus comodidades, deja a tus malvadas gemelas a las que tanto criticas pero bajo cuya tutela estás tan contenta de seguir siendo una niña, sí, deja de empinar el codo, deja tu cinismo de mierda y deja a tu madre que nunca volverá, y... ¡Eh! ¿Se puede saber adónde vas?

No me lo puedo creer... Mi bici... ¡Sí! ¡Es mi bici! ¡Es mi Jeannot! ¡Qué alegría! ¡Sigue aquí! Sigues aquí, bonita mía. Gracias. Hurra. Qué puntazo. Bueno, hala, a casita deprisa que hay que descansar y recuperar fuerzas.

Porque tengo trabajo para ti, montón de chatarra.

Mira, Mathilde... Si hay algo en la vida que de verdad te importa, haz lo que sea para no perderlo.

Tranqui, san Jean-Baptiste, tranqui. No la viste debajo de mi vestido, pero yo también tenía una cadenita preciosa...

CUARTO ACTO

1

El sol acariciaba las cariátides del edificio de enfrente, el exprimidor gruñía, el hervidor silbaba, el horno indicaba 07.42 y Michel Delpech (o Fugain, o Polnarev, o Berger, o Jonasz, o Sardou o el que fuera) balaba bien tempranito esa mañana.

Julie comprobaba la fecha de caducidad de un yogur de leche de soja de comercio justo sabor ciruela pasa bio, y Pauline se hacía mala sangre:

—¿Has visto a Mathilde?

—No. Ya se había ido cuando me he levantado.

—¿¿¿Otra vez??? Pero ¿qué hace tan temprano?

—Dos de julio... Tenemos que darnos prisa...

—¿Qué?

—Los yogures... ¿Quieres uno?

—No, gracias.

—Huy, se nos están caducando un montón de cosas... ¡Es por su culpa! ¡Ya no come nada!

—Pero ¿por qué se levanta tan temprano últimamente? ¿Habrá encontrado trabajo?

—Ni idea...

—Y ¿has visto los planos que tiene en su cuarto? ¿Con todos esos alfileres clavados y tal?

—Sí.

—¿Qué estará haciendo?

—Ni idea...

—¿Se querrá mudar?

Julie no lo sabía, y Daniel Guichard repetía sin parar *le gitan le gitan le gitan le gitan le gitan le gitan le gitan le gitan le gitan le gitan le gi...*

Socorro.

2

En un radio de quince minutos largos a pie alrededor del café en el que se habían conocido (imaginaba que quizá necesitara tomar el aire o estirar las piernas entre servicio y servicio), Mathilde contó doscientos veintiocho bares y restaurantes.

Y eso tirando por lo bajo, porque tachó de la lista las pizzerías, las creperías, los salones de té, los restaurantes árabes, indios, afganos, tibetanos, macrobióticos y vegetarianos. Ese tipo de cocina, decidió, no exigía cuchillos tan grandes.

228.

Doscientos veintiocho.

Cien + cien + veinte + ocho.

Se imponía un mínimo de organización: hizo copias ampliadas de zonas de los distritos XVIII, XVI y XVII y las clavó con chinchetas en la pared de encima de su escritorio, antes de cubrirlas de alfileres rojos para recorrerlas de manera concienzuda. (Napoleón no lo habría hecho mejor.)

Empezó llamando por teléfono, pero no tardó en darse cuenta de que la victoria no sería tan fácil. No sabía su apellido, era incapaz de describirlo, de decir su edad, de precisar cuánto tiempo llevaba trabajando allí y, menos todavía, las razones por las que lo buscaba, y no, no llamaba porque estuviera haciendo ninguna inspección de trabajo ni quería reservar mesa; se topaba con contestadores con voces nasales, maîtres desbordados o encargados enfrascados en la contabilidad del local, y unos y otros acababan por mandarla a paseo.

Vamos, que la cosa olía a retirada de Rusia, y eso antes incluso de haber recorrido las avenidas de Wagram o de Iéna.

Tenía que pasar a la ofensiva.

Atacar. Avanzar. Conquistarlo.

Aparecer, sonreír, bromear, ir de vieja amiga que pasaba por ahí, de hermana pequeña de provincias perdida en París, de Caperucita en busca de su abuelita o de chica guapa un poco tonta, según quién la recibiera.

Y madrugar.

Pues no podía contar con la ayuda de nadie. Maîtres, currantes que instalaban las terrazas, camareros cansados antes incluso de haberse puesto el chaleco, segundos jefes de sala que se lo tenían muy creído, toda esa gente que cambia tanto según esté de servicio o no. Que se muestra amable cuando va de uniforme y espera propina, pero te pone la zancadilla cuando aún está en chándal pasando la aspiradora.

Lo que tenía que hacer era madrugar y encontrar la puerta trasera. La entrada de los artistas y los proveedores. La del cristal roto, ésa tan cutre mantenida abierta con una cuña improvisada —una caja de verduras, un tarro de nata vacío o un enorme bidón de aceite—, por la que salían, entre chorros de agua jabonosa, paquistaníes, srilanqueses, congoleños, costamarfileños, filipinos y otros ciudadanos de la United Colors of Life de Mierda, y donde se veían también, de vez en cuando, zombis menos flacos y de tez más clara.

Ésos se frotaban la cara, eran lo bastante ricos para comprarse cigarrillos ya liados y, con un pie

apoyado en la pared, fumaban solos o en grupo, cada vez más callados conforme avanzaba el día.

Se los veía tan frescos en la pausa de las ocho, más silenciosos en la de las diez, hechos polvo en la de las tres y, paradójicamente, resucitaban por completo a la hora del cierre, cuando, de nuevo, le daban al pico sin parar.

En lugar de volver a sus casas, se tiraban un rato hablando, riendo y comentando el servicio, soltándose pullas para desahogarse, para dejar que el estrés se diluyera en la noche.

En varios días de... de búsqueda más que de conquista (se le habían bajado algo los humos), Mathilde había sido testigo de todo eso.

Todo un mundo...

También se había dado cuenta de que con sólo un nombre no llegaría muy lejos, de que la mayoría de esos tíos sólo se conocían por el apellido, y de que cada vez que preguntaba por un tal Jean-Baptiste, se la quedaban mirando como con pena, como si le estuviera pidiendo su osito de peluche al señor antipático que acababa de cerrar la verja del colegio. Jean-Ba, todavía, pero Jean-Baptiste, no. Era demasiado largo.

Cuando se topaba con un friegaplatos y presentía que su inglés, su bengalí, su cingalés, su tamil o su ni ella misma sabía el qué no estaría a la altura de su interlocutor, señalaba las cocinas y blandía la mano izquierda doblando las dos primeras falanges de algún dedo al azar (no recordaba exactamente cuál era el dedo que le faltaba), dibujaba en el aire una buena barriga con la otra mano y, a veces, hasta un remolino en la coronilla.

Aquellos, pocos, que no la tomaban por loca negaban con la cabeza, separando los brazos en un gesto de ignorancia.

Luego los oía murmurar entre ellos, cuando ya se alejaba:

—*Avaluku ina thevai pattudhu?* (¿Qué quería?)

—*Nan... seriya kandupidikalai aval Spiderman parkirala aladhu Elvis Presley parkirala endru...* (No sé..., no he entendido muy bien si buscaba a Spiderman o a Elvis Presley...)

—*Aanal ninga ina pesuringal? Ina solringa, ungaluku onun puriyaliya! Ungal Amma Alliance Française Pondicherry la velai saidargal enru ninaitthen!* (Pero ¡qué dices, tío! ¡No te has enterado de nada! ¡Y yo que creía que tu madre había trabajado en la Alliance Française de Pondicherry!)

—*Nan apojudhu... orou chinna kujandai...* (Sí... Pero es que yo era pequeño entonces...)

Un par de veces le sacaron a un Jean-Baptiste que no era el suyo y, otra mañana, unas manos con dedos de menos, en efecto, pero que tampoco eran las suyas.

Las noticias viajaban deprisa por Radio Cazuelas y, al cabo de unos diez días de búsqueda, no era raro que la recibieran así:

—No digas nada. Eres la que anda buscando a un pinche manco, ¿a que sí? Pues no, chica, no está aquí...

Se había convertido en una especie de atracción. La pausa KitKat de la mañana. La loca de la bici que iba tachando nombres de su libreta y de paso gorroneaba o regalaba un cigarrillo, según.

A fin de cuentas, era divertido. A Mathilde le gustaban esos chavales siempre con prisa y poco habladores pero que aguantaban el tirón. Siempre aguantaban el tirón. Sobre todo le fascinaban los más jóvenes. ¿Eran conscientes de la brecha que se estaba abriendo, en ese momento preciso de sus vidas, entre ellos y sus amigos que se dedicaban a otra cosa?

Ponía el despertador a las cinco de la mañana, se duchaba, con el chorro de agua al mínimo para no

molestar a las chicas, metía sus planos en su bolso de bandolera y saludaba a París al amanecer en pleno solsticio de verano.

El París rosa y soñoliento de los repartidores, los instaladores de tenderetes y los panaderos artesanos.

Redescubría panoramas, bulevares y avenidas que hasta entonces había recorrido con frecuencia a esa misma hora, pero desfasada y con el piloto automático, haciendo eses, cojeando, apoyándose o agarrándose al manillar de su bici para no perder el equilibrio y caerse.

Contemplaba admirada los jirones de bruma, la languidez canalla, la indolencia medio dormida y ya seductora de una ciudad que sus pobres ojillos, reventados de cansancio, alcohol y la mixomatosis de los melancólicos anónimos, hacía tiempo que ya no veían, y que seguía siendo, por mucho que dijeran o hicieran, condenadamente hermosa.

Cuán pintoresco era todo... Se sentía como una turista, una paseante, de excursión en su propia vida. Hendía el fresco viento, jugaba con los conductores de autobús, avanzaba zigzagueando entre las pesadas bicis públicas, seguía al barón Haussmann, dejaba atrás el ambiente popular (lo que quedaba de él) de la place de Clichy, pasaba por delante de edificios cada vez más opulentos, saludaba la preciosa rotonda del parque Monceau, se preguntaba cada mañana quién viviría allí, en esos palacetes de locura, y si esos semidioses eran conscientes de la suerte que tenían, desayunaba cada día en un bar distinto, veía subir los precios a medida que bajaban los números de los distritos, miraba a la gente, hojeaba *Le Parisien* de espaldas a las pantallas de televisión, escuchaba las conversaciones de la barra, se iniciaba en los pronósticos fanfarrones, vanos, brillantes y/o titubeantes de la quiniela y las ligas de fútbol, participaba cuando le apetecía y pedaleaba con brío para recuperar el tiempo perdido.

Se le ponía la carne de gallina en las bajadas y sudaba la gota gorda en las cuestas...

Creía en lo que estaba haciendo.

Creía a pie juntillas.

Se había improvisado un destino, jugaba con su soledad, se montaba películas, se tomaba por la Mathilde de *Un largo domingo de noviazgo*, buscaba a un chico nada guapo que se la quería comer, se lo había murmurado al oído una noche, y aunque no diera con él, aunque todo eso no fuera sino una chorrada más en el País de las Maravillas de la Vida, no tenía importancia, no tendría importancia, ya le había dado un magnífico regalo, el de ser consciente de que estaba ahí, decidida, madrugadora y vivita y coleando, y eso de por sí ya... ya era mucho.

Mientras durase esa sarta de mañanitas fresquitas, el mundo, al menos, habría sido suyo.

3

¿Suyo?

¡Venga ya!

Llevaba casi tres semanas de aquí para allá en busca de su príncipe azul, levantándose al amanecer, sin dejar de trabajar, y acostándose a las tantas, decepcionada. Era... descorazonador.

Mathilde suspiraba.

Pero ¿qué se había pensado?

¿Otra vez volvía Cupido a hacer de las suyas?

¡Eh, gordinflón!

¿Qué narices era ese berenjenal donde había vuelto a meterla?

Todo aquello en lo que había creído o que la había inspirado, todos los consejos, las recomendaciones, todas esas ondas de tam-tam enviadas de una puerta de servicio a otra, todos esos «buena suerte» o esos «¿dices que había como aureolas en la hoja? Entonces son japoneses... Yo de ti, empezaría por los restaurantes japoneses», sí, todas esas pistas y esas falsas esperanzas, todas esas descripciones tan escasas y esas preguntas tan tremendas («Perdone, señor..., busco a un cocinero que..., esto..., no tengo ni idea de cómo se apellida, pero es un poco..., cómo le diría, rellenito... ¿Le suena?»), todos esos ojos como platos, esos gestos de impaciencia bajo los altos gorros blancos, separando los brazos, cuando la mandaban a paseo con delicadeza o al cuerno con brusquedad, toda esa vida al revés, despertándose a horas insensatas, y esas decepciones continuas, todo eso, todo, era en vano.

Mathilde vacilaba.

Pero ¿dónde se había metido, joder? ¿De verdad trabajaba en ese barrio? ¿Quizá fuera un cocinero de fin de semana? ¿O un empleado de cantina, o de restaurante de empresa? ¿O un peligroso mitómano armado con cuchillos? ¿O un pacífico soñador que no buscaba nada en concreto?

Y, por cierto, ¿por qué no había vuelto a llamarla? ¿Porque estaba decepcionado? ¿Molesto? ¿Resentido? ¿Amnésico?

¿Porque no sabía leer?

¿Porque no le gustaba o porque creía que seguía liada con el poeta de tres al cuarto?

Mathilde dudaba.

Y... ¿existía? ¿De verdad había existido?

Quizá se lo hubiera inventado todo. Quizá la carta no estuviera en el sobre desde hacía años. Quizá otro u otra la hubiera leído mucho antes. Quizá...

Quizá las palabras se la hubieran jugado una vez más...

Anda, hablando de palabras... En esa calle, hace años, lo había olvidado pero ahora se acordaba, su escritor en ciernes palideció una noche de invierno.

Palideció y se emocionó porque reconoció, a lo lejos, la silueta de un viejo joven que entraba en la puerta giratoria del hotel de enfrente. Palideció, la retuvo del brazo y calló un momento antes de repetir varias veces y con todos los tonos posibles del éxtasis: ¿Bernard Franck? ¿Era Bernard Franck? Vaya...

Bernard Franck... ¿Te das cuenta? ¡Bernard Franck!

No, Mathilde no se daba cuenta, tenía frío y quería coger el metro, pero se conmovió al verlo así:

—¿Quieres que nos acerquemos? ¿Quieres saludarlo?

—Sería incapaz. Además, ese hotel es un palacio, ¿sabes? No tendría ni para invitarte a una aceituna...

Y se tiró todo el camino de vuelta dándole la tabarra con el espíritu de Bernard Franck, su cultura, los magníficos libros que había escrito, su estilo, su impasibilidad, su elegancia y tal y cual.

Emoción, galimatías, cacareo y verborrea exaltada del escritor de tres al cuarto, acto II, escena 3.

Ella lo escuchaba cotorrear sin hacerle mucho caso, contando las estaciones de metro que les quedaban para llegar a casa, hasta que, en un momento dado, él añadió que esa sombra con una bufanda blanca había sido el mejor amigo de Françoise Sagan, que habían sido jóvenes, ricos y guapos juntos, que habían escrito, leído, bailado, apostado a la ruleta e ido de parranda juntos, y eso lo recordaba bien, eso le dio mucho que pensar.

En un túnel bajo tierra, una gélida noche de noviembre, acercó la nariz al cristal para no golpearse más con su triste reflejo y pensó en lo que habría sido irse de juerga con Sagan...

Sí, eso sí le decía algo, y ahora se arrepentía de no haberse atrevido a seguirlo hasta su suntuoso capullo. A él... El amigo de los Gatsby...

De la mano y en silencio, esa noche se tragaron sus dudas, sus sueños y sus anhelos en un túnel de la línea 9.

Y Bernard Franck murió al día siguiente.

Buenos días, dolor.

Mathilde frenó.

Los palacios... Se le habían olvidado los palacios...

Qué tonta.

Puso un pie en el suelo, observó la coreografía de los porteros que se ajetreaban alrededor de sublimes berlinas matriculadas en paraísos fiscales, se apoyó en el manillar y, atónita, bendijo una vez más la picardía y la omnipotencia de la vida.

Porque estaba ahí...

Por supuesto que estaba ahí.

Al otro lado de esa gran fachada de piedra de sillería, en ese hotel inabordable, en la rue du Faubourg Saint-Honoré, san Honorato, hacedor de milagros y santo patrón de los golosos.

Estaba ahí, y las palabras, tenía que reconocerlo, siempre habían llevado la voz cantante. Las palabras los habían presentado, las palabras los habían separado y ellas otra vez iban a reunirlos.

De modo que era verdad: la literatura era grande, y ella no siempre tenía razón.

Reconocía sus errores con alivio, y su amor aniquilador de juventud se disculpaba por fin: poco importaba que hubiera servido a las palabras con más ternura que la que había empleado en amarla a ella, lo esencial era que había cumplido su promesa.

Eran casi las siete de la tarde. Mal momento para una escena de reencuentro en la cocina...

Bah... Ya volvería.

Se alejó más tranquila y, apoyada en el manillar de la vieja bici, admiró su sonrisa en todos los escaparates del Faubourg hasta la esquina de la rue Royale.

Es verdad que era carísima, no siempre del mejor gusto y a menudo difícil de llevar pero, aun así...

le parecía bonita.

4

Demasiado bonita, incluso...
¡Demasiado bonita para ser verdad!

¿Os lo habéis creído? ¿De verdad? Pero ¿qué esperabais? ¿Que se plantaría allí al día siguiente dando saltitos, que preguntaría por él, y, ¡tachán!, él aparecería, rodeado por un halo brillante, y correría hacia ella a cámara lenta, con palomas levantando el vuelo y la cámara girando alrededor?

Vamos, vamos, panda de sentimentales, eso sólo pasa en las películas. O en los libros que su ex aborrecía. Por desgracia, esto era la vida real y nuestra soñadora heroína se quedó con un palmo de narices: prohibida la entrada, las puertas están cerradas y las cámaras son de vigilancia.

Bueno. Empezaba a hartarse de toda esta historia... Ya no le divertía nada, y Mathilde Salmon, la verdad sea dicha, estaba hasta el moño de ir detrás de un chico.

Jugar a ser quien no era estaba bien un rato, pero no más.

Se sentó, pues, en el capó de un coche, se cambió de zapatos, sacó su estuche de maquillaje, se recogió el pelo, se empolvó las mejillas, se alargó las pestañas, se perfiló los labios, se perfumó la nuca y metió la cazadora hecha una bola en el portaequipajes de su bicicleta antes de subir la calle contoneándose.

Guapa, sexi, con prisa y rica como era, hizo caso omiso de porteros, botones, recepcionistas, mozos de equipaje, camareras y clientes.

Atrás.

Atrás, morralla, que no hacéis más que estorbar.

Cruzó una moqueta tan gruesa como su aplomo, recorrió pasillos, ignoró las preguntas y los comentarios en ruso y en inglés que surgían a su paso, se acomodó sobre los hombros un boa invisible, buscó una sala de restaurante, rodeó una aspiradora, sonrió para compensar, se dirigió a la cocina, empujó la puerta y cogió por banda al primero que pilló:

—Necesito ver a Jean-Baptiste inmediatamente. Tráigamelo, por favor.

5

—¿Quién? ¿Vincent?

—No (tonito desdenoso), Jean-Baptiste. Se lo acabo de decir. El de los cuchillos japoneses.

—Ya, pues Jibé (tono agresivo) ya no trabaja aquí.

Y, de pronto, Mathilde dejó de ser guapa.

Dejó de ser rica, sexi, altanera y todo lo demás.

Cerró los ojos y esperó a que la echaran a la calle de una patada en el culo. De hecho, ya venía hacia ella un tipo alto con pinta de borde, secándose las manos.

—¿Se ha perdido, señorita?

Le contestó que sí, y él le indicó la salida.

Pero como estaba más claro que el agua que era una muerta de hambre, aparte de fea y patética, añadió:

—¿Lo conoce? Pues ándese con ojo... Yo también creía conocerlo y aun así... aun así me la jugó... Y eso que era un buen segundo... Y de hecho se lo dije... Pero no sé qué mosca le picó... Porque no es un tipo fácil, ¿eh? Qué va..., pero que nada fácil... Desde hacía varias semanas ya no estaba a lo que tenía que estar, me hizo una picia tras otra, hasta que se largó.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—No, no tengo ni idea... Y le diré más: no quiero saberlo. Nos ha hecho una buena faena..., largarse en plena temporada, así, de repente... Se la tengo guardada... Un buen día apareció y ya no era el mismo. Ya no le interesaba nada. No habría sido capaz ni de distinguir una col de un nabo, el muy burro. Primero estuvo de baja unos días porque se quemó, a lo bestia, tuvimos que mandarlo a urgencias, y cuando volvió era otra persona. Incapaz de concentrarse. «Ya no me gusta», eso es todo lo que se le ocurrió decirme... Vacío su taquilla y pidió la cuenta. Y usted puede largarse por el mismo sitio. Y si algún día se cruza con él, dígame que me devuelva mi Grimod. Él lo entenderá.

Mathilde pasó de nuevo por el vestíbulo delante de los porteros y se dio cuenta de que sobraba. Que debía apretar el paso. Que esa entrada, ahora lo recordaba, estaba prohibida para los buscadores, conseguidores, repartidores y demás intrusos en el mundo de los ricos.

Largo de aquí.

Se dirigía ya a su precioso Aston Martin con la dinamo rota cuando el joven que la había informado primero le tocó el codo:

—¿Es usted?

—¿Cómo?

—¿Eres la chica del Arco de Triunfo?

Por el dolor que sintió al sonreír supo que se había mordido el labio hasta hacerse sangre.

—Me lo imaginaba. Se ha vuelto al pueblo... A trabajar con su tío otra vez... a Périgueux.

Virgen santa. Périgueux. ¿Y por qué no a Australia, ya que estaba?

—¿Allí tiene teléfono?

—No me lo sé. ¿Tienes para apuntar? Te puedo dar el nombre del restaurante. No tiene nada que ver con esto, ya lo comprobarás. Te será más fácil dar con él.

Apuntó cuidadosamente sus instrucciones y levantó la cabeza para darle las gracias:

—¿Por qué me miras así? —le preguntó Mathilde extrañada.

—No, por nada.

Dio media vuelta y se alejó unos pasos antes de volverse:

—¡Eh!

—¿Qué?

—¿Qué había en tu bolso exactamente?

—Un atlas.

—¿En serio?

Parecía decepcionado.

6

Mathilde pensaba pasar por casa para coger su ordenador y su cepillo de d... bah, pasando. Ya habían perdido suficiente tiempo.

Vaciló en el primer semáforo: mierda, para Périgueux, ¿qué estación era? ¿Montparnasse o Austerlitz?

Bueno, venga, Napoleoncito, puesto que llevas la voz cantante desde el principio, confiaré en ti hasta el final. En lo que a táctica se refiere, cuentan que fue tu mejor victoria, y a mí lo de la táctica se me da bastante mal. Así que Austerlitz, decidido.

Pero no me la juegues, ¿eh?

Dejó la bici apoyada en un poyete y se dirigió a las taquillas.

—¿Qué tipo de billete? —le preguntó una amable Clémence con un chaleco malva—. ¿Sencillo o ida y vuelta?

Huy, madre. Sencillo. La cosa ya era bastante complicada de por sí.

A partir de ahora, todo sencillo, por favor.

Y, por una vez, en el sentido de la marcha, a ser posible.

ÚLTIMO ACTO

1

Fue un largo día de esperas. Primero en esa estación, luego en la de Limoges y, por fin, en las calles del viejo Périgueux.

Aunque no hubiera estado nunca, ese lugar le traía un montón de recuerdos. D'Artagnan estaba ahí, en todas partes, entraba en una posada gritando: «¡Eh, posadero! ¡Tabernero del demonio! ¡Tu mejor vino!». Aparte de eso había también muchas botellas de aceite de nuez, *confits*, cuellos de pato rellenos y las mismas tiendas de ropa que en cualquier rincón del mundo.

A la flor de lis le habían dado un buen palo. Hay que decir que en China las bordaban por cuatro perras.

Bah... Era nuestro mundo... Había que quererlo pese a todos sus defectos. Y no hay forma de convertir en franquicia esas piedras antiguas que contaban novelas de capa y espada.

Mathilde paseaba sin rumbo porque había decidido esperar a que terminara el servicio. Prefería dar la cara en la penumbra. No porque fuera más romántico, sino porque estaba muertita de miedo.

Sí, nuestra joven amiga se las daba de filósofa del terruño, pero en realidad no las tenía todas consigo. El enfado del gran chef rechazado la había afectado. Quizá el tipo en cuestión estuviera de verdad chalado, a fin de cuentas. Quizá estuviera a punto de meterse en la boca del lobo... o, peor aún, de un imbécil. O de uno al que le importaba un comino la pijina forrada de los Campos Elíseos con sus falsas promesas y sus alusiones sugerentes...

O mucho, muchísimo peor todavía: de uno que dentro de unas horas le diría, señalándole el reloj:
—Lo siento... Ya no servimos.

Sí, puede que estuviera a punto de perder otra vida en ese juego estúpido que se había inventado para pasar el rato.

Ay, madre...

¡Eh, tabernero! ¡Una Coca-Cola bien fresquita para que la señorita aguante!

En la plaza del mercado se puso de puntillas y fotografió a un bonito peregrino del Camino de Santiago esculpido en piedra.

Clic-clac. Un recuerdo de vacaciones.

En el peor de los casos, si las cosas iban mal de veras, se haría un fondo de pantalla con la foto.

Una especie de pósit con cayado para recordar siempre lo aventurado que era amar al prójimo y no perder la esperanza.

2

Las doce menos cuarto de la noche. Llevaba más de dos horas esperando recostada en un poyete enfrente del restaurante del tío.

El local era muy cuco, lleno de vigas, de cacharros de cobre, de risas y de tintineos. A D'Artagnan y su pandilla les habría encantado.

Los últimos remolones se desperezaban antes de pedir la cuenta, y la Coca-Cola ya no le hacía efecto. Mathilde se acariciaba la tripa, suplicándole que aguantara el tirón unos segundos más.

También las palmas de las manos.

Las tenía pegajosas.

Ya se habían marchado todos los clientes pero seguía habiendo ajeteo en la sala. Una señora entró la pizarra negra que había junto a la puerta, un joven con un casco de moto bajo el brazo se despidió de ella antes de encender un cigarrillo y marcharse, otro volvía a colocar platos y cubiertos en las mesas que acababan de quedar vacías, mientras un señor gordo, con bigote y delantal de viñador (¿el tío?) se afanaba detrás de un mostrador.

Después ya nada.

Mathilde hervía por dentro.

Cansada de tanto retortijón, por fin se le escapaban entre los dientes, pese a que los tenía bien apretados, unas cuantas maldiciones.

Un zumbido en la noche:

—Joder, pero ¿qué coño hacen? Venga... Largaos ya, gilipollas. Largaos de una vez. ¿Y tú? ¿Cuándo piensas salir? Ya te vale, me tienes hasta las narices. Venga, ya. Deja esos culos rellenos y sal de una vez de los fogones, joder...

Al cabo de unos diez minutos, la señora y el joven volvieron a salir por fin y se despidieron justo delante de ella antes de alejarse en direcciones opuestas; después se apagaron todas las luces.

—¡Eh! —dijo ella, saltando del poyete y cruzando la calle corriendo—. ¡Eh, que no pienso quedarme a dormir aquí!

Chocó con las mesas, tiró una silla, soltó un taco en voz baja y, cual polilla, se dirigió a la única fuente de luz que podía guiarla: la ventanilla de una puerta de la cocina.

La empujó despacio conteniendo el aliento, el orgullo, el canguelo y las tripas.

Había un hombre con una chaquetilla blanca concentrado en una tarea manual.

De pie, manejaba algo que tenía delante sobre una encimera de acero inoxidable.

—¡Vete si quieres, ya cierro yo! Pero déjame tus llaves, ¡se me han vuelto a olvidar las mías! —dijo en voz alta sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo.

Ella se sobresaltó.

Lo reconoció sólo por la voz, de tanto como había adelgazado.

—Por cierto, ¿le has dicho a Pierrot lo de las mollejas de ternera?

Y como por desgracia Mathilde no le había dicho nada a Pierrot, finalmente levantó la cabeza.

3

Su rostro no manifestó sorpresa, alegría ni asombro. Nada en absoluto.

Se la quedó mirando.

Se la quedó mirando durante... es difícil de decir. En situaciones como ésa los segundos ya no son segundos, son escasos y cuentan triple. Durante una eternidad, pongamos.

Y ella no decía ni mu. Primero porque estaba agotada, y segundo porque ya estaba bien. Había hecho su parte del trabajo.

Ya no pensaba mover ni un músculo. Ahora le tocaba a él. Ahora le tocaba a él tomar las riendas de su relación. Decir una tontería y mandarlo todo al traste o decir..., Mathilde no sabía qué, algo que le permitiera sentarse y descansar por fin.

Él presintió todo eso. Se le veía en la cara que luchaba con las palabras. Las palabras, el cansancio y sus recuerdos. Que buscaba. Que estaba a punto de, pero se echaba atrás. Que tenía miedo y que estaba tan atascado como ella.

Bajó otra vez la cabeza y volvió a concentrarse en lo que lo absorbía. Para ganar tiempo y porque era más inteligente cuando tenía las manos ocupadas.

Delante de él, una larga piedra azul rectangular: estaba afilando sus cuchillos.

Ella lo observaba.

Jugaban al mikado con sus nervios, y ese chirrido tenue y regular los tranquilizaba a ambos. Quizá pensarán que eran unos minutillos ganados a un posible derrumbe de todo.

Examinó la hoja, apreció el afilado dejándola resbalar como el arco de un violín sobre la uña de su pulgar izquierdo, luego la volvió del otro lado y reanudó su tarea.

Sobre la piedra se había formado una especie de pasta oscura. Dibujaba en ella bucles, ochos y espirales, presionando con todo el peso de su cuerpo sobre los tres dedos que guiaban el acero.

Fascinada, Mathilde observaba esas uñas cortas que se volvían blancas por el esfuerzo, las yemas endurecidas y llenas de cortes, y, escondido bajo el mango de ébano, el famoso anular desmochado.

Ese dedo tuerto, suave y pálido... Le dieron ganas de tocarlo.

Sin mirarla siquiera, él cogió un cuenco con agua y acarició de nuevo la piedra para humedecerla.

El frote repetido de la hoja, los puñetazos rabiosos de sus corazones encerrados demasiado tiempo y el zumbido de la cámara frigorífica a lo lejos los acunaron un momento más, y después se oyeron pasos en la habitación de al lado, el ¡clac! de un interruptor automático, el ruido de una puerta que se cerraba, de una persiana que se bajaba y de una llave en una cerradura, no, en dos.

Se quedaron a oscuras, y sólo entonces Mathilde lo vio sonreír: oyó sus hoyuelos en su voz.

—Vaya..., qué pena..., porque, como te he dicho antes, se me han olvidado las llaves...

Él ya saboreaba el momento, y ella seguía callada. A tientas, encontró un taburete a su espalda, lo cogió y se sentó delante de él.

Después de todo ese ruido, de nuevo el silencio.

—Estoy contento... —murmuró él.

A fuerza de maltratarla, Mathilde había vuelto a abrirse la heridita del labio inferior. ¿Le tocaba a ella decir algo? Por Dios, no, ahora no. Estaba demasiado cansada. Había recorrido todo ese camino hasta él porque no le había robado, ahora era su turno.

Para ganar unos segunditos más, jugueteó con su labio herido.

Se lo mordisqueaba donde más le dolía y se chupaba la sangre.

—Has adelgazado —dijo él.

—Tú también.

—Sí. Yo también. Yo más que tú. Tenía más margen, me dirás...

Mathilde sonreía en la oscuridad.

Él se balanceaba de atrás hacia delante como si quisiera excavar, cepillar, vaciar la piedra.

Al cabo de un minuto más, o de dos, o de tres, o de mil, añadió igual de bajito:

—Creía que tú..., que yo... no... Nada...

Crrrrrich. Una mosca acababa de electrocutarse en el halo azulado de una trampa que había junto al pasaplato.

—¿Tienes hambre? —le preguntó por fin, mirándola por primera vez en su vida.

—Sí.

—Yo también.

Como sonreía, le dolía, y como le dolía, se relamía.

Se ensalivaba el labio para cauterizarlo, mientras él secaba con cuidado su largo cuchillo.

—Desnúdate.

YANN

UNO, EL HUEVO

Esta semana me toca cerrar. Valido los últimos pedidos, apago los ordenadores y compruebo que los cajones y todos los expositores estén cerrados con llave.

Reconozco que es lo que peor llevo, me siento como un joyero de provincias que guarda impasible cada noche sus cadenitas y sus esclavas chapadas en oro, pero a Éric, un compañero de la quinta planta, le mangaron tres mil euros de material el mes pasado, y sé que está metido en un buen lío del que le costará salir.

Oh, no es que le hayan dicho que es un ladrón, no, sólo se lo han insinuado.

—¿Sabes qué? A veces pienso que es lo mejor que podría pasarme. Verme obligado a devolverles la acreditación y truncarle a mi novia sus sueños de hipoteca. No coger más el tren de cercanías... No empezar más el día con esa humillación... Recién levantados y ya aparcados, hacinados, machacados... Toda esa carne de extrarradio aturdida y resignada como tú y que lee las mismas chorradas que tú en los mismos periódicos gratuitos y al mismo tiempo que tú... Te juro que es lo que más me deprime... —me confié suspirando un día, durante un seminario de formación sobre el nuevo software de venta—, sí... La pena es que todavía quiero a mi novia.

Intercambiamos una sonrisa y entonces llegó otra ponente y ya no dijimos ni mu.

(Si le causamos mala impresión a esa señora, luego va y se lo cuenta a nuestro jefe, y perdemos la prima de *Business, Care & Involvement*.)

(La prima de lameculos.)

Bueno, a lo que iba, que lo cierro todo con llave.

Luego se apagan las luces de la tienda, cojo el montacargas y recorro kilómetros de pasillos iluminados sólo por los pilotos de emergencia.

Voy a todo correr antes de que salte la alarma.

En el vestuario busco mi taquilla, marco un código —otro más, el décimo del día, creo— y cambio el chaleco «Yann, ¿en qué puedo ayudarlo?» por un viejo chaquetón marinero hecho polvo que deja muy claro que el pobre Yann ya no está como para ayudar a nadie. Vuelvo a correr por culpa de otra alarma más y voy a parar a un callejón sin salida detrás del boulevard Haussmann, entre dos hileras de cubos de basura y un guardia jurado con perro que justo empieza su turno.

Cuando toca el gordo del dóberman, nos fumamos un cigarrillo hablando del tiempo, de tuneo y del Paris-Saint-Germain (bueno, sobre todo habla él, y yo le pregunto), y cuando toca el otro, el del rottweiler, no me relajo hasta que llego a la otra punta del callejón.

Lo que me aterroriza no es su herramienta de trabajo, sino su mirada.

Uno siempre se pregunta quién narices leerá la revista *Déetective*. Pues yo tengo la respuesta...

A ese tío, un titular en plan «Lili, tres años, golpeada hasta la muerte, violada, torturada y quemada viva» le pone, como él mismo dice. Le pone que lo flipas.

Esta noche está de turno el simpático, y yo he sacado el primero el paquete de cigarrillos. Está preocupado porque uno de los cachorros de su perra, no ésta, otra, una que sólo hace aparcamientos (¿?), tiene un huevo que no termina de bajarle.

Estaba a punto de decirle que qué guay, pero por suerte me he callado a tiempo.

No era nada guay. Al contrario, era dramático. Sin huevo, adiós pedigrí, y sin pedigrí, adiós pasta.

—Bueno, ya le bajará, ¿no?

No parecía muy convencido:

—A saber... Puede... Puede que sí, puede que no. *Inch'Allah*... El Cielo lo dirá.

Pobre Alá, pensé mientras me alejaba, espero que tenga a alguien en el despacho de oraciones que se las filtre un poco antes de hacérselas llegar todas.

DOS, LOS PARÁSITOS

El caduceo de la farmacia americana me informa de que ya son las 22.10 y de que la temperatura exterior es de -5° .

Nadie me espera, Mélanie se ha marchado a otro de sus seminarios, y es demasiado tarde para ir al cine.

Me dirijo a la boca de metro más cercana, pero luego cambio de idea. No puedo volver a meterme en una caja, me va a dar algo.

Tengo que andar. Tengo que volver a pie, cruzar París calentándome las manos a palmetazos y levantándome el gorro de vez en cuando para que los parásitos que me rondan por la cabeza sin parar la palmen.

Sí, tengo que pasarlas canutas, tengo que sentir frío y hambre, y aprovechar que estoy solo para caerme muerto en la cama por fin.

Hace meses que duermo mal. No me gusta mi colegio, no me gusta mi horario, no me gustan mis profes, el olor de los vestuarios, el comedor y los zoquetes que me rodean. Con veintiséis años tengo el mismo insomnio que con doce, sólo que con veintiséis es mil veces peor porque la culpa de estar en esta mierda es mía y sólo mía. No puedo culpar a mis padres, y ya ni siquiera tengo vacaciones...

¿Qué he hecho?

¿Eh?

¿Qué has hecho?

¡Te hablo en serio! ¿Y ahora qué has hecho, imbécil?

Me maldigo en voz alta porque el aliento tibio que arrastra mi rabia me calienta la punta de la nariz.

Ya se han refugiado casi todos los vagabundos, los que empujan el codo ahora para aguantar el tirón esta noche estarán muertos mañana, y el Sena fluye negro, lento y traicionero. Metiéndose entre los pilares del Pont-Neuf crea una corriente de aire silenciosa. Va de caza. Persigue el cansancio extremo, a los asalariados exhaustos, las cavilaciones de los mediocres y las preguntas que resuenan en la noche. Repara en la falta de aplomo y los parapetos resbaladizos. «Venid —sisea—, venid... Soy yo... Venid conmigo... Os conozco hace tiempo...»

Imagino su contacto frío, la ropa que se infla antes de volverse pesada, el impacto, el grito que te nace, la tetania... Todo el mundo imagina eso, ¿no?

Sí. Claro que sí. Toda la gente que tiene un río a mano en su vida cotidiana sufre esta clase de vértigo.

Es tranquilizador.

Inciso:

Mensaje de Mélanie: «Estoy muerta me voy a la cama tiempo de perros bs». Con una pequeña muestra de beso al final. (Un chisme amarillo con grandes labios parpadeantes. Emoticono, así lo llaman.)

Emoticono. El nombre es tan vulgar como lo que designa. Odio esas cosas de vagos. En lugar de expresar un sentimiento, se despacha. Se pulsa una tecla, y son iguales todas las sonrisas del mundo. Las alegrías, las dudas, la tristeza, la ira, todo tiene la misma pinta. Todos los impulsos del corazón se ven

reducidos a cinco redondeles horrorosos.

¿Y esto es el progreso? Hay que joderse...

«Buenas noches —le contesto—. Te mando un beso.»

Mucho mejor, ¿verdad?

No. Tampoco tanto. Bueno, al menos es un beso en cuatro tiempos... Y el numeral en letras queda bonito...

Hoy en día ya no hay muchos chicos que se tomen la molestia de escribir los numerales en letras en los mensajes. ¿Son los mismos que se imaginan ahogados en un río?

Me temo que sí.

Madre mía, esta noche soy la alegría de la huerta.

Perdón.

Llevo tiempo así. Con este desánimo, estos arrebatos líricos tan cutres, esta necesidad de pelearme con alguien, con todos, para ahogar el veneno. Según Mélanie es por el tiempo (final del invierno, falta de luz, depresión estacional) y por mi marasmo profesional (ni rastro de las promesas que me hicieron, falta de ambición, desilusiones). Bueno. ¿Por qué no?

Tiene suerte, pertenece a esa categoría de seres humanos que encuentran causas y soluciones para lo que sea: los ácaros, el derecho al voto de los inmigrantes, el cierre de la droguería de la rue Daguerre, las verrugas de su padre y mi melancolía. En cierto modo la envidia. Me gustaría tener esa seguridad.

Me gustaría que todo fuera tan sencillo en mi cabeza, tan fácil, tan... *materializable*.

No dudar nunca. Encontrar siempre sospechosos, responsables, culpables. Ir a por todas caiga quien caiga, cortar por lo sano, mandar, juzgar, dar estocadas, sacrificar y tener la certeza de que mis humos de existencialista esnob se disiparán al principio de la primavera y desaparecerán por completo con un aumento de doscientos euros en mi nómina...

Lo malo es que no lo creo en absoluto.

En junio cumpliré veintisiete años y no consigo saber si soy joven todavía o si ya soy viejo. No encuentro mi sitio. Todo está muy borroso. De lejos, parezco un adolescente, y de cerca, un viejo gilipollas. Un viejo gilipollas disfrazado de chaval de instituto: la misma falsa ingenuidad, las mismas Converse, los mismos vaqueros, el mismo corte de pelo y las mismas novelas de Chuck Palahniuk en la misma mochila gastada.

Un tarado. Un ilegal. Un joven de principios del siglo XXI nacido en un país rico y criado por padres cariñosos y entregados, un niño al que nunca le faltó de nada: besos, amor, fiestas de cumpleaños, consolas, visitas a la biblioteca del barrio, monedas debajo de la almohada cuando se le caía un diente, libros de Harry Potter, cartas de Pokémon, cartas de Yu-Gi-Oh!, cartas Magic, hámsters, hámsters de repuesto, abonos ilimitados, viajes a Inglaterra, sudaderas a la moda y todo lo demás, pero no sólo eso.

No sólo eso.

Un niño nacido al final del siglo XX a quien le han repetido, desde que tenía edad para tirar él solito a la basura los envoltorios de los caramelos, que la naturaleza sufre por su culpa, que los bosques desaparecen en el aceite de palma de sus bollos de chocolate, que el hielo polar se derrite cuando su madre arranca el motor del coche, que todos los animales salvajes la están palmando y que si no cierra el grifo cada vez que se lava los dientes tendrá su parte de culpa en todo eso.

Después, un alumno curioso y conciliador al que sus manuales de historia terminaron de asquear por haber nacido blanco, codicioso, colonizador, cobarde, delator y cómplice, mientras que los de geografía no dejaban —año tras año— de machacarlo con las cifras alarmantes de la sobrepoblación mundial, la industrialización, la desertificación, la escasez de aire, de agua, de energías fósiles y de tierras

cultivables. Por no hablar de los de lengua, que siempre acababan por quitarte el gusto por la lectura a base de obligarte a estropearlo todo —*Observa y ordena el campo léxico de la sensualidad en este poema de Baudelaire*, hala, se acabó, adiós erección general—, o los de idiomas, que te recordaban un año tras otro *how much you were una grandissima Scheisse*, y los de filosofía, por último, que resultaron ser un gran concentrado de todo lo anterior pero de manera mucho más implacable: «Eh, tú, blanquito canijo al que ni siquiera se te levanta y eres el hazmerreír de todos con tu acento de mierda, busca y ordena el campo léxico del fracaso de tu civilización, por favor. Tienes cuatro horas».

(Ah, y el borrador lo tiras en la papelera amarilla.)

Y cuando por fin asimilas este viático generador de ansiedad, lo digieres, te lo aprendes y lo regurgitas en cuartillas de examen que luego alimentan las estadísticas de aprobados en el examen de bachillerato, te añaden unos cuantos añitos más de estudios para que no vayas a atascarte demasiado pronto en los torniquetes del porvenir.

Y tú, dócil gilipollas, lo haces todo como está mandado: estudiar, examinarte, sacarte el título y hacer las prácticas de empresa.

Las prácticas no pagadas, las prácticas no remuneradas, las prácticas sin contrapartida financiera, las prácticas por la honrilla y las prácticas por la gloria. Los CV. Los CV con la foto como a ellos les gusta. Los CV en papel, on-line, en relieve, en vídeo, en cantidad, en lo que sea. Las cartas de motivación. Los e-mails de motivación. Los vídeos de motivación. Los... todo ese revoltijo de palabrería hueca en el que ya no sabes ni qué inventarte porque ya no te lo crees, porque te deprime verte obligado a luchar tan duro y tan pronto para tener derecho a cotizar como los demás.

Pero sigues. Sigues con tesón: los foros de oportunidades, el Foro para el empleo, las ferias de empleo, los *headhunters*, los anuncios, las alertas de trabajo, las plataformas de empleo, las claves de acceso a tu espacio de candidato, las suscripciones a los flujos de ofertas, las falsas esperanzas, las entrevistas perdidas de antemano, los *facebookmakers* que no validan tus aptitudes ni en sueños, el cuñado de tu padrino que va a hablar con sus amigos del Lions, los antiguos compañeros de colegio, sigues sin importarme un carajo pero ¿no tenía tu padre una fábrica?, las empresas de trabajo temporal, los enchufes cojonudos, los enchufes inútiles, los enchufes de mierda, los portales de anuncios cada vez más de pago y las asistentes de departamentos de derechos humanos cada vez menos amables, los... Sí, siempre has estado a la altura, nunca has tirado un solo papel al suelo en tu vida, nunca has puesto los pies en el asiento de delante en el tren, ni aunque fuera muy tarde, ni aunque estuvieras hecho polvo y no hubiera nadie más en el vagón, y te sacaste el título sin darle la vara a nadie, sólo que... mala suerte. No hay trabajo para ti.

Pues claro que no lo hay. ¿Seguro que no te lo habían dicho? Mira que me extraña... Estarías distraído hablando con la chica sentada a tu lado en clase...

¡Eh, chaval! ¡Despierta! ¡Que estamos en crisis!

¡Vamos! ¡Escucha las noticias en lugar de aprender un oficio, perderás menos el tiempo!

¿Qué pasa? ¿Que no lo entiendes? Espera, guapo, que te vamos a resumir la situación:

¿Eres joven, europeo y buen chico?

¡Pues te van a dar por todos lados, chaval!

Te machacan día y noche con que la deuda de tu país asciende a cien mil billones de dólares, que pronto tu moneda no valdrá nada, que si no sabes chino mejor ni lo intentes, que Qatar lo está comprando todo, que Europa se acabó, que Occidente se ha ido al garete y que adiós planeta.

Hala. Ya está.

Panem et circenses. Ea. A eso hemos llegado.

Créeme, chaval, no nos queda más que ver el fútbol hasta que llegue el apocalipsis...

Venga. Que te sientes, te han dicho. Fly Emirates y a callar.

Y para un poco quieto. Deja de clicar, de llamar por teléfono y de correr a pedir trabajo aquí y allá, por favor. Es malo para la capa de ozono.

Ya no siento los pies. En lo alto del boulevard Saint-Michel, justo después de los invernaderos del Jardin du Luxembourg, unos polis con prismáticos cazan automovilistas distraídos y cansados.

Cuando paso por delante de ellos, con la cabeza gacha y la nariz metida en la bufanda, los oigo pedirle los papeles a una chica que lleva un anorak sin mangas azul. No sé si es por el frío o por los puntos del carné, pero parece petrificada. Busca nerviosa los papeles en el bolso y se le caen las llaves. Un bebé duerme en su sillita en el asiento trasero. No creo yo que fuera muy rápido, conduce un Mini. Uno de los antiguos. El que diseñó sir Alec Issigonis. Esa maravilla.

La oigo decir:

—Esperen, es que... la calefacción...

—Haga el favor —le contesta un agente bajito—, apague el motor del vehículo inmediatamente. No nos llevará mucho tiempo.

Paso de largo, desconcertado.

¿De qué va este país?

¿De qué va este trullo democrático cuyas fuerzas del orden no tienen nada mejor que hacer que tender trampas sin parar a sus conciudadanos menos feroces? ¿A santo de qué?

¿Tan vacías están las arcas?

¿Cómo son los tipos que se dedican a eso? ¿Cómo son los tipos a quienes se paga para fastidiar a una mujer a medianoche un martes de febrero con el pretexto de que le falta un trozo de faro o de que se le está despegando la matrícula? ¿Eh? ¿Cómo son? ¿Y qué se les pasa por la cabeza al insistir en que apague el motor cuando estamos a -6° fuera y hay un crío durmiendo en el habitáculo?

¿Tantas ventajas tiene ser funcionario?

¿Y tú, qué? ¿De qué vas tú, a ver? Tú, niño ofendido, que no paras de soltarnos sermones pero no eres capaz siquiera de defender a una madre de familia joven y guapa. Una chica que conduce un Mini 1000, para más inri. Eh, a ver, dinos: ¿quién es ese gilipollas?

¿A ti tampoco te termina de bajar un huevo?

Será que se te ha congelado...

Inciso:

Antes de diseñar el Mini, Issigonis ya había sacado al mercado el Morris Minor, y después sacaría el Austin 1100.

No está mal...

Cuando William Morris, el jefazo, vio el Minor por primera vez se quedó horrorizado. «*Holy God* —dijo—, *a poached egg.*» Un huevo escalfado.

El Minor tuvo un éxito considerable.

Sin embargo, Issi pensó que nunca conseguiría su *f***ing* diploma de ingeniería mecánica, que suspendió tres veces seguidas por culpa de las matemáticas. Lo salvó el dibujo. Era un as del dibujo. Las reglas, los postulados, las leyes de la física y de las matemáticas lo aburrían soberanamente, peor aún, según él eran *the enemy of every truly creative man*, el gran enemigo de todo hombre verdaderamente

creativo. Asimismo, le traían sin cuidado las políticas comerciales, las previsiones, los planes de negocio, los estudios de mercado y todos esos ancestros del marketing moderno. Tenía mal carácter.

Sostenía que para diseñar un nuevo coche la regla número uno era no copiar a la competencia. Era independiente, libre y cabezota, y no tenía en gran estima todo cuanto surgía de las largas sesiones de *brainstorming* de los departamentos de investigación. Le debemos esta frase genial: «*A camel is a horse designed by committee*», un camello es un caballo diseñado por un equipo.

Todo esto lo sé porque visité con mi escuela (esa educación superior tan valiosa para mí y que acabó con los ahorrillos de mis padres y que ahora no me sirve de nada en absoluto) el Design Museum de Londres.

Wow, such a nice souvenir...

Venga... Ya casi estoy... Hace tanto frío que el león de la place Denfert-Rochereau parece haberse acurrucado en su pedestal. Un minino gordo y enfurruñado.

Elegí esa vía porque yo también dibujaba bien y, que no se me enfade sir Alec, se me daban estupendamente las matemáticas. Aunque tampoco hay que exagerar... No lo suficiente como para aspirar a las escuelas más prestigiosas. También era curioso... Me interesaban las artes, la historia, la historia del arte, las artes decorativas, la tecnología, el mundo de la industria, las técnicas industriales, la ergonomía, la morfología, las cosas, la gente, los muebles, la moda, los tejidos, la tipografía, el diseño gráfico... Todo, en realidad. Todo, todo el tiempo y de todas las épocas. La única pega es que no tengo talento. Lo digo en serio. Eso también lo he aprendido. No tengo talento ni estoy en absoluto formateado para tener el orgullo o la genialidad de crear *algo distinto*. Al menos la carrera me habrá servido de algo: para conocerme y medir el camino que me separa de un Giò Ponti o de un Jonathan Ive, por ejemplo. (Ya, ya..., ya sé que es una paletada ensalzar al diseñador de Apple, pero me trae sin cuidado que me tomen por un paleta porque reconozco piadosa y humildemente el respeto que le tengo.)

Debería haberme sacado el título de documentalista y haber opositado para obtener plaza en la Biblioteca de Artes y Oficios o en la de la Escuela Nacional Superior de Creación Industrial, habría sido muy feliz. Mi único talento es que sé reconocer el de los demás.

Una flaqueza que, de hecho, me diagnosticaron en una de mis innumerables entrevistas de trabajo: —En resumidas cuentas, joven, es usted un diletante.

Vaya.

¿Es grave?

Evidentemente, debería haber elegido una vía menos cruel (pues dejemos las cosas claras: en el mundo del diseño, o eres un visionario o eres un cero a la izquierda; habré perdido toda capacidad de autoengaño en la refriega, pero no mis ideales), menos cruel, como decía, y mejor adaptada a mi diletantismo pero, ay de mí, hay que ser tonto, la verdad es que tuve miedo —si seguía mis inclinaciones naturales— de no encontrar trabajo.

Es tronchante, oye. Mira el Yannou..., qué bien le ha salido la maqueta de su *life*...

De lejos parece un camello.

Enfilo la rue Boulard. Voy entrando en calor. Menos mal, porque empezaba a moquear estalactitas... ¿Por dónde iba? Ah, sí... Por mi destino.

Bueno, total, que, a día de hoy y para resumir, soy titulado de una escuela de diseño y..., esto..., cómo decirlo..., exhibidor, sí, eso es, exhibidor de pequeños robots coreanos para uso doméstico, lúdico y hogareño de las clases medias lúdicas, domésticas y hogareñas.

Exhibo esa pequeña aspiradora teckel que se mete solita en su caseta cuando ha terminado de lamer

todo el polvo, esos altavoces luminosos que crean ambientes distintos según la música que difundan, esa alcachofa de ducha que es también una radio digital intergaláctica y ese frigorífico inteligente que te recuerda todo lo que tiene en la panza cada vez que reconoce el sonido de tu voz: existencias, fechas de caducidad, número de calorías de los alimentos que alberga, afinidades entre productos, arte de almacenar los restos y toda la pesca.

¡Ahí es *na'*!

Giò Ponti fliparía.

Conseguí un contrato indefinido (sí, un contrato indefinido, el Anillo Único, la Black Lotus, el Grial, qué digo, el Santo Grial; *Hanemim kamsahamnida*: «Gracias, Dios mío» en coreano) en una especie de antro *high-tech* que exhibe sus prodigios increíbles a una vieja Europa atónita.

Resumiendo, que soy, ¿cómo lo llaman?, representante comercial de Dartyyongg.

Pero, ojo, es algo provisional, ¿eh?

Sí, sí, lo que tú digas...

Venga, chaval, bájate de la nube...

No sólo no he matado a los parásitos, sino que se diría incluso que los he azuzado.

Qué idiota.

Después de marcar el último código del día, calzo un trozo de cartón en la puerta cochera para que no se cierre del todo y procedo de la misma manera con la del portal.

Ojalá, suspiro, ojalá el único vagabundo del barrio que no se ha largado todavía tuviera el detalle de venir a calentarse al abrigo de mi stratagema, reconozco que le sentaría bien a mi ego.

Subo corriendo los dos pisos para no perder un dedo del pie congelado en las escaleras, me como un plátano mojado en un culín de vodka, vacío el depósito de agua caliente y por fin caigo muerto.

TRES, LAS GALLETAS

Hoy he salido antes que de costumbre, pero sigo soltero. Mélanie no vuelve hasta el jueves.

He hablado con ella por teléfono hace un rato: el hotel no está tan bien como ella pensaba, el spa está cerrado, y los de su grupo son imbéciles.

En fin...

(Es visitadora médica, y el laboratorio para el que trabaja organiza regularmente seminarios de remotivación para ayudar a sus empleados a superar el gran trauma de los genéricos.)

—No te olvides de hacer la compra, ¿vale?

Claro. Claro que haré la compra... Llevo dos años haciéndola yo, no voy a revolucionar nuestra vida de pareja precisamente esta noche.

—Y esta vez acuérdate de llevar la tarjeta de puntos. He calculado que el otro día nos hiciste perder sesenta por lo menos.

Mélanie es una consumidora experta. Para ella sesenta puntos son muchos puntos.

—Sí, sí, tranquila. Bueno, te dejo, que tengo que sacar a pasear a Guau-Guau...

—¿A quién?

—Al aspirador.

—Ah...

Cuando dice «Ah...» así, me pregunto qué piensa de verdad. ¿Se echa las manos a la cabeza? ¿Les habla de mí a sus compañeros de trabajo? ¿Les dice: pues mi novio vende Guau-Guau de todos los colores?

Lo dudo. Ella que pensaba que había conocido al nuevo Starck, al final ha acabado con un simple vendedor de una tienda de electrodomésticos baratos, vaya chasco. Además, sospecho que se cree que me paso el día divirtiéndome con juguetitos tecnológicos. Si ella supiera... Es más fácil vender anticoagulantes que una nevera que te da la tabarra cada vez que entras en la cocina... En fin. Dejémoslo. He salido antes, pero no pienso ir al súper porque he visto que hay un ciclo de Sidney Lumet en el Grand Action, y *Un lugar en ninguna parte* sólo la ponen esta noche a las nueve.

Gracias, Vida.

Vi esta peli con mi primo (probablemente en esa misma sala) cuando tenía quince años, más o menos la misma edad que River Phoenix en su papel de Danny Pope, y me dejó tan impresionado que al salir del cine me atropelló un autobús. En serio. Me rompí cuatro dedos del pie.

Vamos, que la perspectiva de volver a verla me acelera el corazón, y es un secreto que Mélanie ignora: yo también, a mi manera, acumulo puntos de fidelización.

Decido pasar por casa para cambiarme y picar algo antes de cogerme una bici pública.

(Es guay ir en bici cuando sales de ver una gran película: el faro es como un proyector, y las escenas más bonitas te iluminan en la noche.)

Cuando llego a mi rellano, con una *baguette* mordisqueada en una mano y mi correo aburrido en la otra, me topo con un mueble. Una especie de armario de formica azul. Me impide el paso porque está colocado de través, pero como soy bastante hábil dejo encima mis bártulos para desplazarlo un metro. En ese momento oigo una vocecita aguda:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Hay un señor atascado!

Seguida de una voz mediana:

—¿Has oído, Isaac? ¿Has oído lo que acaba de decir tu hija? ¡Pues haz algo, ¿a qué estás esperando?!

Y, por fin, la voz grave de Papá oso:

—¡AH! ¡MUJERES! ¡AH! QUERÉIS VERME MUERTO, ¿EH? QUERÉIS QUE MUERA APLASTADO BAJO EL PESO DE ESE ADEFESIO PARA HEREDAR MI FORTUNA. ¿A QUE SÍ? ¡JAMÁS! JAMÁS, ¿ME OÍIS? ¡JAMÁS OS DARÉ LOS LIBROS ERÓTICOS DEL ABUELO! —Después, con una voz más dulce, dirigida a mí—: Perdón, vecino, perdón... ¿Se apaña?

Levanto la cabeza y veo por encima de la curva de la escalera del cuarto piso un rostro colorado enmarcado por una barba tupida y, entre los barrotes, dos pequeñas Ricitos de Oro que me miran muy serias.

—Sí, no se preocupe —le contesto.

Se despide de mí, me alejo y al llegar a mi puerta giro la llave en la cerradura lo más delicadamente posible para poder oír el final de la escena.

—Hala, entrad, preciosas..., que vais a coger frío.

Pero Mamá osa no está contenta:

—Y ¿qué hay de Hans?

—Hans es un imbécil. Hemos tenido unas diferencias en el primero, y me ha dejado tirado con tu basura en el segundo. ¡Hala, para que lo sepas! ¡HANS-ES-UN-IM-BÉ-CIL! —dijo, silabeando bien y lo bastante alto para que lo oyera todo el edificio—. Vamos, niñas, entrad ya en casa u os encierro en este horror por el que vuestra madre le ha pagado doscientos euros a un bandido. *Vintage, vintage*, te voy a dar yo *vintage*... ¡Y deprisita, señoritas! ¡Que este padre tiene hambre!

—Amigo mío, que te quede clara una cosa: mientras mi precioso aparador siga en la escalera, esta noche no te doy de cenar.

—¡PUES MUY BIEN, SEÑORA MÍA! ¡MUY BIEN! CON QUE ÉSAS TENEMOS, ¿EH? ¡ENTONCES ME COMERÉ A SUS HIJAS!

El señor vocifera como un ogro, y le responde un montón de grititos estridentes que resuenan por el hueco de la escalera.

Me vuelvo, maravillado: las chispas de una bengala...

Su puerta se cierra, y, no sé por qué, de repente ya no me apetece nada volver a mi casa.

Me iré al kebab de la esquina.

Bajo de nuevo, pensativo.

A ella me la he cruzado un par de veces por la mañana, cuando llevaba a las niñas al colegio. Siempre está despeinada, siempre va con prisa y siempre es muy educada. Mélanie se cabrea porque se deja el cochecito tirado en el portal de cualquier manera. Un cochecito lleno de juguetes, de cubos y palas, de arena y de migas. Cuando hay paquetes de botellas de agua o de leche al pie de las escaleras, los cojo al pasar y los dejo en los primeros peldaños que suben al tercero, pasado nuestro rellano, para que recorran solitos un poco más de la mitad del camino.

Mélanie hace un gesto de exasperación: repartidor además de vendedor es demasiado para ella.

Un día que la mamá del cuarto me agradecía de prisa y corriendo y con demasiada insistencia esas modestas ayuditas mías, la tranquilicé confesándole que alguna vez, como compensación por las molestias, le había robado una o dos galletas Chamonix olvidadas en la parte de abajo del cochecito. La oí reír a lo lejos, y al día siguiente tenía un paquete entero encima del felpudo.

No se lo dije a Mélanie.

A él es la primera vez que le veo la cara, pero me parece que oigo sus pasos, tarde por las noches.

Sé que está suscrito a *La Gazette Drouot* esa de las subastas porque asoma de su buzón, y que conduce un monovolumen Mercedes porque tiene varias gacetas olvidadas sobre el salpicadero.

Una mañana lo vi quitar una multa de su parabrisas y recoger con ella una caca de perro, antes de tirar ambas cosas por la alcantarilla.

Eso es todo lo que sé de ellos. Tampoco llevamos aquí mucho tiempo...

Los libros eróticos del abuelo... Me hacía gracia.

Su numerito era fantástico. En realidad discutían como actores de vodevil. O más bien de opereta. Sí, eso, de opereta. Él, más que gritar, tronaba «¡Mujeres ¡*Vintage!* ¡*Vintage!* (pronunciado *vinteill*) ¡Muy bien, señora mía!», y su parte del libreto seguía resonando en mis oídos.

Sonreía, agarrándome a la barandilla.

Sonreía en la oscuridad porque así lo había decidido el temporizador y porque estaba a gusto así, a oscuras, repasando en mi cabeza ese regalo caído del cielo: una escena de vida parisina a la manera de Offenbach.

Nada más poner una pestaña en la calle, una borrasca helada me sacó de mis musarañas.

Dios, qué tardo de reflejos soy. Di media vuelta y subí corriendo la escalera.

CUATRO, LA MARQUESA

—¿Le estorba, verdad?

Ya no declamaba, era casi tan ancho como el marco de la puerta, llevaba una chaqueta de rombos, una camisa de rayas y una pajarita de lunares, y todos los colores del arcoíris se repartían un poco de lana, de algodón y de seda. No sé si por la baja estatura, la chaqueta abigarrada o la barba, pero el caso es que me recordaba al enooooorme, al pintoresco personaje de Gareth en *Cuatro bodas y un funeral*. Ya estaban ahí sus hijas otra vez, levantando hacia mí la misma carita preocupada que hacía un rato. Pero era de mentirijillas. Se notaba que a esas niñas les gustaba el teatro y que su aparente seriedad era parte del espectáculo: querían más.

—¡No, no, qué va! Pero se me ha ocurrido que igual puedo ayudarlo a subirlo hasta su c...
Sin darme tiempo a terminar la frase, se vuelve y barrita:

—¡Alice! ¡Por fin conozco a tu amante! Es muy guapo... ¡Estoy orgulloso de ti, amor mío!

—Pero... ¿a cuál te refieres? —pía la infiel.

Y apareció Alice.

Y ahí estaba Alice.

No sé cuál de estas dos frases expresaría mejor el efecto que yo querría transmitir. La vecina de arriba, la mamá del cochecito, la sembradora de migas y de cartones de leche se acercó. Me reconoció y me sonrió. Si, a la vez que me sonreía así, mirándome a los ojos, no se hubiera acodado al hombro de su marido (era mucho más alta que él) y no le hubiera rodeado el cuello con el brazo como si nada, me habría enamorado de ella en el acto. Ahí mismo y para siempre. Pero, ay de mí, por desgracia había ese pequeño detalle, ese «como si nada» que ponía en entredicho nuestra posibilidad de ser felices para siempre. Pues era eso lo que la hacía tan guapa y tan sexi. Era esa dulzura, esa confianza, esa manera instintiva que había tenido de pegarse a él, incluso ahí, incluso en el umbral de su casa, incluso con un trapo en la mano y sin motivo. Sin más motivo que el de enterarse de qué pasaba... Era porque adoraba a su tapón de maridito (se veía), que la adoraba a ella (saltaba a la vista) y que seguramente le hacía mucho el amor, por lo que podía permitirse calentarme así con una ingenuidad tan *trash*.

Ay, madre... Qué escena más tórrida.

Naturalmente, en ese momento estaba demasiado turbado para analizar todo lo que percibía, por lo que me contenté con babear un poco mientras reiteraba mi ofrecimiento.

—¡Huy, gracias! ¡Qué amable! —dijo muy contenta, y enseguida se puso a quitarle la chaqueta a su marido, como si se hubiera tratado de una capa de satén.

Con la ceremonia debida, pero empujándolo ligeramente por el trasero.

Muy a lo Mary Poppins y Rocky Balboa.

Él profirió unas cuantas maldiciones, se quitó los gemelos, que entregó a una de sus hijas, y la pajarita, que le confió a la otra, se remangó la camisa (que era de algodón muy fino y, en efecto, daban muchas ganas de acariciarlo) y se volvió hacia mí.

Era muy redondo, redondito y bajito como un tapón, o como el osito Misha de los dibujos animados, y mientras bajaba la escalera con una señorita de cada mano, yo procedí mentalmente a una especie de

cálculo de física para determinar si era mejor que se colocara delante o detrás del mueble.

Delante.

Tampoco es que pesara tanto pero, naturalmente, exageró un montón, y sus fans disfrutaron de lo lindo.

En cada peldaño soltaba una imprecación tremenda: ¡Por mis santas ubres! ¡Ay de mí, qué bribona mi suerte! ¡Rayos y truenos! ¡Adefesio de la marquesa! ¡Ostensorio engañacornudos! ¡Mierda divina! ¡Porquería de Satanás de formica del carajo! Y me dejó muchas en el tintero, algunas aún más curradas...

A cada ultraje, sus hijas lo regañaban más fuerte, alzando los brazos al cielo:

—¡PAPÁ!

Yo cerraba el cortejo, feliz de la vida, apechugando con todo el peso yo solo.

¿Qué les quedaría luego, de mayores, después de una infancia así?, me preguntaba. ¿Una vida aburrida o más ganas de juerga? ¿Un empacho tremendo o una frescura de tres pares de narices?

Dios sabe si yo quería a mis padres, gente pausada, tranquila y discreta, pero cuánto me hubiera gustado que me confiaran ese secreto además de su cariño. A saber: que la felicidad era lo que acababa de presenciar en la escalera y que no había que tener miedo. Miedo de armar jaleo, miedo de ser feliz, miedo de molestar a los vecinos y de blasfemar todo lo que tenía uno en el cuerpo.

Miedo de la vida, del mañana, de la crisis y de todas esas cajas de Pandora *made in China* que unos viejos imbéciles con más miedo aún que nosotros entreabrían sin cesar para desanimarnos y quedarse ellos con todo el botín.

Sí, puede que esas niñas se desencantasen algún día, puede que estuvieran viviendo una infancia demasiado rosa y luego vinieran los nubarrones, y puede que se sintieran ya aplastadas por ese minipapá todopoderoso, pero mientras tanto..., mientras tanto..., qué recuerdos más bonitos atesoraban...

En el rellano del tercero, una abuelita curiosa entreabrió su puerta.

—¡Señora Bizot! ¡Por fin! ¡Aquí está usted! —pregonó—. Casa Lévitán, ¡le entregamos el pequeño aparador «Marquesa de Azur» que nos encargó en abril de 1964! Mire qué maravilla... Perdón, perdón, apártese, señora Bizot, apártese... Bueno, ¿qué, dónde se lo ponemos?

La viejita estaba asustadísima. Yo me reía. Me reía apechugando con todo el esfuerzo mientras iba destrozando trozos de pared, porque mi vecino era tan torpe que siempre se las apañaba para aplastarme sin darse cuenta.

—Déjelo —le dije por fin, cargándome el mueble a la espalda—. Lo llevaré yo solo, terminaremos antes.

—Vaya... Será granuja... ¿Quiere impresionar a mi mujer, es eso? ¿El señor quiere cortejarla? Este gomoso, este pisaverde, este..., este... lechuguino quiere su hora de gloria, ¿es eso?

Mientras él seguía con su parrafada, yo ya estaba delante de su puerta.

CINCO, LOS MICROONDAS

Seguí las indicaciones de su amada mientras él volvía a vestirse, pajarita incluida.

—Por aquí... En la cocina... Junto a la ventana... ¡Qué bonito es! ¡Qué contenta estoy! Parece recortado de un cuento para niños, ¿verdad? Del cuento de «Martine hace tortitas». ¡Sólo falta el perrito Patapouf!

Y cuando me incorporé estaba detrás de mí y me alargaba la manita, muy serio:

—Isaac. Isaac Moïse... Como el touroperador egipcio.

Me hizo mucha gracia el chiste, pero él ya no se reía en absoluto. Quizá fuera su manera de marcar el principio de una nueva era posible: después de las bromas, la amistad.

—Yann —contesté, sosteniéndole la mirada—, Yann Carcarec.

—¿Bretón?

—Bretón.

—Bienvenido a casa, Yann. ¿Qué puedo ofrecerle en agradecimiento por haber complacido a Alice?

—Nada, muchas gracias. Me voy pitando al cine.

Ya tenía el sacacorchos en la mano y mi negativa lo dejó de piedra. Peor aún, sin habla.

Alice me sonreía con amabilidad. Ella sí sabría perdonarme esta primera torpeza. Las niñas, en cambio, volvían a lanzarme sus terribles miradas de desesperación: pero..., pero... ¿y el último acto?

El reloj del microondas marcaba las 20.37. Si corría hasta el metro, aún podría llegar a tiempo. Sí, pero... era invierno... y tenía hambre... y estaba cansado... y reventado por tantas cosas más... ¿De verdad podía permitirme el lujo de dejarlos plantados?

Mi pobre cerebritito de amaestrador de Guau-Guaus se mordía la cola: me había divertido más esos diez últimos minutos que los últimos diez meses de mi vida —y si digo «meses» es porque aún me queda cierto orgullo—, y las razones por las que me apetecía tanto volver a ver esa película: inteligencia, humor y humanidad, estarían a mi alcance igual, lo presentía, si renunciaba al cine.

Sí, pero no...

—Yann, no debería usted pensar tanto, pensar embrutece.

20.38. Sonreí.

Dejó la botella de tinto que estaba examinando con una mueca dubitativa, y bajamos juntos al sótano.

Pasé por mi casa en el camino de regreso para cambiarme de camisa (Alice), olvidarme el móvil (Mélanie) y coger, para las niñas, dos ejemplares del artículo más tonto que tenía en *stock* (un llavero que dice tu nombre sin parar y cada vez más fuerte cuando lo pierdes y que acabas —si es que no te han puesto antes una camisa de fuerza— arrojando con rabia contra la pared cuando por fin lo encuentras. Lo llaman obsolescencia programada).

Jeje... El que se iba a desencantar era su papaíto...

SEIS, EL JALEO

Diréis: «Son detalles». Claro, claro... Pero, ¿sabéis?, no hace falta ir a una escuela de diseño para reconocer la importancia de los detalles. Lo más conmovedor nunca salta a la vista, tiene que buscarlo la mirada, y lo demás...

Lo demás es menos interesante.

El detalle de nada que me había decidido a aceptar la invitación de mi vecino a tomar una copa con ellos esa noche no era la elegancia de su labia, que no tenía nada que envidiarle a la de su aspecto, no era el frío de fuera ni la calidez de su apretón de manos, y tampoco era, estoy seguro, la perspectiva de cenarme otra vez un kebab solo en la calle, ni siquiera la labor de zapa de mis parásitos interiores, no, lo que me decidió a dejarme llevar fue cuando dijo: «¿Qué puedo ofrecerle en agradecimiento por haber complacido a Alice?» en lugar de: «a mi mujer».

Después de su impresionante numerito anticuado, machista, misógino y vodevilesco de hacía un ratito en la escalera, que su nombre se le viniera a los labios con más naturalidad que cualquier expresión... posesiva me deslumbró.

Es un detalle, estoy de acuerdo.

Pero da la casualidad de que soy sensible a los detalles.

Otro:

Cuando volví, sus hijas estaban cenando. Estábamos en una cocina llena de ruido y furia, y hasta creo que pisé algún que otro ravioli.

—Id al salón, estaréis más tranquilos, cuando terminen de cenar me reúno con vosotros —nos sugirió la señora de la casa.

—Toma —dijo él, alargándole una copa de vino que acababa de dejar respirar, oler y probar con mucha aplicación—, el tintito de Pierrot, a ver qué te parece... Vamos, niñas, daos prisa en terminar porque este señor aquí presente, Yann, me ha dicho que tiene... (cara de complicidad, ojos chispeantes y carillón de intrigantes murmullos) un regalito para vosotras...

Cuando los ratoncitos se ríen entre ellos debe de sonar más o menos así.

Y brindamos sobre las cabezas de dos señoritas a las que dicho anuncio acababa de dejar de lo más obedientes, aunque el regalo (gran suspiro) fuera «seguramente bastante pequeño» ya que yo no llevaba «ninguna bolsa». (Era la primera vez que trataba con niños tan de cerca y no sabía que tuvieran tantas habilidades deductivas.)

De pie delante del fregadero, Alice me miraba sonriendo, mientras su marido, sentado en un taburete de espaldas a la pared, les pelaba unas clementinas a sus hijas y me preguntaba sobre mi vida.

Una mitad de Yann hacía como si nada («¿Y también los hay con lunares? —la pregunta divertía a esta mitad—, ¿Guau-Guaus dálmatas?»), y la otra mitad, más reflexiva, se prometía: yo también... Yo también, cuando viva en pareja, haré lo mismo que él. No dejaré a mi mujer sola en la cocina con los niños. No haré como todos los demás tíos que conozco, que se van al salón para estar tranquilos y entre hombres.

Era el segundo detalle.

—¿En qué piensa, Yann? Lo veo muy absorto...

—No, no... En nada.

No pensaba en nada, simplemente acababa de recordar que ya vivía en pareja.

El vino me soltaba la lengua y el lastre. No había comido nada desde por la mañana y me sentía bien. Un poco borracho, un poco achispado, un poco sin cabeza.

Miraba, observaba, hacía preguntas y aprendía. El curioso, el documentalista y el diletante holgazán disfrutaban como nunca.

... Los peces de pecera desleídos; los ranúnculos marchitos; la delicadeza del vaso en el que bebía; las sillas Napoleón III; la mesa de comedor rescatada del refectorio de un internado inglés, con su superficie de madera oscura, casi negra, pulida por dos siglos de golpear de platos y de jaleo orquestados por el redoble de cubiertos de estaño —de lo que daba fe un rosario de pequeñas muescas a lo largo de todo el borde—; las niñas sentadas sobre catálogos de subastas apilados; las palmatorias, cual sauces llorones, lagrimeaban sus coladas de cera clara; la lámpara de techo de Poul Henningsen, su pátina tan elegante y su hoja (¿escama?) quebrada; la lista de la compra; los cuadros sin marco; los maestros de segunda fila que ya nadie recuerda; el brioche mal pintado de un Chardin de poca monta y todos esos paisajes abandonados, olvidados, perdidos en una herencia, rescatados de una subasta, salvados por Isaac y devueltos a la luz.

Dibujos más recientes, grabados, pasteles hermosísimos, y los de las niñas, expuestos con un imán en la puerta de la nevera: una luna bronceándose, corazones en forma de redondel y princesas de brazos desmesurados.

Fotos de carné que el Ministerio del Interior no había encontrado de su agrado. Fotos de carné en las que no salía nadie o como mucho un trozo de oreja de un peluche abajo a la derecha, quizá. Las circulares del colegio, los días de piscina y el regreso de los piojos. Teteras, tazones antiguos y cajas de té. El hierro colado, el gres, el mimbre y la madera labrada. La laca y las pequeñas varillas de bambú. La pasión de Alice por la cerámica. El raku, la ceniza, los verdeceladones, los vitriolos azules, la porcelana y las cerámicas ahumadas.

Lo que me enseñaba de los distintos recubrimientos (capa vítrea, una especie de vidriado con el que se cubren las piezas en el momento de la cocción, bueno, algo así, creo..., es que hablaba deprisa, y yo estaba un poco pedo), que parecen mucho más rústicos en Japón porque los testimonios que recuerdan la superioridad de la naturaleza sobre la mano del hombre (asimetrías o irregularidades debidas al Espíritu de la tierra, del viento, del sol, del agua, de la madera o del fuego) se veían como un signo de perfección, mientras que los cuencos chinos, en cambio, se consideraban magníficos por su uniformidad y su extraordinaria suavidad.

Los hornos de Ru, de Jun, de Longquan. Ese cuenco «de labio tan fino», ese recubrimiento «mullido» y ese otro de «pelo de liebre». Los esplendores de la época de los Song y el embeleso, sobre todo, de oír hablar de la civilización china y no tanto de sus importaciones.

El reloj parado, los cráneos de pájaros sobre un estante entre un paquete de Chocapic y unos tarros de mermelada, la reproducción de una foto de Jacques-Henri Lartigue de esa muchacha que, hace justo cien años, se daba un trastazo y, riendo, enseñaba las enaguas. Los carteles de exposiciones, las invitaciones a inauguraciones y las notitas cordiales de hábiles galeristas. «Y, claro, ¡todo el dinero que Isaac gana revendiendo sus antiguallas, yo se lo doy a artistas vivos!» La ristra de ajos rosa, el pimiento de Espelette, los membrillos panzudos, la granada momificada, el jengibre confitado en el catavinos de plata, la colección de pimientas, la pimienta larga, el *kampot* rojo, el *muntok* blanco, el manojito de menta fresca, el ramito de cilantro, la maraña de tomillo y las cucharas de madera.

La escudilla del gato, su pienso en forma de pez y su cola que serpenteaba entre mis tobillos, el cubo de basura rebosante, los trapos limpios, los trapos sucios, los libros de cocina, las recetas de Olivier Roellinger y de Mapie de Toulouse-Lautrec, la receta de una dietista olvidada entre *La Biblia de los callos y la casquería* y el *Diccionario de las cepas de Francia*, la música de fondo, el reggae caribeño, la cesta llena de almendras, las almendras que Isaac nos iba pelando y ofreciendo por turnos, el sabor de ese vino blanco fresco y afrutado después de comer dos o tres almendras, el olor de las clementinas, sus beneficios, las velitas improvisadas que se conseguían si sabías pelarlas bien, el chorrito de aceite de oliva que se vertía encima y las luces recién apagadas para admirar el temblor de esos pabilos.

La textura del hermoso naranja de su corteza al trasluz, el aroma de lo que se cocinaba en la olla a fuego lento, el olor a cardamomo, a clavo, a miel y a salsa de soja confitándose en los jugos de la carne, y el de la camomila al inclinarme sobre el pelo de las niñas para volver a encender una vela renuente...

Las gotas de alabastro de los pendientes de Alice, su reloj de pulsera antiguo, minúsculo, su moño flojo y su larguísimo cuello. La conmovedora cordillera de finas vértebras que corría por su nuca, su camisa de hombre con las iniciales I. M. bordadas debajo del pecho derecho, sus vaqueros oscuros, la hebilla de su cinturón (sencilla, martilleada, bárbara, a lo Thorgal y Aaricia), su manera de apoyarse la copa sobre los labios y de sonreírnos a través del cristal, su manera de reírse cuando su marido decía algo divertido, y el asombro de éste al comprobar que lo seguía logrando, que seguía funcionando, que se echaba a reír con la misma risa clara y boba que el primer día, cuando se conocieron —me lo estaba contando justo en ese momento— en la sección de medias Rosy de los ya desaparecidos almacenes La Samaritaine, cuando él acompañaba a su pobre mamá, que desesperaba de encontrar unos pantis de su talla, y ella examinaba un corsé inverosímil destinado a dejar turulato a otro hombre y, entonces, para seducirla, se entregó a una imitación en versión original subtitulada de Sophia Loren en *El pistolero de Cheyenne*, asomando de un probador cual diablo de una caja vestido con unos leotardos de color rosa.

El tacto con el que —se lo confesaba sólo ahora— esperó a que se hubieran marchado para seguir rebuscando sin pudor entre los atuendos de putingui y cómo, una vez en la caja, a punto de pagar, se echó atrás: ya no quería salvar su matrimonio, quería seguir riéndose con el gordito del traje de lino claro que hablaba con su madre en el *yiddish* del barrio de Saint-Paul y con ella en el italiano de Aldo Maccione. Quería la imitación prometida de *Dos mujeres* y de *Pupa, Charlie y su gorila*. Nunca había querido nada en su vida con tanta ansia y tanta desesperación. Los buscó por todas partes, los persiguió por la calle y, en el quai de la Mégisserie, sin aliento, colorada y jadeante, delante del escaparate de una pajarería animadísima, lo invitó a cenar esa misma noche:

—Hijo, hijo —se inquietó su madre—, ¿es que nos hemos ido sin pagar algo?

—No, mamá, no. No te preocupes. Es sólo esta señorita, que viene a pedirte mi mano.

—¡Ah, bueno! ¡Qué susto me habías dado!

Y cómo, con el corazón todavía alterado, los contempló alejarse del bracete bajo el coro burlón de decenas de pájaros.

Era un baile, un torbellino, una fiesta para mis sentidos. No era el vino lo que me embriagaba, sino ellos. Los dos. Ese *crescendo*, ese juego entre ambos, esa manera que tenían de interrumpirse todo el rato, alargándome la mano para auparme a bordo, a bordo de su barco, y hacerme reír otra vez. Me encantaba. Me sentía como un trozo de carne puesto a descongelar al sol.

Ya no me acordaba de que tuviera tanto don de réplica, que fuera tan abierto, tan tierno y tan digno de atención. Sí, se me había olvidado. O puede que nunca lo hubiera sabido...

Envejecía, rejuvenecía, me derretía de felicidad.

Por supuesto que en un momento dado me planteé la cuestión de la naturalidad. Por supuesto que me pregunté si era mi presencia lo que los incitaba y los inspiraba hasta ese punto, o si eran siempre así,

pero ya sabía la respuesta: por muy conductores que fuéramos, el alcohol y yo no teníamos mucho peso; lo que estaba entreviendo ahí era su vida, su día a día, la rutina. Yo era un testigo bienvenido y muy bien recibido, pero no era más que un mero espectador de paso, y mañana, en esa cocina, seguirían divirtiéndose tanto como hoy.

Estaba atónito.

No sabía que se pudiera vivir así. No lo sabía. Me sentía como un pobre en casa de gente riquísima y, lo confieso, además de extasiarme, sentía que me iba embargando un pellizco de tristeza, de envidia. Un pellizco, sí... Algo que me hacía daño. Yo nunca podría o, mejor dicho, nunca sabría reunir todo eso. Nunca. Era demasiado inasible.

Y, mientras los escuchaba y les daba pie sin parar, admiraba cómo sus hijas se apiñaban bajo ese paraguas demasiado pequeño para los cuatro. Eran conscientes ya de que esos adultos nunca se interesarían tanto por ellas como el uno por el otro, y se blindaban tranquilamente para no sufrir por ello.

Charlaban entre ellas, se reían entre ellas, vivían entre ellas, se cuidaban mutuamente, y ya se habían levantado de la mesa, mientras Isaac —que, proclamando «¡nos casamos ese mismo año!» (glups), acababa de apurar la primera botella en mi copa (había elegido tres distintas, de las cuales dos de tinto que había descorchado y vuelto a tapar nada más subirlas del sótano...)— se reía bajito al escuchar, por enésima vez quizá, el final del principio de su relación.

Aceptó, pues, su invitación y la divirtió toda la velada, pero no sólo eso: la conmovió y también la intrigó, y después se dejó acompañar hasta su casa (en la de ella la situación era complicada, había un cornudo en ciernes agazapado, con un ojo pegado a la mirilla) antes de despedirse bruscamente, poniéndose de puntillas para alcanzar a besarla.

—Alice, mi pequeña Alice... —le anunció, apretando con fuerza las largas manos de ella en las suyas, cortas—, prefiero decírselo enseguida: esto no va a ser fácil... Tengo cuarenta y cinco años, soy un solterón y sigo viviendo con mi madre... Pero confíe en mí, el día que se la presente, vendremos con nuestro bebé, y estará demasiado ocupada buscándole el parecido conmigo como para reprocharle el que no sea usted judía.

Ella dobló las rodillas para ofrecerle la otra mejilla, y todo ocurrió exactamente tal y como él le había anunciado, sólo que muchos años más tarde, es decir, esa noche, ¡aún no se había recuperado! Con una muequita burlona y juntando las manos, una vez más reinterpretaba para mí esa escena rocambolesca, imitando la repentina gravedad de su voz: «Alice... Mi pequeña Alice... Esto no va a ser fácil...», y se reía. Se reía de nuevo brindando con nosotros por el recuerdo del recuerdo de esa tierna locura.

Madeleine y Misia —descubrí sus nombres al mismo tiempo que el «manuel de la instrucción» (¿?) de mi regalo— se habían encaramado sobre mí y me escuchaban en silencio.

—Entonces pulsáis este botón... El de la boquita, este de aquí... Y cuando la luz se ponga verde, grabáis vuestro nombre. O lo que queráis... Os imagináis lo que os diría el llavero si os llamara de verdad. Por ejemplo: «¡Misia! ¡Encuéntrame!» o «¡Madeleine! ¡Estoy aquí!», y luego volvéis a pulsar el mismo botón, y así, el día que se os pierda, dais una palmada, y el llavero repite exactamente lo que hayáis grabado. ¿A que es útil?

—¿Y después?

—Después..., pues... después yo qué sé... ¡Después probáis y ya está! Cada una graba lo que quiera, se lo pasa a su hermana para que lo esconda lo mejor posible, y la primera que encuentre el suyo, ¡gana! (Qué buena mano me daba con las crías, ¿verdad? Joder, yo mismo alucinaba.)

—¿Qué es lo que gana?

—Un sopapo —bramó su padre—, un sopapo y una buena tunda.

Y los pajaritos escaparon, piando a más no poder.

No sé cómo fue, pero una cosa llevó a la otra y acabamos hablando de mobiliario brasileño de los años cincuenta y sesenta, Caldas, Tenreiro, Sergio Rodrigues, etcétera, mientras Isaac (que lo sabía todo de todo, que conocía a todo el mundo, que no decía nunca nada banal y que, y eso era lo mejor, nunca hablaba de dinero, de especulaciones, de récords de ventas y todas esas anécdotas presuntuosas que lastran siempre las conversaciones sobre arte y sobre diseño en particular) me pasaba vasos y platos que yo iba metiendo torpemente en el lavaplatos, cuando, de pronto, empezaron a oírse por toda la casa y cada vez más fuerte, más fuerte, MÁS FUERTE ráfagas de «caca, culo» y «pedo, pis» metálicas y nasales procedentes del otro extremo del pasillo.

Staccato, allegro, crescendo, vivacissimo!

Los llaveros parecían bien escondidos, y las dos traviesillas, demasiado desenfrenadas para tomarse la molestia de buscarlos.

Daban palmas, acechaban una respuesta y se partían de risa, aplaudiendo una vez más la constancia y la terquedad de sus descorteses papagayos asiáticos, que volvían a manifestarse, más escandalosamente todavía.

Alice ahogaba una carcajada porque sus hijas eran tan bobas como ella, Isaac sacudía la cabeza de desesperación porque estaba desesperado, él, el hijo único y sacrificado, cautivo en ese gineceo de petardas, y yo no daba crédito: ¿cómo seres tan angelicales, de cuerpo tan menudo y voz tan cristalina, podían tener almacenadas tantas risas y tan prodigiosas?

La cuestión de saber si me quedaba a cenar ni se planteó siquiera. Me refiero a que ni me lo preguntaron. Sobre un mantel blanco que Alice acababa de alisar inclinándose hacia mí (mmm..., el sonido, el tacto de la palma de su mano sobre la tela de lino..., y su camisa entreabierta..., y la..., el..., la veladura sedosa de su sujetador..., y..., esto..., oh, cómo se me desmenuzaba el corazón..., cómo se me desmenuzaba...), sobre el mantel, como iba diciendo, Isaac dispuso tres cubiertos mientras seguía contándome la Brasilia de Oscar Niemeyer tal y como la había descubierto en 1976.

Recordó la catedral, lo grande que era, su acústica y la ausencia de Dios, demasiado intimidado y perdido allí dentro, buscó el pan, lo cortó en rebanadas, me describió el Tribunal Supremo y los ministerios, preguntó si tenía que poner también platos soperos, se lamentó de que nunca hubiera estado en la place du Colonel-Fabien, se ofreció a llevarme un día y me sacó una servilleta limpia.

A falta de ser el amante de su mujer, podría haber sido su hijo...

—Está cansado —se interrumpió de pronto—, lo aburro con mi cháchara, ¿verdad?

—¡Qué va! ¡Qué va! ¡Al contrario!

Si me frotaba así los ojos, no era porque tuviera sueño sino para enjugármelos con disimulo.

Sin éxito.

Y, cuanto más me los frotaba, más se me anegaban.

Hay que ser idiota.

Bromeé. Dije que era por el vino. Que me daba por llorar, como a los marinos. Que la culpa la tenían, estaba demostrado, las emanaciones de granito que te corroían el alma, los humilladeros bretones, los exvotos, las grandes mareas... La famosa *saudade* de las costas de Armor.

Naturalmente, no conseguía engañar a nadie. Lo que me pasaba era que a esas horas ya me había descongelado del todo y, una vez recuperada la elasticidad, soltaba un poco de agua, nada más.

Vamos, vamos, no es para tanto. A todo el mundo le ha ocurrido alguna vez que el alma le juegue una mala pasada, ¿no? Ese nudo, ese puñetero nudo que se te pone en la garganta sin avisar para recordarte que tu vida no te llega ni a la suela del zapato y que estás perdido en tus sueños absurdos, demasiado grandes para ti. La gente a la que no le pasa es porque ha tirado la toalla. O mejor aún, mucho mejor y

más cómodo: nunca ha sentido la necesidad de medirse con..., yo qué sé, de medirse a secas, de calibrarse mirándose a la cara. Joder, cómo envidiaba a esa gente. Y, cuanto más avanzaba en la vida, más sentía que esa gente era la mayoría, y que el que desvariaba era yo. Que era yo el que se escuchaba gimotear.

Sin embargo, eso no va conmigo, estoy seguro. No me gusta quejarme. De niño no era en absoluto así. Lo que pasa es que me siento perdido en mi vida... Y no digo en *la* vida, sino en *mi* vida. Mi edad, mi juventud inútil, mi diploma que no impresiona a nadie, mi birra de curro, los sesenta puntos de Mélanie, sus falsos besos que parpadean en el vacío, mis padres... Mis padres a los que ya no me atrevía a llamar, mis padres que ya no se atrevían a llamarme, mis padres que siempre habían estado tan presentes y que ahora ya sólo podían ofrecerme eso: su discreción.

Es horrible.

Inciso:

Un día que la acompañé a la tumba de su hijo (el hermano mayor de mi madre, el último pescador de altura de la familia), mi abuela Saint-Quay me explicó que a la felicidad se la reconocía por el ruido que hacía al marcharse. Yo tendría entonces unos diez u once años y acababan de mangarme mi desgrilletador y mi navaja, así que la entendí de maravilla.

Pues con el amor pasa al revés. Al amor se lo reconoce por el jaleo que arma cuando llega. A mí, por ejemplo, me había bastado que un hombre amable, divertido y culto, un vecino al que apenas conocía, me pusiera delante un vaso, un plato, un tenedor y un cuchillo para que se me abriera una grieta por dentro de arriba abajo.

Era como si ese tío hubiera clavado una punta en mi herida más secreta y girara tranquilamente a mi alrededor, con una maza enorme en la mano.

El amor.

De pronto entendía a Alice. Entendía por qué se había asustado tanto ese primer día en La Samaritaine, al levantar la mirada y creer que lo había perdido para siempre. Entendía por qué había echado a correr como una loca y lo había agarrado por la calle.

Esa violencia con la que lo había cogido del brazo no era para obligarlo a darse la vuelta, era porque se estaba aferrando a él. Era eso lo que me hacía llorar como un crío, ese gesto de: tierra firme.

—Alice, cariño... Este chico se muere de hambre...

—Las niñas tienen cole mañana, sería mejor acostarlas primero —contestó ella con una mueca.

A lo lejos se alternaban momentos de tranquilidad (periodos de grabación) y de locura pura y dura (escondite desenfrenado y consignas tontas proferidas entre el eco de la sabana).

—Bueno, tenían —rectificó—, así que a la mesa. He preparado un *velouté* de calabaza con castañas que debería resucitar a este bretón tan guapetón.

—Tócame el melón.

Pasó un ángel, o más bien se desplomó.

—Oh, venga, por favor. No me miren así. Yo también tengo derecho a un poco de regresión, ¿no?

Isaac me indicó dónde estaba el cuarto de baño, y fui a lavarme las manos.

Quitando la habitación de las niñas, rosa y chispeante, al final del pasillo, el resto del apartamento, al menos lo que alcanzaba a ver, estaba vacío. No había alfombras, ni muebles, ni lámparas ni cortinas, ni un solo adorno, y las paredes estaban desnudas. Extraña impresión. Como si, en ese planeta, la vida se hubiera replegado por completo en la cocina.

—¿Están de mudanza? —pregunté, desdoblado mi servilleta.

No, no, era sólo para descanso de los ojos. Tenían una antigua majada en el sur, adonde se escapaban siempre que podían, llena hasta arriba de todo un batiburrillo sentimental, pero allí, fuera de la cocina, nada debía recordarle a Isaac su oficio.

—¡Un cuarto para las niñas, una cocina para la familia, un sofá para la música y una cama para el amor! —pregonó.

Alice precisó que a ella no le importaba, que lo entendía y hasta le gustaba. Y que tenía una cama maravillosa. Inmensa. Un transatlántico.

(Un transatlántico... Esa mujer tenía el don de convertirlo todo en erotismo como quien no quiere la cosa. Era agotador para los nervios. En sentido literal. Me los dejaba secos.)

El destello de las velas, la suavidad aterciopelada del *velouté*, la miga del pan, el solomillo, el arroz salvaje, el *chutney* casero, el vino, ese vino que te caldeaba poco a poco, que te insuflaba tanta vida liberándote de tanto lastre de ti mismo, que te... gammagrafiaba el alma, las voces de las niñas, cada vez más espaciadas y más discretas (según su madre, no era nada fortuito, trataban de no llamar la atención porque creían que nos habíamos olvidado de ellas. ¿De verdad era posible? ¿Tan listas son ya las chicas desde tan pequeñas? No... Por favor... No me arranque todas las ilusiones, señor verdugo...), los derroteros de nuestra conversación, nuestras risas, nuestras provocaciones, nuestros debates, nuestros acuerdos y nuestros desacuerdos, sabía ya que no me acordaría de nada (estaría, lo estaba ya, demasiado achispado), pero que tampoco olvidaría nada. Que esa velada sería mi cursor, mi Jesucristo. Que marcaría un antes y un después, y que Alice e Isaac —era aún muy confuso, pero yo ya lo sabía, era mi única certeza en las brumas del alcohol y el bienestar— se habían convertido en mi medida de referencia.

Y ya tenía miedo.

Ya presentía que esa resaca sería insuperable.

Sin orden ni concierto, pasando de un tema a otro y de ahí al postre, hablamos del trabajo de ella (profesora de ballet, ahora lo entendía todo... Seguro que tenía un cuerpo precioso...), de Michael Jackson, de Carolyn Carlson, de Pina Bausch, de Dominique Mercy, de la place du Châtelet, de Broadway, de Suresnes y de Stanley Donen (le pedía que me pasara el agua, el pan, la sal, la pimienta, la mantequilla y lo que fuera sólo por el placer de verla estirar el brazo), de su madre, pianista en un conservatorio de ballet clásico, su madre que se había pasado más de media vida viendo despegar a los jóvenes alumnos de la escuela de ballet de la Ópera de París y que había muerto el año pasado, lamentándose de tocar «tan mal» su «última fuga», del cáncer, de la enfermedad, del instituto Gustave-Roussy, del inmenso mérito de esos médicos y esas enfermeras de las que nadie hablaba nunca, de esos puntos de vida que la tristeza te arrebatava de golpe, de los verdes paraísos de la infancia que nunca eran tan verdes, del paraíso a secas, de Dios, de sus misterios y sus contradicciones, de la película que debería haber visto esa noche, de esa escena inolvidable en la que unos padres se deciden a perder a su hijo de vista para liberarlo del peso de ser su hijo, de mis padres, del coche antiguo que mi padre restauraba con mimo en sus ratos libres desde hacía más de cuarenta años y que había prometido terminar para la boda de mi hermana, de mi hermana, a la que mientras tanto le había dado tiempo a divorciarse, y de mi sobrina que, por consiguiente, cargaba ahora sobre sus frágiles hombros tatuados con el gran sueño del abuelo y de su Fiat Balilla adornado con lazos blancos, del barrio, del pequeño comercio, de la borde de la panadera que, cuando se daba la vuelta, dejaba adivinar huellas de manos enharinadas en su enorme trasero, de la educación, de la música que los niños nunca descubrían a la edad en la que más la necesitaban y en la que habría sido tan fácil para ellos aprenderla divirtiéndose, de ese desperdicio, de las revoluciones que habría que tener el valor de hacer (Alice me contaba que ella y un amigo suyo percusionista iban una vez a la semana a guarderías y escuelas infantiles para ofrecer instrumentos a los

más pequeños, un triángulo, un pequeño güiro, unas maracas..., y añadía que no había nada más reconfortante en el mundo que ver inmovilizarse las pestañas de un bebé cuando un palo de lluvia le chorreaba en el oído), de la teoría de Isaac según la cual la vida, no debíamos olvidarlo, dependía de una cagarruta de mosca y poco más —él lo había entendido muy joven, a la edad de la razón, digamos, cuando le pedían que deletreara su apellido y, a su alrededor, siempre y dondequiera que estuviera, la luz cambiaba según pusiera un punto o dos en la i de Moïse—,* del cinismo, de la distancia y de la fuerza que dicha revelación le había transmitido para siempre, un puntito de nada..., un puntito o dos..., para un niño era algo que daba vértigo, de los Ballets rusos, de Stravinski, de Diáguilev, de su gato, que venía de la casa de sus vecinos del sur y maullaba con acento meridional, de la diferencia entre las galletas Chamonix de nuestra infancia y las de ahora —y con las Figolu pasaba igual—, ¿qué significaba eso?, ¿qué había cambiado, nosotros o la receta?, de Mansart, del príncipe de Ligne, de ebanistería, de artesanía de hierro forjado, de los libros de la editorial Vial, de la Bauhaus, del minúsculo circo de Calder y de la señalización del metro de Berlín.

Entre otras cosas.

Lo demás se diluyó.

En un momento dado, Alice se levantó para acostar a las niñas, y no pude evitar preguntarle a mi anfitrión si era verdad. Si la historia que me habían contado antes era verdad. Lo de cómo se habían conocido y todo eso.

—¿Cómo?

—O sea... —balbucí—, ¿de verdad..., de verdad le habló de un bebé esa noche? ¿Delante de la puerta de su casa, cuando apenas la conocía?

Qué preciosa sonrisa me dedicó entonces. Sus ojos desaparecieron, y todos los pelos de su barba se retorcieron de alegría. Se los acarició para tranquilizarlos, se inclinó hacia delante y me dijo bajito:

—Pero, Yann..., mi joven amigo..., claro que la conocía. A la gente a la que se quiere no se la conoce, hombre, se la reconoce. ¿No lo sabía?

—No...

—Pues ahora ya lo sabe.

Su semblante se ensombreció, y entonces añadió, observando el fondo de su copa:

—Deje que le diga una cosa... Cuando me crucé con Alice, yo... estaba muy enfermo. De verdad tenía cuarenta y cinco años, de verdad era un solterón y de verdad vivía con mis padres. Bueno, con mi madre... ¿Cómo explicarle? ¿Es usted jugador?

—¿Perdón?

—No le hablo del tute o de la brisca, le hablo de sufrimiento, de adicción. Del Juego con mayúscula y con ganancias: ruleta, póker, carreras de caballos...

—No.

—Entonces dudo mucho que pueda entenderlo...

Dejó la copa en la mesa y prosiguió, sin volver a mirarme a los ojos:

—Yo era... un cazador... O más bien un perro... Sí, eso es, un perro... Un perro de caza... Siempre inquieto, siempre alerta, siempre gimiendo, arañando el suelo, husmeando por los rincones... Obsesionado por la idea de encontrar, de perseguir, de conseguir... No se imagina quién era yo, Yann, o lo que era, debería decir. No, no se lo imagina... Podía conducir miles de kilómetros del tirón y sin dormir, podía pasarme días enteros sin comer y sin ir al baño... Podía cruzarme Europa de una punta a otra empujado por una intuición, por la idea de un sello o una firma, o la vaga promesa, quizá, quizá, de un arco así o de una manera de pintar las nubes asá... La certeza de que allí en Polonia, en Vierzon, en Amberes o donde fuera había un barniz que arañar, un falso techo que demoler, una sábana que levantar. Miles y miles de kilómetros para darme cuenta con una simple ojeada de que me había equivocado y de

que tenía que marcharme, ¡deprisa, pues había perdido demasiado tiempo y podían adelantárseme en otra ganga si seguía allí un segundo más!

Silencio.

—Llegaba hasta a perder el sueño, la decencia, la conciencia de otros seres vivos... Dicen que los cazadores tienen el sabor de la sangre en la boca; yo, cuando apretaba las mandíbulas, lo que masticaba era el polvo de las salas de ventas, el olor a cera, a barniz, a tapices y a pinceles viejos. Y a sudor, a miedo, a esos pequeños pedos que anuncian cagaderas espantosas, al aliento hediondo de todos esos viejos chalados que montaban en cólera por una mancha de humedad pero dejaban que se les pudrieran las muelas en la boca... Sí, tenía en la boca el olor a diésel del culo de los camiones, el de los billetes contados y guardados deprisa, las casas sumidas en el luto, las familias enfrentadas, las visitas a hospicios lejanos o a castillos venidos a menos, despojados, tristes y pronto despedazados... El olor a muerte que flotaba sobre algunos palacetes, algunos aficionados a los que conocía o algunos coleccionistas que, lo sabía, me conocían a mí. Las vociferaciones del subastador, el ruido sordo del martillo del licitante, las adjudicaciones, las esquelas en los periódicos, las confidencias que caían a veces con la ceniza de un puro, las salas del hotel Drouot, las horas de sobremesa con viejos notarios de provincias, la lectura de la *Gazette* mientras conducía para ganar tiempo, los pulsos con los transportistas, la mafia de los expertos, los aviones, las ferias, las bienales... No sé si usted de niño habrá leído historias de tramperos, de furtivos o de cazadores sioux, Yann. Todos esos relatos extraordinarios de caza, de persecuciones, de safaris... Achab y su ballena, Huston y su elefante, Eichmann y sus judíos... ¿Ha leído todo eso?

—No.

—Todos ellos..., enfermos graves... Como yo.

Sonreía y ahora sí volvía a mirarme.

Después de servirnos más vino, que saboreábamos despacito, prosiguió:

—Mi bisabuelo era comerciante, mi abuelo era comerciante, mi tío y mi padre también lo eran, y, como de casta le viene al galgo, yo, comerciante también. ¡Los perdigueros de Moïse, perros de caza de padres a hijos! (Risas.) ¿Sabe por qué volvió mi tío de los campos de exterminio nazis? Porque quería traerle a su prometida un cenicero de cristal de Bohemia. Apenas podía levantarlo y no sobrevivió mucho tiempo después, ¡pero volvió con el cenicero! Pues bien, cuando me crucé con Alice, yo también era ese fantasma, esa alma descarnada de ojos fijos y ya muertos, ¡pero que traía mercancía, maldita sea! ¡Que no volvía con las manos vacías!

Silencio. Largo silencio.

—¿Y qué pasó después? —aventuré para que retomara el hilo.

—¿Después? Nada... Después: Alice.

Sonrisa burlona.

—Vamos, vamos, vecino... No ponga esa cara de ingenuo. Ya le he dicho que tengo bueno ojo. Que no se me escapa una. Y hace un rato, en el rellano, me he fijado en su mirada cuando ha visto llegar a Alice detrás de mí, ¡la he visto! Sinceramente, ¿qué puedo decirle de ella que no lo haya fascinado ya?

Me hizo esa pregunta con una voz muy dulce, y yo me trituraba los labios para no volver a llorar.

Por los menhires de Pergat, las notas del bachillerato, mi navaja y todo lo demás.

Era abrumador.

Por suerte, o quizá por delicadeza, él volvió a enfrascarse en su relato:

—¿Sabe usted?, ¡para mi madre era todo un reto encontrar unos pantis a su gusto! Unos pantis reductores, era su obsesión, me acuerdo. Vamos, que tuve todo el tiempo del mundo para observar a aquella joven —bailarina, lo adiviné— a hurtadillas, mientras examinaba prendas de lencería a cual más seductora y las sopesaba frunciendo el ceño como si fueran cartuchos o pólvora de cañón. Su seriedad me

intrigaba, y su cuello ya me..., me... Su cuello, su porte, sus andares... Naturalmente, acabó sintiendo mi mirada. Levantó la cabeza, me miró, miró a mi madre, me miró otra vez y nos sonrió con ternura, dejando en el acto sus picardías por miedo a escandalizarnos. Y entonces, Yann, en ese instante morí y resucité. Parece una manera de hablar, ¿verdad? Parece una exageración, pero, se lo digo a usted porque puede entenderlo y porque ya le tengo aprecio, es la pura verdad. Off/On. Acababa de apagarme/encenderme en un abrir y cerrar de ojos.

Después de las almendras, ahora me pelaba clementinas a mí también. Inspeccionaba cada gajo y quitaba delicadamente cada hebra blanca antes de colocarlos en fila alrededor de mi plato.

—Entonces... —suspiró—. Entonces me dije: muchacho, un lote tan bonito como éste sólo se presenta una vez en la vida y no más... Y se me aceleró la sangre de viejo Moïse, la mía y la de las tres generaciones de comerciantes sabuesos que me preceden. Si dejaba pasar esa preciosidad, si se me adelantaba alguien esta vez, no me quedaría otra que tirar la toalla. Sí, pero ¿qué podía hacer, eh? ¿Qué podía hacer? Se volvió de espaldas, y mi madre empezaba ya a recitarme su *kaddish* de los días malos maldiciendo su trasero, a su hijo y al Eterno. ¡La cosa pintaba mal! De ahí lo de los leotardos rosa... Es una cosa que he aprendido en mi profesión, y vale para todas las ocasiones en las que el azar también tiene ganas de divertirse, me imagino... Llega un momento en que hay que provocar al destino. Provocarlo en el sentido de *desafiarlo*. Sí, llega siempre un momento en que hay que coger a la suerte por la piel del cuello y tratar de emocionarla poniendo toda la carne en el asador. Tienes que apostar todo, todas tus fichas, todo el dinero que tengas, toda tu mercancía. Tu comodidad, tu jubilación, el respeto de tus iguales, tu dignidad, *todo*. En casos así no vale eso de «Ayúdame y el Cielo te ayudará», sino «Diviértelo y puede que el Cielo te lo agradezca». Salí de ese probador como una baza de póker, como si pusiera mi vida sobre la mesa, *para ver qué pasaba*, y me entregué a una especie de pantomima ridícula de Sophia Loren, cuidándome mucho de evitar la mirada aterrada de mi madre, que se sujetaba a los muslos de plástico de un maniquí en calzoncillos Eminence para no caerse al suelo. Mi buena estrella se rio, y pensé que lo había conseguido. Pero no, la joven se alejaba ya por la sección de cinturones...

Se interrumpió y sonrió.

A lo lejos, desde el fondo del pasillo llegaban hasta nosotros retazos de la voz de Alice, que les leía un cuento a las niñas.

—¿Qué esperaba? Ella era tan joven y tan guapa, y yo, tan viejo y tan feo... ¡Y encima ridículo! ¡En calzoncillos! ¡En calzoncillos debajo de los leotardos rosa, con mis piernecitas cortas estilo Luis XV, zambas y peludas! ¿Qué esperaba? ¿Seducirla? Me volví a vestir, vencido pero no desesperado. Después de todo, la había hecho reír. Y es una virtud que hay que reconocernos a los verdaderos compañeros del azar: nos gusta ganar, pero sabemos perder. Un jugador de verdad siempre es buen perdedor...

Se levantó, llenó de agua un hervidor y lo puso a calentar antes de proseguir:

—Estaba en la calle, con la pesada de mi madre cogida de mi brazo y el recuerdo de mi preciosa bailarina en la cabeza, y... me sentía triste. Es verdad, había muerto y resucitado, sí, pero me preguntaba para qué, francamente, si mi nueva vida parecía aún peor que la anterior... ¡Y mi madre seguía ahí, encima! Pero sobre todo estaba muy contrariado. La lencería que había elegido no le quedaría nada bien... Un cuerpo así se envolvía en algodón o en seda, pero no en ese nailon espantoso, hombre... Suspiraba, me sustraía a los lamentos de la vieja Jacqueline, imaginándome con qué corpiños y demás picardías la habría envuelto yo si hubiera sabido dejarme amarla y... Vamos, que soñaba y soñaba hasta la agonía cuando de repente perdí el equilibrio. ¡Y es que la muy burra había vuelto para arrancarme el brazo!

Y, vertiendo el agua agitada en una vieja tetera llena de hojas de tilo, me dedicó su segunda sonrisa más bonita de la velada.

—Qué suerte —murmuré.

—Sí, es verdad, pero... no se crea, cuesta lo suyo ponerse unos leotardos de chica...

—No me refería sólo a usted, sino a los dos. Tienen suerte.

—Sí...

Silencio.

—Mira... Por ser tú —prosiguió—, por ser tú y porque qué mejor momento que éste, te voy a confesar algo que hasta ahora nunca me había atrevido a decirle a nadie. Por supuesto, mi madre aún vive. Desde que nací, lleva dándome la tabarra con su muerte inminente, de niño me traumatizó con eso, toda mi vida de adulto estará marcada por sus chantajes y sus amagos de morirse, y hoy sé que me enterrará. Que nos enterrará a todos... Y muy bien que hará. Pero ahora ya es una anciana. Sí, una anciana muy mayor a la que le cuesta andar, sorda como una tapia y medio cegatona. Y aun así, aun así..., cada jueves que el Eterno nos da, cada jueves, ¿me oyes?, la llevo a comer a un restaurantito al lado de su casa, y cada jueves, después del café, es un ritual, vamos andando muy despacito hasta el paseo de los Justos, junto al puente Louis-Philippe. Vamos a pie, arrastrándonos, reptando casi, ella agarrada de mi brazo, yo la sostengo, la sujeto, la llevo casi en volandas, le duelen las piernas, el reuma la tiene martirizada, sus vecinos la ponen enferma, su asistenta la saca de quicio, la nueva cartera la va a volver loca, la televisión le da arcadas, este mundo la persigue, y esta vez, esta vez es seguro: se acabó. Esta vez, lo presiente, esta vez, querido, me voy a morir de verdad... ¡Y yo la creo, imagínate, con la de tiempo que lleva diciéndomelo! Pero cuando llegamos, deja de quejarse y se calla por fin. Se calla porque espera que le diga, una vez más, los nombres de todos esos seres humanos grabados en la piedra. Los nombres y apellidos. Por supuesto, yo lo hago cada jueves y, mientras le grito al oído esa pequeña letanía laica, siento, lo siento físicamente, un peso que se aligera en mi antebrazo. Emocionada de pronto, con la mirada enternecida y volviendo a sonreír feliz, la buena de mi Jacqueline se yergue un poco y se recupera... Y entonces, exactamente como en la pantalla de un móvil, las veo. Veo en sus pupilas veladas por la catarata las barritas de su batería interior aumentar y multiplicarse conforme voy desgranando los nombres. Al cabo de un rato recuerda que las piernas no la sostienen, y nos marchamos tan despacio como hemos venido. Igual de despacio, ¡pero con más brío! Bueno, si esa gente había existido y había hecho lo que había hecho, entonces de acuerdo. Sería difícil, pero bueno..., venga..., por ellos..., y sobre todo por mí, estaba dispuesta a vivir una semanita más... Pues bien, ¿sabes una cosa?, a mí Alice, el rostro de Alice, me produce exactamente el mismo efecto...

Silencio.

¿Qué se puede decir después de eso?

No sé qué hubierais hecho vosotros. Yo, cerrar el pico.

—Pero ¿sabes?, la verdadera clave de la felicidad creo que es reírse. Reírse juntos. Cuando Gabrielle, la madre de Alice, nos dejó, fue terrible porque ya no conseguía hacer reír a mi amada. Nunca en mi vida había sido tan desgraciado, y eso que en mi familia, te lo puedo asegurar, en cuestión de desgracias ¡sabemos de lo que hablamos!; tuve la típica infancia judía, con mis buenas dosis de erudición y tragedia. Pero entonces, por más que me esforzaba, como mucho conseguía arrancarle una sonrisa, sí, pero ya no se reía. Menos mal —añadió con una sonrisita de felicidad—, menos mal que todavía me quedaba un as en la manga...

—¿Qué hizo usted?

—Los ases en la manga no se dicen, Yann, no se dicen... —se limitó a contestar.

—¿Qué le estás contando ahora? —se inquietó Alice, que acababa de volver con nosotros—. No hables tanto y ve a darles un beso de buenas noches a tus hijas. Y usted también, Yann. Porque lo están reclamando, mire por dónde...

Oh..

Qué orgulloso me sentía.

—Pero, ojo —añadió con un gesto de advertencia—, se acabaron las travesuras por esta noche, ¿eh?

Cuando entramos en su cuarto, la más pequeña dormía ya, y Madeleine sólo esperaba nuestro beso para imitarla.

—¿Sabes a lo que tengo que llegar para poder besar a mis hijas? —refunfuñó incorporándose.

—No.

—Pues tengo que lavarme la barba con champú para bebés y luego echarme una especie de potingue para desenredarla que huele a vainilla artificial. Es el colmo... ¿Te das cuenta de lo que tengo que aguantar?

Yo sonreía.

—No me da usted pena, Isaac.

—Y encima no te doy pena...

Cuando regresamos a la cocina, Alice tenía una taza humeante en la mano.

Le dio un beso a su marido en la frente para agradecerle el detalle antes de anunciarnos que sentía mucho dejarnos pero que estaba cansada y se moría de ganas de ir a echarse un rato.

(No dijo acostarse, dijo echarse un rato, y otra vez me dejó hecho polvo. Y, como si eso no bastara, al mismo tiempo que pronunciaba esas palabras se quitó una larga horquilla del moño, sacudió la cabeza y, oh..., era otra persona... Una Alice con el pelo largo. Más dulce y menos intimidante. Desnuda ya, por así decirlo...Y, mientras balbuceaba «ahs», «ohs», «ehs» y no sé qué más cosas brillantes, sentía la mirada burlona de su amante taladrarme los omóplatos.)

Creo que esperaba que le diera un beso, pero como me sentía demasiado molido para poder inclinarme hacia delante, al final se contentó con alargarme la mano.

(Mano que yo le estreché y que noté muy cálida.)

(Mmm... por la infusión, me imagino.)

Aunque no tenía ninguna gana de irme, la poca sensatez que el alcohol me había dejado me dirigió sin entusiasmo hacia mi chaqueta y el purgatorio.

—Oh, Yann —lloriqueó Isaac—, ¿no irás a dejarme solo con esta montaña de platos que lavar?

Dios, adoraba a ese osito Misha de mil colores.

Lo adoraba.

—Vamos. Vuelve a sentarte. ¡Además, ni siquiera te has terminado la clementina! ¿Te parece bonito? ¡Vaya desperdicio!

Al irse, Alice había apagado todas las luces, así es que nos quedamos casi a oscuras, iluminados sólo por la claridad de las velas y aquella otra, más vaga, del recuerdo de la ciudad que se filtraba por la ventana.

Nos quedamos así sin hablar un buen rato. Apurábamos nuestras copas lo más despacio posible, reflexionando sobre todo lo que acabábamos de vivir. Estábamos los dos un poco borrachos, repantingados en la oscuridad. Él había vuelto a sentarse en su taburete, apoyado en la pared, y yo había girado un poco mi silla para poder hacer otro tanto. Oíamos a lo lejos las abluciones de una mujer bonita, enfrascado cada uno en sus pensamientos.

Seguramente estaríamos pensando lo mismo: que acabábamos de pasar un buen rato y que teníamos suerte. Al menos eso es lo que yo pensaba. Y también que Alice se lavaba los dientes demasiado rápido, ¿no?

—¿Qué edad tienes? —me preguntó de pronto.

—Veintiséis años.

—Nunca te había visto hasta hoy. Conocía a la anciana que vivía en vuestro apartamento, pero se mudó a provincias, creo...

—Sí, era la tía abuela de... de mi chica. Nos vinimos aquí en octubre.

Silencio.

—Tienes veintiséis años y vives en el apartamento de la tía abuela de una chica cuyo nombre no has pronunciado en toda la noche.

Dijo esas palabras con una voz totalmente inexpresiva y sin el más mínimo signo de puntuación. Sonaba fatal.

No contesté.

—De una chica sin nombre pero con ideas muy claras sobre la limpieza del patio y el sitio de los carritos debajo de la escalera.

Ah..., entonces hablábamos de la misma chica, sí...

Lo dijo sin ironía y sin agresividad. Simplemente lo dijo. Yo buscaba mi copa porque de repente tenía la garganta un poco seca.

—¿Yann?

—Sí.

—¿Cómo se llama tu chica?

—Mélanie.

—Mélanie... Bienvenida, Mélanie —murmuró, dirigiéndose a algún fantasma perdido entre el horno y el fregadero—. Ya que está aquí, tengo que decirle, joven señorita siempre con prisa, que las historias de cubos de basura y de mangueras mal enrolladas no tienen mucha importancia. Como tampoco la tienen los cochecitos y los patinetes olvidados en el hueco de la escalera... ¿Me oye, Mélanie? En lugar de llamar al administrador cada dos por tres y hacerle perder el tiempo con esas pequeñas contrariedades sin importancia, venga a sentarse aquí a brindar con nosotros.

Levantó su copa en la penumbra y añadió:

—Porque ¿sabe usted? Todos nos vamos a morir, Mélanie, todos... Todos nos vamos a morir algún día...

Cerré los ojos.

Habíamos bebido demasiado. Y no necesitaba escuchar todo eso. No tenía ganas de oír hablar mal de Mélanie, lo sabía. Y no tenía ganas de ver a Isaac caerse de bruces de su pedestal, le había cogido cariño.

Bajé la cabeza.

—Yann, ¿por qué me dejas criticar a la chica que comparte tu vida sin salir en su defensa? No soy más que un viejo gilipollas, después de todo. ¿Por qué no me pones en mi sitio?

Yo seguía callado. No me gustaba en absoluto el derrotero que estaba tomando nuestra conversación. No tenía ganas de mezclar mi intimidad con todas las cosas bonitas de las que acabábamos de hablar, no tenía ganas de ser el tema de conversación, no tenía ganas de oír las palabras *administrador* o *cubo de basura* de boca de un hombre que tanto me había hecho soñar hasta ese momento. Para salir del mal paso, decidí mostrarme hiriente yo también:

—Porque soy una persona bien educada.

Silencio.

Ignoro en qué estaría pensando él, pero lo que es yo, trataba con todas mis fuerzas de volver allí

donde estábamos antes apurando lo que quedaba en el fondo de la botella, que repartí equitativamente entre las dos copas. No me dio las gracias. Ni siquiera estoy seguro de que se diera cuenta.

Ya no me sentía tan feliz. Tenía ganas de fumar. Tenía ganas de abrir la ventana y dejar que el aire frío nos distrajera un poco. Pero tampoco me atrevía a hacer eso. Así es que bebía.

Ya no lo miraba. Miraba las velas. Jugaba con la cera fundida como cuando era niño. La dejaba endurecerse en la punta de mi dedo y me tocaba el labio, ahí, en el surquito de los ángeles... Era la misma tibieza, el mismo olor y la misma suavidad que en tiempos.

Él se observaba las manos, una sobre la otra.

Ya sí que era hora de marcharme. Mi vecino era de vino triste, y yo estaba saturado. Había acumulado demasiadas emociones. Me estaba reagrupando mentalmente: cabeza, brazos, piernas, llaves, chaqueta, escalera, cama, coma, cuando me cayó encima así, plaf, como una guillotina muy suave:

—Se puede fracasar en la vida por educación.

Me buscó los ojos, y nos sostuvimos la mirada un momento. Mi papel era el de inocente, y el suyo, el de verdugo, pero por supuesto el que tenía más pinta de malo era yo. ¿Por qué me decía eso?

—¿Por qué me dice eso?

—Por los dodos.

Vale. Estaba como una cuba.

—¿Perdón?

—Los dodos. Ya sabes, esos grandes pájaros de pico ganchudo que vivían en Isla Mauricio hasta que nuestros antepasados los exterminaron a todos...

Vaya, tocaba el momento WWF.

Prosiguió:

—No había ningún motivo para que esos pobres volátiles se volatizaran. Su carne no estaba rica, su canto y su plumaje no tenían ningún interés, y eran tan feos que ninguna corte de Europa los habría querido. Y aun así desaparecieron. Todos. Estaban ahí desde la noche de los tiempos y, en apenas sesenta años, los..., el progreso los barrió por completo de la faz de la Tierra. ¿Y sabes por qué, Yann?

Negué con la cabeza.

—Por tres razones. La primera, porque eran educados. No eran huraños y no rehuían el contacto con el hombre. La segunda, porque no podían volar, sus alitas eran ridículas y absolutamente inútiles. Y la tercera, porque no protegían sus nidos y dejaban sus huevos y a sus crías a merced de los depredadores. Y ya está: tres fallitos y adiós muy buenas. No queda ni uno.

En fin, ¿cómo os diría? La exterminación del *Dodolus mauritius* a la una y diez de la madrugada y de boca de mi profeta de bolsillo... reconozco que no me lo esperaba.

Acercó el taburete a la mesa y se inclinó hacia mí:

—¿Yann?

—Mmmm...

—No dejes que te destruyan.

—¿Cómo?

—Protégete. Protege tu nido.

¿Qué nido?, refunfuñé para mis adentros, ¿los ochenta metros cuadrados de la tía abuela Berthaud dos pisos más abajo?

Debí de reírme demasiado alto pues me oyó.

—Naturalmente, no me refiero al apartamento de tu tía Ursule.

Silencio.

—¿Y a qué se refiere, Isaac?

—A ti. Tu nido eres tú. Lo que tú eres. Eso es lo que tienes que proteger. Si no lo haces, ¿quién lo hará por ti?

Y como no entendía lo que me decía, continuó con más claridad y en modo «inténtalo de nuevo»:

—Eres bello, Yann. Eres muy bello. Y no me refiero a tu juventud, a tu pelo o a tus grandes ojos claros, me refiero a la madera de la que estás hecho. Yo me dedico a reconocer las cosas hermosas, ¿sabes?, ése es mi oficio. Reconocerlas y determinar su valor. Ya no voy de subasta en subasta pero soy el experto al que llaman desde cualquier parte del mundo y al que escuchan religiosamente. Tampoco es que sea tan listo, pero sé. Sé el valor de todo.

—¿Ah, sí? Y, según usted, ¿yo cuánto valgo?

Me arrepentía del tono que acababa de emplear. De imbécil perdido. Pero mi agobio era vano pues no parecía haberme oído.

—Me refiero a tu mirada, a tu curiosidad, a tu bondad... A esa manera de ganarte a toda mi familia en un abrir y cerrar de ojos, de sentar a mis hijas en tu regazo y de enamorarte locamente de mi amada sin que se te pase siquiera por la cabeza robármela. Me refiero a la atención que pones en los detalles, en las cosas, en la gente. En lo que te cuenta la gente y en lo que te oculta. Era la primera vez que oía a Alice hablar de su madre desde que murió, la primera vez que la recordaba viva y con buena salud. Gracias a ti, Yann, gracias a ti, Gabrielle ha vuelto esta noche y ha tocado para nosotros unas cuantas notas de Schubert... No ha sido un sueño, ¿verdad? ¿Tú también las has oído?

Le brillaban los ojos en la oscuridad.

—¿No las has oído?

Dije sí, sí, claro, para que me dejara en paz. Ya estaba bien, no iba a ponerme a llorar otra vez por una señora a la que ni siquiera conocía.

—Me refiero a la ternura con la que hablas de aquellos a los que quieres y proteges lo que es tuyo, me refiero a nuestras bolsas de la compra que nos ayudas a subir todas las semanas, y a los trozos de cartón que pones en el marco de la puerta cochera desde que hace tanto frío y que yo quito cada mañana para que no te echen la bronca los demás vecinos. Me refiero a tus pies aplastados por mi aparador, a tus lágrimas de niño grande, exhausto y hambriento, a tus angustias, a tus sonrisas, a tu discreción, a tu lucidez y a tu buena educación por fin, que yo te reprocho pero que sostiene los muros de esta civilización, lo sé perfectamente. Me refiero a tu elegancia, Yann. Sí, a tu elegancia... No dejes que estropeen todo eso, si no ¿qué quedará de vosotros? Si tú y tus semejantes no protegéis vuestros nidos, entonces... ¿qué... es..., en qué se convertirá el mundo? (Silencio.) ¿Me entiendes?

—...

—¿Estás llorando? Pero ¿por qué? ¿Te hace llorar lo que te digo? Vamos, no es tan terrible ser tan valioso, ¿o sí?

—Váyase al cuerno, Moïse.

Dio un respingo y soltó una especie de risita de satisfacción que despertó al pez en su pecera.

—¡Tienes razón, chaval, tienes razón! ¡Venga —dijo chocando su copa con la mía—, por el amor! Brindamos y bebimos, sonriéndonos a los ojos.

—Muy bueno este vino suyo —reconocí por fin—, bueno de verdad.

Isaac asintió, echó una ojeada a la botella y se puso triste.

—Mira, te voy a dar una buena razón para llorar... Esta gente, los de la etiqueta, Pierre y Ariane Cavanès, son los seres humanos que Alice y yo más admiramos del mundo. Nuestra parcela en el valle del Hérault termina allí donde empieza su viñedo. No es una finca muy grande, apenas treinta hectáreas, pero su vino mejora cada año, y ya verás cómo un día llegará a estar entre los más grandes. El padre de Pierre era geólogo, su madre tenía cierta holgura económica y, en los años ochenta, cuando allí no había nada y nadie creía en ello, ni los viñadores de la región ni los que parten el bacalao en la profesión, se

arriesgó a seguir su instinto y a plantar allí, en todo ese valle silvestre, cepas de cabernet sauvignon que más o menos se cayeron de un camión de una bodega grande del Médoc, según he oído... Después construyeron una bodega y un lagar, se endeudaron hasta las cejas, siguieron los consejos de un amigo enólogo jubilado y... ¿te acuerdas de lo que nos contaba Alice hace un rato sobre los grandes ceramistas? Esa obsesión rayana en la locura de hacer ensayos y tentativas, todas esas combinaciones posibles entre el agua y el fuego, entre el aire y la tierra, pues bien, creo que el vino es más o menos lo mismo, sólo que con la uva en vez del fuego y...

E Isaac me emborrachó.

Me emborrachó a historias, anécdotas, términos técnicos, procedimientos vitícolas, fermentación, maceración, barricas de roble, me habló de Ariane, que había llegado un verano con veinte años de su Normandía natal para la vendimia porque soñaba con viajar a Bolivia, y allí se quedó, me habló de su historia de amor, de su cansancio, de sus sacrificios, de su fragilidad, del cielo que, en pocos segundos, podía destruir el trabajo de todo un año, de catas inolvidables, de comidas inolvidables, de guías, de notas, de clasificaciones, del reconocimiento que llegaba justo cuando tenía que llegar, de sus tres hijos, criados sin muchas contemplaciones, al aire libre y entre cuévanos, de sus esperanzas y, al fin, de su desesperación.

Un aluvión ininterrumpido de frases del que yo salvaba las palabras: *valentía inmensa, vida de brega, éxito excepcional y esclerosis múltiple*.

—Quiere vender —concluyó Isaac—, quiere venderlo todo, y, aunque me parece desolador, lo entiendo. Si le pasara cualquier cosa a Alice, yo tampoco seguiría adelante. Por eso nos llevamos tan bien Pierre y yo, de hecho. Nos gusta mucho hablar, tenemos mucha labia y somos un par de enanos feísimos, pero pertenecemos a una mujer...

Bueno, lo siento por los dodos, pero otra vez les habían dado de lleno. Ahora ya nos traían sin cuidado. Acababa de caernos encima una losa de plomo, las velas titubeaban, y mi anfitrión, con la mirada perdida en sus pensamientos, vagabundeaba muy lejos de allí.

Solo, triste, desconocido y con la espalda encorvada, como en el poema de Victor Hugo.

Yo miraba mi copa. ¿Cuántos sorbos aún? ¿Tres? ¿Cuatro?

Apenas nada.

Apenas nada y lo que quedaba de una de las veladas más bonitas de mi incierta vida...

No tuve el valor de apurarla.

Mi ofrenda.

Mi ofrenda a los manes de esa Ariane desconocida.

Que me estuvieran agradecidos y la dejaran vivir en paz.

Recuperé mi chaqueta.

SIETE, EL BAJÓN

No sé cuántos escalones separaban su apartamento del mío, pero al segundo ya se me había pasado la borrachera.

De haber habido un testigo, os habría dicho que no era verdad, que mentía. Que me había visto perfectamente y que me tambaleaba. Que me tambaleaba agarrándome a la barandilla antes de atreverme a dar un paso en el vacío.

Estaba tan pedo, añadiría, que al final se arrimó a la pared y se dejó resbalar hasta la puerta de su casa.

Chivato imbécil...

Si vacilaba era porque en efecto caía al vacío, y no estaba arrimado a la pared, estaba abrazado a ella. Intentaba calentarla para no volver solo a casa. Para llevármela a la cama. Esa pared, con la que me había golpeado tantas veces, unas horas y una vida antes, cuando sostenía una pequeña marquesa contra mi corazón en compañía de un baroncito y de dos princesas, esa pared que había hecho resonar en todo el hueco de la escalera tanto ingenio y tanta alegría, tantas imprecaciones tremendas, tantas risas y tanta consternación infantil, esa pared que ahora se mostraba tan terca y que se negaba a venir a mi casa a tomarse una última copa conmigo se había convertido en mi último apoyo. Un compañero tan desamparado como yo sobre cuyo hombro podía arrellanarme aún un poco antes de volver a afrontar la vida real, el Yann real y la negación real.

Y aun admitiendo que ese señor tuviera razón, señoría, aun admitiéndolo, no duró mucho, ¿sabe? Nada más poner un pie en mi casa, bueno, en mi casa..., debería decir en la de mi chica, en la de su vieja tía chocha, ahí..., nada más abrir la puerta de ese lugar, de golpe y porrazo se me pasó la borrachera.

Busqué el interruptor, y la luz era fea. Colgué mi chaqueta de un perchero, y el perchero era feo. Y también el espejo. El espejo era feo. El espejo, el cartel enmarcado con cristal, la alfombra, el sofá, la mesa baja, todo. Todo era feo.

Miré a mi alrededor y no reconocí nada. Pero ¿quién puede vivir aquí?, me pregunté extrañado, ¿unos clics de Playmobil?, ¿los comerciales de un piso piloto? No había desorden, ni jaleo, ni fantasía ni ternura, nada. Sólo decoración. Peor aún: decoración sin alma. Fui a la cocina y allí tampoco me encontraba. No me recordaba a nada. No me decía nada. Y eso que insistí. Me agaché, abrí las puertas, los armarios, los cajones, pero ni por éstas. Nadie.

¿En el dormitorio, quizá? Levanté el edredón, cogí una almohada, la otra, hundí la cara dentro, inspeccioné las sábanas: cero. Nada que indicara que algún ser humano se hubiera tumbado ahí. Ni el más mínimo olor a perfume, a sudor o a saliva, y mucho menos a semen. ¿El cuarto de baño? Los cepillos, el camión de Mélanie, nuestras toallas: mudos. Pero ¿quiénes eran esos zombis, y qué clase de vida llevábamos?

Ya no sabía dónde meterme. Después del desbordamiento emocional que me había arrastrado un mundo más arriba, era incapaz de abandonarme de nuevo, cuando dentro de mí, en la nariz y en la garganta, seguía sintiendo el mismo dolor. Apreté los puños. Apreté los dientes. Apreté el culo. Me sentí ridículo. Un niño. Un crío caprichoso y enfadado, demasiado orgulloso para mostrar sus sentimientos.

Bueno, ¿qué? ¿Qué podía romper para llamar la atención, eh?

Estaba sumido en ese estado de nervios, de violencia y de impotencia cuando sonó el timbre.

Joder, pero... ¿qué hora era? ¿Qué coño pasaba ahora?

OCHO, LA VERGÜENZA

—¿Estás bien?

Isaac parecía no reconocermé.

—Yann, ¿estás bien? ¿Va todo bien?

No recuerdo lo que le contesté. Que estaba cansado, creo.

Y era verdad. Estaba cansado.

Muy cansado.

Demasiado cansado.

Tendría que haberme roto en mil pedazos a mí mismo. Lástima que viviéramos en un segundo piso.

—Toma —añadió, agarrándome de la muñeca—, toma... La he despegado para ti. De recuerdo. Y si quieres encargarme un poco antes de que..., bueno..., o sea, es ahora o nunca, vaya...

Mi Isaac... Mi príncipe... Lo miré un buen rato para calmarme. Parecía agotado.

Hasta las alas de su pajarita estaban mustias.

Es cierto, me sosegaba pero, en otro sentido, él también estaba como fuera de la realidad. ¿Por qué me traía esto ahora, eh? De verdad, ¿a santo de qué? Como si no pudiera esperar. Y ¿para qué iba yo a encargarme vino ahora? No tenía bodega, ni dinero, ni Alice, ni almendras, ni olla de hierro, ni hijas, ni especias, ni mantel, ni copas ni nada... Para un tío que supuestamente lo adivinaba todo y que tenía tan buen ojo, aquí pinchaba bastante...

Bueno, hay que reconocer que nos habíamos bebido dos botellas y media entre los dos. Eso te crea mono.

Estábamos en el rellano porque me daba vergüenza invitarlo a entrar a una casa como la mía, y fue en ese preciso instante, al pensar eso, al decirme a propósito de Isaac Moïse, que se había convertido en mi amigo, en un tesoro de amigo: «Me da vergüenza invitarlo a entrar», cuando por fin maduré:

—¿Me permite volver con usted a su casa y coger prestado el radiocasete Fisher-Price de Misia que está en su cuarto entre todas las Barbies, por favor?

NUEVE, LA TRAVESÍA

Tenía el arma del crimen, pero me faltaba la bala. En este caso, una cinta. Esa reliquia del siglo pasado. Esa cajita de plástico negro o transparente con una cinta magnética en la que se podían grabar sonidos. Ese otro mundo.

Porque no iba a estropearle a Misia sus cancioncitas...

En algún rincón debía tener todavía una o dos, estaba seguro, pero ¿dónde?

Inciso:

Cuando conocí a Mélanie, yo vivía en un piso compartido con otros dos tíos cerca de Barbès. En los espacios comunes solía haber un desorden espantoso, pero recuerdo que mi cuarto era muy acogedor.

Muchos libros, mucha música, ceniceros, paquetes abiertos que mi madre me mandaba de Bretaña todas las semanas (con embutido, porciones de *kouign-amann* y tortas de mantequilla, sí, sí, como lo oís, mi madre es así, bretona de pura cepa), muchas camisetas con letreros tontos, calzoncillos sucios, calcetines descabalados, eructos, pedos, pajas, chistes malos e incluso, oh, milagro, no muchas pero sí unas cuantas chicas que se perdían por allí de vez en cuando, más todo lo que me mantenía a flote puesto con chinchetas en las paredes: mensajes, imágenes, caras, caras de gente que me parecía guapa o a quien admiraba, planos de arquitectura, prototipos, maquetas, ideas, apuntes de clase, informes de prácticas, entradas de cine y de conciertos, citas copiadas de libros, frases que me obligaban a vivir con la cabeza bien alta, facsímiles de dibujos de Leonardo da Vinci, Arne Jacobsen, Le Corbusier o Frank Lloyd Wright, todo ese mecenazgo tan típico de un crío que emigra a la capital y quiere que la gente piense que tiene talento —pero de lo que no reniego, ni renegaré nunca—, fotos de mi familia, de mis barcos, de mis amigos, de mis perros vivos y enterrados, carteles de películas, de exposiciones, de diseñadores gráficos, de músicos, de líderes carismáticos, en fin, todas esas cosas...

Pero cuando decidimos irnos a vivir juntos para ahorrarnos un alquiler (Dios mío, y suelto esto así como si nada, seré cutre..., por lo bonito de vivir juntos, digamos), nos mudamos a un apartamento minúsculo de una sola habitación cerca de la estación del Este, y, claro, no tuve más remedio que reducir el equipaje.

Dejé muchas cosas en casa de mis padres y no conservé más que lo mínimo necesario para poder terminar la carrera y vestirme. Pero no importaba, estudiábamos y salíamos mucho, nos queríamos y, mientras tanto, internet se había convertido en una pared inmensa en la que podía poner y quitar cosas y admirar a mis anchas todo lo que me inspiraba.

Después, cuando nos mudamos aquí para ahorrarnos otro alquiler más (pero, ojo, los suministros sí los pagamos, ¿eh?, joder, ¿en qué clase de persona me he convertido?), Mélanie volvió a poner orden en mi ropa. Pues sí, qué le íbamos a hacer, había crecido, iba a pasar al mundo del trabajo, así es que mis camisetas dadas de sí, mi viejo chaquetón marinero y mis jerséis de la cooperativa marítima, mis Clarks, mi trompetita, mi papel de fumar, mis gorros de marino y mis libros de Tolkien ya no los necesitaría tanto. ¿Verdad, cariño?

Bueno. Vale. Tenía razón. Nos habíamos mudado a un buen barrio, y tengo que reconocer que era agradable no seguir oyendo los trenes de noche ni tener que ir invitando a la peña a cigarrillos cada dos metros, así es que... si ése era el precio que había que pagar, pues era un precio justo. Por no mencionar que si no conseguía convencerme a mí mismo de que me había convertido en un adulto, ¿quién lo creería?

De modo que, hala, otras cinco cajas de pertenencias que se iban para casa de mis padres. Sinceramente, nunca me ha importado, siempre me ha gustado viajar ligero de equipaje, pero el problema es que, a día de hoy, pues... ya no me queda nada. Ni siquiera una mísera cinta.

Bah, lo siento por Misia; le compraré otra.

Y entonces me acuerdo. Cuando llevé mi coche del alma al desguace el año pasado conservé todo lo que había en la guantera. Si había una radio de coche prehistórica, también tenía que haber alguna que otra cinta, ¿no?

Me pongo a buscarlas.

Y, en el fondo del trozo de armario que me ha adjudicado Mélanie, encuentro una. Una sola. No la reconozco y no lleva nada escrito.

Bueno. Ya se verá.

Me doy una ducha y pienso. Me pongo unos calzoncillos, unos calcetines y un vaquero limpio, y sigo pensando. Busco una camisa decente y sigo pensando. Me ato los zapatos y sigo pensando. Me hago un café y sigo pensando. Otro café y sigo pensando. Otro más, y ahí sigo.

Pensando, pensando y pensando.

Y cuando, de tanto pensar, ya no me queda un gramo de alcohol en la sangre, estoy bañado en sudor y nervioso a más no poder, entonces me calmo.

Me instalo en la cocina, enciendo una vela como en casa de Alice porque me he fijado en que la luz de las velas hace a la gente más guapa y más inteligente (aunque por supuesto mi vela es menos elegante, no es un cirio de iglesia sino la típica vela decorativa que compra Mélanie y que apesta a coco, pero, bueno, me apaño, me apaño, todo en una misma noche no puede ser, señora Vida, que quede algo para más adelante, por favor), apago la luz, me siento y coloco el pequeño radiocasete lleno de pegatinas de Tarta de Fresa sobre la mesa delante de mí.

Meto mi vieja cinta y ¿qué oigo? Massive Attack.

El azar es un bribón... La sincronización no podía ser mejor. Casi me daría por reír si no estuviera tan estresado. Rebobino, cojo el micrófono y... me vuelvo para no ver mi reflejo en la ventana.

Porque vaya cuadro, con mi bonita camisa de domingo, mi vela decorativa y mi micrófono de bebé con su cablecito de plástico amarillo. De verdad, prefiero no verme.

Carraspeo y pulso la tecla grandota de REC (la azul). La cinta empieza a avanzar, carraspeo otra vez y..., y..., joder, vuelvo a rebobinar.

Bueno, chaval, basta de titubeos...

Respiro bien hondo, como cuando intentaba recorrer buceando todo el largo del espigón delante de las chicas del campamento, y pulso otra vez la tecla azul.

Me lanzo:

«Mélanie... Mélanie, no puedo seguir contigo. Yo..., bueno, cuando oigas este mensaje, me habré marchado porque... ya no quiero vivir contigo».

(Silencio.)

«Sé que debería haberte escrito una carta, pero me da miedo hacer faltas de ortografía, y te conozco bien, sé que en cuanto ves alguna directamente desprecias a quien la haya cometido, así que prefiero no arriesgarme.

»¿Te das cuenta?, grabo este mensaje para darte explicaciones y soy consciente de que bastaría con ésta, la verdad: Mélanie, te dejo porque desprecias a la gente que hace faltas de ortografía.

»Para ti supongo que sería una razón un poco superficial, pero para mí está clarísimo. Te dejo porque no eres indulgente y porque nunca ves en la gente lo que de verdad importa. Francamente, qué más da que sea “a ver” o “haber”, o “qué le pasa a tu hermana” o “qué la pasa a tu hermana”. ¿Qué más da, eh? Vale, sí, estropea un poco el efecto a la vista y al oído, pero... ¿y qué? No estropea nada más que yo sepa. No estropea nada de la gente, del corazón de la gente, de sus impulsos y de sus intenciones, bueno, sí, lo jode todo puesto que tú la desprecias antes incluso de que acabe la frase... y..., y... Me he perdido un poco. Mi intención no era para nada hablar de ortografía.

»Si quisiera liquidar esto deprisa y corriendo, te diría que te dejo por Alice e Isaac. Porque con eso sí que estaría todo dicho. Te dejo porque he conocido a unas personas que me han hecho entender hasta qué punto tú y yo estábamos equivocados. Pero no te voy a hablar de ellos. Primero porque los mirarías aún peor que de costumbre, y segundo porque no me apetece compartirlos.»

(Pausa. Ruido de sirena a lo lejos.)

«Entre mil otras cosas, me han hecho entender que..., que tú y yo fingíamos, que nos mentíamos, que lo escondíamos todo debajo de la alfombra.

»Te hablo de amor, Mélanie. ¿Desde cuándo ya no nos queremos? Desde cuándo ya no nos queremos de verdad, quiero decir. ¿Tú lo sabes? ¿Desde cuándo follamos en lugar de hacer el amor? Siempre es lo mismo, sé cómo darte placer y te lo doy, tú sabes cómo dármelo a mí y me lo das también, pero..., pero ¿qué? ¿Eso qué es? ¿Nos descargamos los dos y luego nos dormimos? No, no pongas esa cara... Sabes que tengo razón. Lo sabes.

»Nuestra cama es triste.

»Todo... Todo se ha vuelto triste...

»Pero no es sólo eso. Como te conozco bien y sé que te tirarás no sé cuánto tiempo repitiendo una y otra vez y a quien quiera escucharte que soy un cabrón, un auténtico cabrón y que, de verdad, cuando piensas en todo lo que has hecho por mí, en todo lo que tu familia ha hecho por mí, que si la casa, que si el alquiler, que si las vacaciones y todo eso, y que no van a parar de pitarme los oídos en siglos, te voy a decir las tres razones por las cuales me largo. Tres razones bien claritas. Así, al menos, no podrás poner tan verde a este cabronazo...

»No te las digo para justificarme, te las digo para darte que pensar. Porque a ti te gusta mucho darle al tarro. Darle al tarro, darle vueltas a la cabeza y rumiar *ad nauseam* lo imbécil que es la gente y lo poquito que te mereces las cosas que te pasan y... Sí, es típico tuyo echarles siempre la culpa a los demás en lugar de cuestionarte un poquito a ti misma. No te guardo rencor, e incluso te envidio, ¿sabes? A mí también me gustaría ser así de vez en cuando. Me haría la vida más fácil. Y sé que la culpa la tiene cómo te han educado, eres hija única, tus padres te han adulado siempre, siempre te han dado todos los caprichos y..., y, nada..., eso a fin de cuentas te ha echado a perder un poco...

»Hasta hicieron la vista gorda con el inútil del novio ese bretón que te echaste, ¡con eso te lo digo todo! No, sé que no eres mala persona. Pero, bueno, aun así te voy a decir mis tres razones, así podrás darle al tarro. Así podréis darle al tarro tu madre y tú.»

(Silencio.)

«Te dejo porque en el cine siempre me chafas el final de las películas... Cada vez... Me lo haces cada vez...

»Y eso que lo sabes, sabes lo importante que es para mí quedarme un poquito más a oscuras para recuperarme de tantas emociones, leyendo en la pantalla esos montones de nombres desconocidos que son como una transición vital para mí entre el sueño y la calle... Eso a ti en cambio te parece un coñazo. Muy bien, pero te lo he dicho mil veces, mil veces: vete, sal antes que yo, espérame en la puerta del cine, espérame en un bar, o, si no, vete al cine con tus amigas pero no me vuelvas a hacer lo que siempre me haces, no me preguntes a qué restaurante vamos ni me hables de tus compañeros de trabajo ni de esos zapatos que te hacen daño justo cuando acaba de terminar la peli.

»Aunque sea una peli mala, sí. Me da igual. Si me he quedado a verla hasta el final, no pienso irme hasta haberme asegurado de que le hemos dado bien las gracias al alcalde de Villabotijos de Abajo y hasta haber leído las palabras Dolby y Digital al final. Aunque la peli sea danesa o coreana y aunque no me entere de nada, lo necesito. Y va para tres años que vamos al cine juntos, y va para tres años que te noto crispate, crispate físicamente en cuanto salen las primeras líneas de los créditos y..., y tú... que te den morcilla, Mélanie. Vete al cine con otro. No te exigía mucho, creo incluso que es lo único que te he pedido nunca, pero..., pero nada, ni eso...

(Silencio.)

«La otra razón es que siempre te comes la parte de arriba de mis postres, y eso ya tampoco lo soporto. Con la excusa de que no quieres engordar, nunca te pides postre y, cada vez que me traen a mí el mío, te abalanzas directamente sobre mi cuchara y te zampas la parte de arriba. Para empezar, eso no se hace... Aunque por supuesto sabes que te voy a decir que sí, al menos podrías pedirme permiso, aunque sólo fuera para dejarme creer que existo mínimamente. Además, lo de arriba es lo más rico de las tartas y los postres, sobre todo de las tartas de limón, las de queso y los flanes, que son, como sabes o como quizá supiste algún día, mis tres postres preferidos.

»Así que nada, podrás decirles a tus amigos: “¿Os dais cuenta? Después de todo lo que he hecho por él, ¡el muy gilipollas va y me deja por un trozo de tarta!”, porque será la verdad. Pero precisa al menos que se trata de la parte de arriba. Los golosos lo apreciarán.

»Y ya la última cosa, la más importante, creo: me voy porque no me gusta cómo tratas a mis padres. Y eso que apenas te los he impuesto, reconócelo. ¿Cuántas veces hemos ido a verlos desde que estamos juntos? ¿Dos? ¿Tres? Da igual, prefiero no acordarme, paso de deprimirme.

»Ya sé que son menos cultos que los tuyos. Menos inteligentes, menos guapos y menos interesantes. Que mi casa es un poco pequeña, y que hay muchos mantelitos y ramos de flores secas, pero, ¿sabes?, es como lo de las faltas de ortografía... Eso no dice nada de ellos. Al menos nada importante. Los bordados, la caravana al fondo del jardín y las máscaras venecianas dan idea de su mal gusto, sí, está claro, pero no dicen nada sobre quiénes son. No dicen nada de su tolerancia y de su bondad. Vale, mi madre es menos elegante y menos culta que la tuya, no sabe quién es Glenn Gould, siempre confunde a Monet con Manet y le da miedo conducir por París, pero cuando te dignaste ir a verla, Mélanie, se fue a la peluquería en tu honor, para recibirte como es debido. No sé si te diste cuenta, pero yo sí, y cada vez, yo..., cada vez, me..., no sé..., sentí un pellizco en el corazón. Esa especie de actitud servil que tiene contigo porque eres delgada y elegante, porque su hijo está enamorado de ti y porque... Es una chorrada pero, para ella, todo eso te da un aura extraordinaria... Por mi padre nunca va a la peluquería, pero por ti, para demostrarte todo su respeto, por ti sí, por ti se pone guapa... Y no te imaginas cómo me conmueve eso. A ti no, ¿verdad? Tú comes como con repugnancia y pones muecas de asco cada vez que tus nobles ojos se posan sobre sus adornitos de conchas o su *Encyclopedia Universalis* colocada en orden en la estantería y nunca hojeada siquiera, pero, ¿sabes?, yo..., yo cuando era niño... nunca vi a mi madre pasárselo bien o irse de compras con sus amigas porque mis abuelos vivían con nosotros, y mi madre se ocupaba todo el día de ellos. Y cuando eso se acabó, cuando ya no tuvo que cortarles el pelo o las uñas ni darles todos los días montañas de patatas o de judías que pelar para que siguieran sintiéndose útiles, cuando por fin tenía tiempo para ella porque estaban muertos y enterrados, entonces, zas, los hijos de mi hermana ocuparon su lugar. Y ¿sabes qué? Nunca la he oído quejarse. Nunca. Siempre la he visto contenta. ¿Te das cuenta?

»Siempre contenta... ¿Te imaginas la fuerza y la valentía que hay que tener para que esas dos palabras vayan siempre juntas en una persona durante toda la vida? Joder, pues si eso no es el *súmmum* de la elegancia... Te voy a confesar una cosa, Mélanie: entre la alegría de mi madre y tus *Variaciones Goldberg* interpretadas por tu querido Gould, yo no veo ninguna diferencia. Es la misma genialidad. Y esa mujer, esa reina, esa reina entre la gente, cada vez que me llama me pregunta por ti, y..., y a veces le miento, ¿sabes? A veces, antes de colgar, le digo: “Mélanie te manda un beso” o “Mélanie os manda

recuerdos” y..., y ya no tengo ganas de seguir mintiendo.»

STOP (el botón rojo).

Uaaaaaahhhh...

Saco la cabeza del agua y la sacudo como hacen los chicos guapos en las piscinas olímpicas.

Esta vez sí que he cruzado bien el espigón, ¿no?

¿Dónde están las chulitas del campamento? ¿Siguen ahí? ¿Me habrán visto, al menos?

DIEZ, LA OTRA ORILLA

Sí, menuda hazaña...

Rebobino una pizca para asegurarme de que mi plan demoniaco haya funcionado bien, hago una prueba y ¿qué oigo? Una voz de pato estreñido que habla de una caravana...

Joooder. Se me cae el alma a los pies.

Es descorazonador.

Estoy descorazonado.

Madre mía... Qué difícil es ser tú mismo cuando ese tú mismo no te inspira mucho. Qué difícil es...

Son las tres y cuarto. Necesito otro café.

Enjuago la taza, levanto la cabeza y, anda, mira, ahí está, ahí lo veo, mi reflejo...

Lo miro.

Pienso en Isaac, en Alice, en Gabrielle, en Schubert, en Sophia Loren, en el trasero de Jacqueline y en su muro de los consuelos.

Pienso en los justos y pienso en mis padres.

Pienso en mi trabajo, en mi vida, en mis tickets-restaurant, en mi confort, en mi seguridad, en la noción de compromiso, en mi noción de compromiso, en la pasta, en la guita, en el dinero, en mi sueldo, en mis compañeros de trabajo, en mi jefe, en sus promesas y en mi contrato indefinido.

Indefinido... ¿Cómo una palabra tan floja ha podido adquirir tanto valor?

¿Cómo?

Luego miro ese juguete sobre la mesa que se ha convertido en una especie de bomba de efecto retardado y vuelvo a bajar la cabeza.

No me gusta la idea de hacer sufrir a Mélanie.

Ya no la quiero lo suficiente para seguir jugando a la parejita ideal, pero quiero demasiado a las personas para arriesgarme a hacerles daño, aunque la persona en cuestión sea quien me arruina las películas, los postres y la infancia.

Sí. Aunque sea ella.

Qué difícil es ser malo cuando se es bueno. Qué difícil es dejar a alguien. Qué difícil es agruparse como es debido, ponerse en fila y hablar con una sola voz cuando no se le tiene aprecio a la autoridad.

Qué difícil es darse la importancia necesaria para decidir unilateralmente cambiar la vida de otro ser humano, y qué patético es emplear la palabra *unilateralmente* a los veintiséis años, a las tres de la mañana, en la cocina del pisito burgués de la tía abuela de tu novia que está fuera por trabajo.

Bueno.

De repente me siento sin fuerzas.

¿Qué hago?

¿Qué hago con mi vida?

¿Qué hago con mis Guau-Guaus?

Joder... Me cago en todo.
Y encima me he vuelto un malhablado.
Córcholis... Qué contrariedad.

Resumiendo: lo que hay que hacer es ser egoísta. Al menos un poco. Si no, no vives de verdad y al final de todas maneras te mueres.

Sí, así son las cosas.

Venga, Yannou. Ánimo. Saca fuerzas de flaqueza y a por todas.
Si no lo haces por ti, hazlo al menos por tus tartas de queso.

Sí, vale, pero una preguntita muy tonta: ¿cómo ser egoísta cuando no se es egoísta? ¿Cómo serlo cuando te has criado en un mundo en el que los demás eran más importantes que tú? Y siempre con el océano delante, encima. ¿Hay que obligarse, es eso? Por más que intento agarrarme con todas mis fuerzas a esta idea: Yo, Yo, Yo, Mi yo, Mi vida, Mi felicidad, Mi nido, no consigo aferrarla. No me interesa. Es como la bola que colgaba del techo del tio vivo: levantaba el brazo para que mi madre se quedara tranquila, pero en realidad no la quería alcanzar. Me parecía fea.

Con la cabeza gacha, los dientes apretados, los hombros encogidos, los brazos cruzados y el pecho hacia dentro, pienso.

Estoy hecho un ovillo por completo, no me llega nada de fuera, oigo los latidos de mi corazón, respiro despacio e intento que no me venzan el cansancio ni la autocompasión que, por supuesto, se han plantado sin permiso en esta cumbre irrisoria.

Pienso.

Pienso en Isaac.

No veo a nadie más que él, Isaac Moïse, que pueda llevarme de una orilla a otra. Recuerdo su cara, sus historias, sus silencios, sus miradas, sus risitas de fauno o de muchachita ingenua, su mala fe, su egoísmo, su generosidad, ese pretexto estúpido de hace un rato, el de la etiqueta, y la manera en que me ha cogido de la muñeca en un momento en que yo tanto lo necesitaba.

Recuerdo su frase sobre la buena educación y el tono en el que la ha pronunciado. Esa dulzura... Esa dulzura y esa crueldad... Y me agarro a eso con todas mis fuerzas.

Me aferro porque es la única certeza que alcanzo aún a salvar de esta mierda, la única. Sí, ése soy yo: alguien bien educado.

Y porque soy bien educado, al fin me decido a estirarme y a liberarme por fin de mí mismo, y pulso por última vez la tecla azul antes de dejar el pequeño radiocasete de Misia en la parte de abajo de la nevera.

Que no tenga Mélanie que tragarse mi música de adolescente granujiento además de mi apatía. Mi *Paradise Circus* y mi *Unfinished Sympathy*.

Y mientras mi vieja cinta graba el sonido del frío, recojo mis cosas.

Ya tengo listo el petate. Ropa limpia, ropa sucia, zapatos, maquinilla de afeitar, libros, ordenador, altavoces, me cabe todo.

Es la ventaja de no quererse a sí mismo...

Recupero el aparato y pulso por fin la tecla EJECT.

El compartimento se abre con un ruido de tenazas. Chac. Adiós grilletes.

Escribo su nombre en la cinta y la dejo sobre su almohada.

Bueno, no, mejor no... Sobre la mesa de la cocina.

Si no puedes ser grande, al menos no seas un sinvergüenza.

Me dejo olvidadas las llaves, cierro dando un portazo y subo al cuarto piso.

Dejo mi casa a mis pies, me abrocho el chaquetón, saco los guantes, me siento y me reencuentro con mi pared.

Me abandono sobre ella.

Espero a que Alice o Isaac abran la puerta.

Tengo que devolverles el juguete de la niña y hacerles una última pregunta.

ONCE, EL HORIZONTE

Me llamo Yann André Marie Carcarec, nací en Saint-Brieuc, dentro de unos meses cumpliré veintisiete años, mido 1,82, soy moreno de ojos azules, no tengo antecedentes policiales ni ninguna característica física que reseñar.

La mía fue una infancia normal y corriente, de niño era muy bueno, la mascota de mi club de vela, fui un adolescente tranquilo, me saqué el título de bachillerato con nota, fui un estudiante universitario serio y soy enamorado pero fiel cuando me enamoro.

Encontré un trabajo a falta de una vocación o el gusto por un oficio, acababa de firmar un contrato indefinido que me hubiera permitido empezar a endeudarme un poco para poder endeudarme más pasado un tiempo, y salía con una chica de un ambiente mucho más refinado que el mío. Una chica que me enseñó las cosas buenas de la burguesía y también las menos buenas. Una chica que sin duda me habrá pulido un poco, lo reconozco, pero que, sin ella saberlo, me habrá reafirmado en mi placer de revolcarme en el barro de mi tosco linaje: soy nieto de patrón de pesca, y a mucha honra. Una chica que me habrá hecho darme cuenta de que en mi casa teníamos peores modales que en la suya pero nos portábamos mejor. Que no nos importaban tanto las formas, pero la cadena era más larga, y el ancla, más segura. Y que no criticábamos tanto a los demás. Que los demás nos obsesionaban menos. Quizá porque éramos demasiado tontos para ver más allá de nuestras narices, o quizá porque más allá de nuestras narices estaba el horizonte, precisamente.

Puede que esa raya, esa línea infinita entre el cielo y el mar, desde la noche de los tiempos dibuje seres humanos menos arrogantes...

Puede... No lo sé. Seguramente hago mal en generalizar así, pero, en fin..., su padre siempre se equivocaba de nombre cuando me saludaba, unas veces me llamaba Yvan, otras veces, Yvon, y otras, Erwann; al final resultaba un poco mosqueante.

A ella, a su hija, la he querido. Juro por mi vida que la he querido. Pero ya no entendía lo que esperaba. Yo la decepcionaba, y ella me decepcionaba a mí. Nos daba reparo confesárnoslo, pero nuestros cuerpos eran menos corteses que nosotros y se decían cosas en la intimidad. Su olor, su sabor, su aliento, su sudor, todo se aliaba contra mí. Todo había cambiado, y me sentía desorientado. Y supongo que a ella le pasaba lo mismo. Que el jabón, la pasta de dientes y mi Eau Sauvage no siempre enmascaraban mi malestar.

No, no lo supongo: lo sé.

Hace tiempo que lo sé.

Anoche estaba solo. Pensaba irme al cine, pero había un mueble ocupando todo mi rellano. Era de unos vecinos a los que apenas conocía. Gente que vivía dos pisos más arriba. Una pareja con dos niñas pequeñas. Me ofrecí a ayudarlos a cargarlo hasta su casa y me quedé con ellos hasta las primeras luces del alba.

Al día siguiente, es decir, esta mañana, he cogido un tren en el que me he pasado dormido todo el trayecto, y luego un autobús. Una hora más tarde me he apeado en una placita bordeada de plátanos y he entrado en un bar. Uno que me parecía que tenía buena pinta y que debía de ser el consuelo en verano de un montón de partidas perdidas de petanca. Tras beberme un chato de vino, me he sacado un papel del bolsillo y se lo he enseñado a todos los presentes para que me indicaran por dónde ir y en qué carretera

levantar el pulgar.

Me lo han arrebatado de las manos, lo han comentado, se han puesto a discutir entre varios y me lo han devuelto todo arrugado.

Parecía una especie de mapa. Un mapa del tesoro con una cruz del sur dibujada en el centro. Al darles las gracias, me han contestado, o replicado más bien: «Es un placer». Y me he sobresaltado.

No he tenido que esperar mucho tiempo. Un hombre joven me ha recogido con su camioneta. Era albañil. Construía piscinas pero, mientras llegaba el verano, arreglaba panteones. Blandiendo el índice y el pulgar, apuntaba a unos cuervos a lo lejos y se los cargaba a golpe de onomatopeya. Cuando se liaba un cigarrillo, sujetaba el volante entre las rodillas y aceleraba para «estabilizar el vehículo». Iba a ser padre. Igual esa misma noche. Joder, repetía, joder, en menudo berenjenal me he metido...

Yo sonreía. Me encantaba todo lo que decía. Me gustaba su voz, su acento, su labia. Su estilo Al Pacino de las garrigas. Sería más o menos de mi edad y ya tenía una camioneta con su nombre y su apellido escritos en ella, cargas sociales y una familia. Era todo muy exótico para mí.

Me ha dejado en una bifurcación. Sentía mucho no poder llevarme hasta el final, la culpa era del crío... Era por allí, detrás de esa colina. Podía seguir la carretera o atajar campo a través. Le he dado las gracias. Me aliviaba poder andar un rato. Tenía un poco de miedo. Pensaba que el peso de mi petate multiplicado por el número de zancadas terminaría por relajarme.

Y no era más que una suposición entre mil más que me nublaban la vista.

Mientras andaba, pensaba y trazaba planes.

Imaginaba diálogos y réplicas, y avanzaba cada vez más rápido para dar esquinazo a mis objeciones.

El petate se me clavaba en el hombro. Había una especie de casita de piedra junto a la carretera. La puerta era fácil de abrir. He dejado mis libros ahí.

Volveré.

Los libros nunca los roba nadie.

He reconocido la casa. Era la misma que salía en el papel que llevaba en el bolsillo. He dejado fuera el petate, delante de una de las columnas del porche, he entrado en un patio y me he dirigido a la parte más bonita y cuidada de ese conjunto de edificaciones. Allí donde había botas en la puerta y cortinas en las ventanas. He llamado a la puerta con los nudillos. No han contestado. He llamado un poco más fuerte. Otra vez nada.

Maldición. Adiós al tesoro.

He mirado a mi alrededor tratando de entender dónde estaba, qué tenían que ver unas cosas con otras y qué pintaba yo en ese agujero. Era confuso.

Por fin, la puerta se ha abierto a mi espalda. Me he vuelto con una sonrisa de oreja a oreja para suplir el ramo de flores que no llevaba. Por desgracia se me ha marchitado por el camino.

Joder, no me lo esperaba en absoluto.

¿Tan mal estaba ya?

Me ha señalado un cobertizo con la barbilla. Si no lo encontraba allí, no tenía más que recorrer el camino hasta el final y buscar una silueta entre las lomas.

—¡Una silueta o un perro! Si ve la cola de un perro, ¡el amo no andará muy lejos!

Se reía.

Ya me había alejado tres pasos, cuando ha añadido:

—¡Recuérdeme que Tom tiene entrenamiento a las seis! Él lo entenderá. ¡Gracias!

Estaba turbado. Yo que me fiyo tanto en la gente, sería incapaz de describirla. De decir cómo era su

cara, su ropa o el color de su pelo. La única cosa de ella que recordaba era lo que había intentado desesperadamente no mirar: las muletas.

DOCE, TIERRA FIRME

¿Qué esperaba exactamente?

No lo sé...

Algo más impresionante...

Una escena.

Una bonita escena.

Como en una película o en un libro.

Una luz, un cielo grandioso y un hombre de pie.

Sí, eso es: un hombre de pie con unas..., una especie de tijeras de podar en la mano.

E incluso una orquesta, ya que estábamos. Las trompetas de *La guerra de las galaxias*, *La cabalgata de las valquirias* o qué sé yo.

En lugar de eso estaba en el umbral de un cobertizo iluminado con fluorescentes, con un perro que me olisqueaba la entrepierna y, de banda sonora, los perdigones de los locutores de un programa de humor radiofónico.

Toma ya, te has lucido, Yannou...

Tu vida no es un camello, ¡es un chucho bien grande!

Por más que entornaba los ojos no veía nada.

—¿Hay alguien?

Soltando un taco, una silueta hirsuta se ha incorporado por encima del capó de un tractor (no sé si los tractores tienen capós, y no estoy seguro de que el cacharro en cuestión fuera un tractor siquiera).

—Hola —ha gruñido—, es usted el del seguro, ¿no? ¡Parker! ¡Que te sientes, maldita sea!

Joder.

Esto... ¿podemos repetir la escena pero sin el chucho?

Se me ha quedado mirando. Se notaba que no las tenía todas consigo. Para ser un agente de seguros iba un poco desaliñado, ¿no?

Como yo seguía callado, al cabo de un momento me ha dado la espalda, diciendo:

—¿Puedo ayudarlo en algo?

Y entonces...

Me he lanzado al vacío:

—No —le he contestado—. Usted no, pero yo sí. Para eso he venido. Para ayudarlos yo a ustedes. Perdón. Hola. Me llamo Yann. Esto... —Se había dado la vuelta—. Anoche conocí a Isaac Moïse. Me invitó a cenar a su casa, y como nos estábamos bebiendo su vino, me habló de ustedes. Me contó su historia y el..., la enfermedad de su mujer y..., y todo eso. Me dijo que usted ya no tenía fe ni ganas, que estaba cansado, que había decidido vender su explotación y que...

Ahora me miraba fijamente, y yo aparté los ojos para no flaquear y me puse a contar las manchas de grasa de su mono.

—Y..., y no. No va usted a vender. No va usted a vender porque he dejado mi trabajo por ustedes.

Mi trabajo, mi vida, a mi novia, todo... Bueno, no..., no por ustedes, por mí, y... el..., los Moïse me prestan su casa hasta el verano, tengo dos brazos, dos piernas, estoy vacunado, soy bretón, tengo la cabeza dura y no entiendo nada de vino pero aprenderé. Cuando algo me interesa, aprendo rápido. Y tengo carné de conducir. Puedo hacer de chófer. Puedo ir a la compra. Puedo cocinar. Puedo llevar a Tom a su entrenamiento dentro de un rato, si quiere. Puedo hacer todo lo que su..., todo lo que Ariane hacía y ahora ya no puede hacer. Y mis padres también los van a ayudar. Mi padre era contable, ahora está jubilado pero sigue calculando tan deprisa como antes y le ayudará lo mejor que pueda, estoy seguro. Además, mi madre y él son miembros de una especie de club de viejos que recorren Europa en caravana, y, cuando llegue la vendimia, vendrán, ya lo verá... Ellos y sus amigos ingleses, italianos, holandeses y demás. Y le garantizo que se emplearán a fondo, esa gente no le hace ascos al trabajo duro, al contrario, ¿estarán orgullosos incluso! No venda, Pierre... Lo que ha hecho hasta ahora es demasiado bonito... No se rinda.

Silencio.

Silencio de plomo.

Silencio de mierda.

Silencio sepulcral bajo la luz lechosa de los fluorescentes.

El tío me miraba a los ojos. Su rostro no traducía ninguna emoción. ¿Me tomaba por loco? ¿Hacía tiempo que había tirado la toalla? ¿Había firmado ya algún papel? ¿Habría preferido que fuera agente de seguros? ¿Liquidador? ¿Auxiliar de notaría? ¿Se estaba pensando un buen corte para mandarme al cuerno?

¿Estaba afilando las palabras para dejarme bien clara la desfachatez y la vanidad de mi ridícula actitud de bohemio parisino de chicha y nabo que quiere encontrarse a sí mismo y vivir una aventura ecológica en el campo?

¿Era sordo? ¿Era tonto? O... ¿es que no era el dueño? ¿Era Pierre Cavanès? ¿Conocía siquiera a mis vecinos? ¿Era un empleado agrícola? ¿O un técnico de tractores, quizá?

¿Entendía mi lengua?

Eh, noble indígena, ¿tú comprender lo que yo decir a ti?

Se me estaba haciendo eterno. Joder, en menudo berenjenal me había metido, como habría dicho mi amigo el albañil. Ya no sabía si tenía que dar un paso al frente o salir corriendo.

El problema es que no me apetecía un pimiento irme. Venía de demasiado lejos y había recorrido demasiado camino desde el día anterior. No podía.

Los fluorescentes parpadeaban, la radio chisporroteaba, el perro contaba los tantos y yo esperaba. Tenía aún su etiqueta en la mano y seguía las instrucciones de mi amigo Isaac: divertir al destino.

¿Estaba siendo grotesco? ¿Lo era la situación? Qué se le iba a hacer. Mala suerte para mí. No me importaba volver a llevarme un chasco, pero no abandonaría mi nido. No tan pronto. Ya no.

Estaba hasta el gorro de ser bien educado. No llevaba a ningún lado.

—Caray... —ha dicho por fin—. ¿Tanto bebieron?

Su rostro seguía igual de impassible, pero un dejecillo cantarín de burla se añadía al punto de interrogación.

Le he sonreído.

Me ha observado un rato más antes de volver a enfrascarse en el motor.

—De modo que lo envía Moïse...

—El mismo.

Silencio. Largo silencio.

Radio de fondo.

Tensión.

Al cabo de..., no sé..., diez, quince o tal vez veinte minutos, ha levantado la cabeza y me ha señalado el volante con la mirada:

—Vamos, arranca a ver qué tal.

Y he arrancado.

A ver qué tal.

Notas

* Sin diéresis, el apellido Moïse se pronuncia distinto en francés y pierde toda resonancia judía. (*N. de la t.*)

Una vida mejor
Anna Gavaldà

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *La Vie en mieux*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la fotografía de la portada, Yuji Kotani - Getty Images

© le dilettante, 2014

© por la traducción, Isabel González-Gallarza, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

ISBN: 978-84-322-2974-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

EN
FEMENINO



¡Síguenos en redes sociales!

